





FOCUS

PRE | OCUPACIONES

Consejo de redacción/
César Martínez de Obregón
Pepe Zapata
Fèlix Riera
Lucià Homs

Dirección/
Hänsel* i Gretel*

Diseño gráfico y maquetación/
Rien de Rien Influence. S.L.

Derechos exclusivos de edición/
Grup Focus
Àfora Focus Edicions

Depósito Legal/
B. 13279-2022
Edición No Venal

Imagen de cubierta y contracubierta/
Delu, 2018. Lara Fluxà
Fotografía: Roberto Ruiz
Copyright © Lara Fluxà

Ilustraciones interiores/
Rebeca Morgan
para la publicación Preocupaciones
Copyright © Rebeca Morgan

Fotografía Grup FOCUS/
Copyright © David Ruano

Ilustraciones interiores Juegos de unir los puntos/
La punta de la lengua
para la publicación Preocupaciones
Copyright © La punta de la lengua

© de esta edición, 2022 by Grup Focus
Àfora Focus Edicions.
Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación
puede ser reproducida o transmitida
por ningún medio sin
el permiso escrito del editor.

Í N D I C E

06	El mundo de cristal / J.G.BALLARD
08	Preocupaciones Grup Focus / CARLES TEIXIDÓ Director General de Administración y Finanzas, JOAN CÒDOL Director de Eventos, PILI BORRAJO Directora de Operaciones, JOSU JAUREGUI Director de Servicios Técnicos ALICIA GARCÍA Directora de Recursos Humanos
10	Políticas de inmunidad / MANUEL ARIAS MALDONADO
13	Preguntas a Roberto Esposito en torno a la idea de «inmunidad» / MIQUEL SEGURÓ
18	La balada de María Tifoidea / JÜRIG FEDERSPIEL
25	La inmunidad en el reino animal: supervivencia y perpetuación de la especie / CAROLINA GÁLVEZ-MONTÓN
28	Inmunidad: una metáfora cargada de valores / MANUEL CRUZ
31	Inmunidad y barrera. Un poco de ciencia / JAVIER TEJADA
35	Pendientes de conseguir la inmunidad digital / GENÍS ROCA
38	Casta. El origen de lo que nos divide. Capítulo: Los tentáculos de las castas / ISABEL WILKERSON
42	Sobre la inmunidad en política / IVÁN REDONDO
45	La inmunidad y la responsabilidad / JOSÉ ANTONIO ZARZALEJOS
48	Contagio de inmunidades / JORDI CASANOVAS
51	La inmunidad, un privilegio temporal / LLUÍS FOIX
54	Frente al horizonte oscurecido / ARIANA HARWICZ
57	La inmunidad diplomática / EUGENIO BREGOLAT
60	Libertad de palabra. Capítulo: La lucha por el poder de la palabra / TIMOTHY GARTON ASH
71	Inmunes inhumanos / ALBERT SÁEZ
74	La inmunidad puede desplazar a la igualdad / ENRIC JULIANA
77	Inmunidad y periodismo / LLUÍS BASSETS
80	Patógenos mediáticos / FERRAN SÁEZ
84	Payasos. El dictador y el artista / NORMAN MANEA
88	Breve historia de la división en 5.098 caracteres contando el título / ROGER BERNAT
91	Pensar la inmunidad / MIQUEL SEGURÓ
94	Éramos invulnerables / CARE SANTOS
96	Nadie es inmune a la vida / NURIA LABARI
99	LA SOLUCIÓN DE LOS JUEGOS DE UNIR LOS PUNTOS

EL MUNDO DE CRISTAL.

J.G. BALLARD (Minotauro)

Traducción de Marcial Souto

Los bosques del África oriental han empezado a cristalizarse. Los árboles se transforman en joyas enormes; los cocodrilos se arrastran hacia el río envueltos en una piel centelleante; los pitones con ojos como gemas se alzan en posturas heráldicas. Las gentes huyen despavoridas, pero algunos, deslumbrados, se quedan y van de un lado a otro por la floresta de paisajes de sueño. Un médico persigue a una ex amante; un jesuita blande una cruz de cristal; un pistolero busca a su mujer, y una tribu de leprosos busca el paraíso...

[...] Boquiabiertos, todos estiraron el cuello, mirando el arco de árboles suspendidos sobre las aguas brillaban innumerables prismas, los troncos y las ramas enfundados en cintas de luz amarilla y carmesí que sangraban sobre la superficie del agua, como si toda la escena estuviese siendo reproducida mediante un proceso de technicolor demasiado activo. La orilla opuesta centelleaba de lado a lado como un calidoscopio borroso; las bandas de color superpuestas incrementaban la densidad de la vegetación, y era imposible ver más allá de unos pocos metros entre los troncos de la primera hilera. [...]

[...] este bosque iluminado refleja de algún modo un período anterior de nuestras vidas, tal vez un recuerdo arcaico, que nos acompaña desde el nacimiento, de un paraíso ancestral donde la unidad del tiempo y el espacio es la rúbrica de cada hoja y cada flor. [...]

[...] Quizá lo único que hemos conseguido como señores de esta creación haya sido separar el tiempo y el espacio. Sólo nosotros hemos dado a cada uno de ellos un valor aparte, una medida distinta que ahora nos define y nos constriñe como el largo y el ancho de un ataúd. Volver a fundirlos es la principal meta de la ciencia natural: como hemos visto tú y yo [...]

[...] He pensado a menudo que en nuestros microscopios, cuando examinábamos los tejidos de esos pobres leprosos del hospital, mirábamos una réplica minúscula del mundo que yo conocería más tarde en las laderas boscosas cerca de Mont Royal. [...]







PREOCUPACIONES GRUP FOCUS

Carles Teixidó, Director General de Administración y Finanzas

Joan Còdol, Director de Eventos

Pili Borrajo, Directora de Operaciones

Josu Jauregui, Director de Servicios Técnicos

Alicia García, Directora de Recursos Humanos

POLÍTICAS DE INMUNIDAD

Manuel Arias Maldonado

Dos años después del comienzo oficial de la pandemia del nuevo coronavirus, las imágenes del tajante confinamiento impuesto sobre los habitantes de la ciudad china de Shanghái nos provocan escalofríos: agentes oficiales embutidos en trajes blancos de aislamiento entran en las casas de la clase media e introducen sin miramientos a sus perros y gatos en bolsas selladas donde encuentran una muerte espantosa camino de la incineradora, mientras que la reclusión prolongada de los vecinos produce escenas dantescas debido a la falta de alimentos o medicinas. Mal podríamos reprochar a nadie que ante semejante escena lanzase una exclamación acusatoria: «¡Inmunidad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!». Y aunque China es un Estado autoritario empeñado en sostener —contra toda lógica— una estrategia de salud pública basada en la eliminación del virus, todavía está vivo en las democracias occidentales el recuerdo de los excesos perpetrados por el poder público durante la gestión de la pandemia. Si en España estuvimos más de dos meses privados del derecho a la libertad de movimientos, nuestras autoridades no fueron las únicas que impidieron la celebración de funerales, cerraron colegios, exigieron la mascarilla al aire libre o llenaron el espacio público de surtidores de gel desinfectante: hablamos de un largo periodo de incertidumbre y angustia que ha dejado una visible huella psicológica en una parte de la población. Y es aconsejable preguntarse, ahora que la vieja normalidad recobra gradualmente su imperio, si las decisiones tomadas por nuestros representantes con el auxilio de los expertos en salud pública han sido siempre las apropiadas. O lo que es igual: si habríamos de hacer lo mismo la próxima vez, si es que hay próxima vez; si, en definitiva, la búsqueda de la inmunidad colectiva nos aboca forzosamente a la indefensión personal.

El problema de fondo es sencillo: si el político que debe tomar decisiones para limitar el daño producido por un nuevo virus consulta al científico, posiblemente reciba el consejo de limitar al máximo las interacciones sociales que hacen posible la propagación de la enfermedad. De ahí que la mayoría de los inmunólogos hayan defendido durante estos dos años el uso sostenido de la mascarilla, los largos confinamientos, el mantenimiento de la distancia social, el cierre de parques y de colegios, las restricciones de aforo y la atención a distancia; incluso después de la vacunación de grandes masas de población. Si el contacto entre seres humanos facilita la difusión del virus, hay que acabar momentáneamente con el contacto entre los seres humanos: *fiat salus et pereas mundus*. El correlato político de esta lógica inmunitaria es la declaración de emergencia, el estado de excepción —los portugueses hablan de «estado de calamidad»— que faculta al poder ejecutivo para poner la maquinaria estatal al servicio de la seguridad ciudadana. En una democracia constitucional, sin embargo, la excepción no permite al poder ejecutivo que decida sin someterse a control alguno; el Parlamento y los jueces tienen el deber de someter a vigilancia sus políticas de inmunidad. Es más: las limitaciones de derechos solo pueden llevarse a efecto cuando exista justificación suficiente. Ocurre que esas cautelas sirven de poco cuando el pánico se apodera de una comunidad o sus altos tribunales dilatan tanto sus resoluciones que estas llegan cuando el mal —si lo hay— ya está hecho.

Para orientarnos en el cenagoso terreno de la decisión adoptada en condiciones de excepción sanitaria, es útil recurrir a las conferencias impartidas por el sociólogo alemán Max Weber poco antes de su muerte —causada precisamente por la pandemia de *influenza* en 1920— y reunidas bajo el título de «El político y el científico». Recordemos que Weber describe la modernidad como un proceso de racionalización que, privando al mundo de connotaciones mágicas o irracionales, nos encierra en una «jaula de hierro» no exenta de beneficios materiales. Pero el pensador alemán no es un *defensor* de la lógica moderna, sino que ante todo la *describe* con las herramientas de su disciplina. Cuando se ocupa de las relaciones entre la política y la ciencia, de hecho, está muy lejos de recomendar la subordinación de la primera a la segunda; por el contrario, la política tiene razones que la ciencia no entiende: en modo alguno puede limitarse el decisor público a hacer de manera automática aquello que el científico le sugiere. La política constituye una esfera autónoma cuyos agentes deben tomar decisiones informadas por

el conocimiento científico, pero en modo alguno pueden limitarse a replicar —si es que existe acuerdo entre ellos— lo que hayan decidido los expertos. Y si la política es una esfera autónoma, es porque en ella han de tomarse en consideración bienes, intereses, valores y preferencias que no se dejan conciliar fácilmente; solo la decisión política puede cortar ese nudo gordiano.

De ahí que Weber resalte el sentido de la responsabilidad y la medida como cualidades fundamentales para el político, quien jamás debe perder de vista las consecuencias de sus decisiones. Quien cierra los colegios para prevenir la difusión del virus, por ejemplo, no podrá ignorar los efectos que eso tendrá para su educación o para la estabilidad psicológica de los niños. Podrá decidir en un sentido o en otro, tomando tal o cual riesgo, pero no podrá desentenderse de las consecuencias de sus actos. Por su parte, el científico no podrá decir al político cuál ha de ser el sentido de esos actos, por la sencilla razón de que no le corresponde a él determinarlo: en un mundo cargado de valores en conflicto, donde no hay acuerdo sobre el sentido último de las cosas ni sobre los fines que debemos perseguir, ¿quién podría arrogarse el derecho a imponer sus creencias a los demás? Escribe Weber: «Los distintos sistemas de valores existentes libran entre sí una batalla sin solución posible». Lo que la ciencia puede hacer es aportar conocimiento útil acerca del mundo, señalando relaciones de causalidad entre fenómenos, ofreciendo cálculos de probabilidad, reduciendo en la medida de lo posible la incertidumbre. Al hacerlo, proporcionará al político información valiosa acerca de la intrincada relación entre medios y fines, pero no podrá —carece de legitimación para hacerlo— decidir cuáles son los fines que debe perseguir ni a través de qué medios puede intentar realizarlos. En definitiva: el científico no señala al político lo que *debe* hacer, sino lo que *cabe* hacer a la vista de la información y los recursos disponibles.

Así que si estalla una epidemia, corresponde al político decidir cómo ha de resolverse el conflicto entre bienes que inevitablemente se sigue de ella: ¿cuánto ha de restringirse la libertad de los ciudadanos con el fin de asegurar la inmunidad del mayor número posible de ellos? ¿Y cómo ha de medirse el daño que produce la limitación de las interacciones sociales, por ejemplo en el plano económico? Ahora bien: en una democracia constitucional, la salud no lo es todo y por eso no nos encerramos en casa cada invierno para minimizar el contagio de la gripe pese a que muchos mueren cada año por su causa. Y es que la limitación o suspensión de derechos de los ciudadanos solo puede decidirse cuando existe una necesidad debidamente justificada; no puede ser el primer recurso de los decisores. Entre otras cosas, porque hay que dejar margen para que el individuo decida por sí mismo; siempre y cuando no comprometa la integridad del resto. Por eso no es lo mismo decidir cuando un virus empieza a circular y apenas se conoce su naturaleza, que hacerlo cuando lleva seis meses haciendo su siniestro trabajo.

En suma: la búsqueda de la inmunidad no puede servir de pretexto para la neutralización pública de las decisiones privadas y hemos de exigir a nuestros gobernantes una ponderación equilibrada de los bienes en juego. Ya que queremos vivir, pero no de cualquier manera. En modo alguno debe entenderse esto como una recusación de la ciencia o la técnica; si hoy podemos quitarnos las mascarillas es gracias a la eficacia de las vacunas que tan rápidamente se han diseñado en respuesta al coronavirus. Pero la política inmunológica, decisiva para la continuidad de las sociedades humanas, no puede convertirse en una tiranía: ni siquiera cuando una mayoría se muestra dispuesta a aceptarla.



Manuel Arias Maldonado

Politólogo especializado en ciencia política, biopolítica y sistemas de gobierno.
Autor de *Desde las ruinas del futuro. Teoría política de la pandemia* (Taurus, 2020)



El símbolo ★ marca el final de un trazado.
 Continúa por el siguiente número consecutivo.
 La punta de la lengua

PREGUNTAS A ROBERTO ESPOSITO EN TORNO A LA IDEA DE «INMUNIDAD»

Roberto Esposito (1950) es uno de los filósofos italianos más importantes del panorama filosófico actual. Es conocido y reconocido en muchas universidades e instituciones de investigación de todo el mundo y su obra es muy citada y comentada tanto entre los estudiosos de la filosofía como entre los que se interesan por los temas de la filosofía política en general.

Esposito es profesor en la prestigiosa Scuola Normale de Pisa y es autor de casi una veintena de obras de filosofía política, la mayoría de ellas traducidas al castellano y también a otros idiomas. Es sin duda una de la voces más destacadas de la filosofía actual, con estudios de referencia sobre conceptos como biopolítica, inmunidad y comunidad, lo impolítico y, más recientemente, inmunopolítica.

De sus obras destacan *Immunitas. Protezione y negación de la vida*, *Communitas. Origen y destino de la comunidad*, *Bios. Biopolítica y filosofía* o *Desde fuera. Una filosofía para Europa*. Recientemente ha sido traducido en Herder su libro *Instituciones*, donde Esposito revisa el concepto de institución y el valor de la mediación en la vida política actual. En esta misma editorial aparecerá próximamente *Inmunidad común*, su última obra hasta el momento publicada.

Se habla mucho de inmunidad y usted es uno de los filósofos políticos que más ha pensado el término. ¿Qué podemos entender por inmunidad en sentido político?

A nivel jurídico-político por «inmunidad» se entiende el salvoconducto que desde hace mucho tiempo protege a los embajadores y a los representantes del cuerpo diplomático de la aplicación de la ley común. En general, también los jefes de Estado y parlamentarios disponen de un escudo de inmunidad a la hora de ejercer sus funciones. A nivel más general, nuestros sistemas políticos, incluso los sistemas democráticos, han desarrollado una serie de dispositivos de inmunidad para protegerse a sí mismos y a los ciudadanos de los riesgos internos y externos que los amenazan. En el siglo XVII el filósofo Hobbes opinaba que la primera tarea del Estado-Leviatán consistía en la protección de la vida de los súbditos.

Risposta: Sul piano giuridico-politico per "immunità" s'intende il salvocondotto che da lunghissimo tempo protegge gli ambasciatori e i rappresentanti del corpo diplomatico nei confronti della legge comune. Anche capi di Stato e parlamentari generalmente godono di uno scudo immunitario nell'esercizio delle loro funzioni. Più in generale, i nostri sistemi politici, anche democratici, hanno sviluppato una serie di dispositivi immunitari per proteggere se stessi e i cittadini dai rischi interni ed esterni che li minacciano. Già nel Seicento il filosofo Hobbes vedeva il primo compito dello Stato-Leviatano nella protezione della vita dei sudditi.

Últimamente también se ha hablado mucho de las relaciones entre lenguaje sanitario y lenguaje político. ¿De qué modo cree que se relacionan?

De la misma manera que nuestros cuerpos físicos poseen un sistema inmune para defenderse de las enfermedades infecciosas, también los cuerpos colectivos disponen de sistemas inmunes destinados a salvarlos de conflictos perjudiciales.

Como afirma el sociólogo alemán Niklas Luhmann, el principal subsistema inmune de los Estados es el derecho, las leyes escritas, de las cuales los organismos políticos no pueden prescindir. Cabe precisar también que si los mecanismos de inmunidad superan ciertas medidas, acaban amenazando a las mismas sociedades que pretenden defender, rompiendo el vínculo social que une a los seres humanos entre ellos.

Risposta: Come i nostri corpi individuali hanno un sistema immunitario necessario a difenderli dalle malattie infettive, così i corpi collettivi hanno dei sistemi immunitari destinati a salvarli da conflitti distruttivi. Come sostiene il sociologo tedesco Niklas Luhmann, il principale sottosistema immunitario degli Stati è il diritto, la legge scritta, senza la quale gli organismi politici soccomberebbero. Va però anche detto che quando i dispositivi immunitari oltrepassano una certa misura, minacciano le stesse società che vogliono difendere, rompendo il vincolo sociale che lega gli esseri umani fra loro.

Ahora tenemos muy asumido que la salud es también un asunto político. ¿Ha sido siempre así? ¿Qué particularidad tiene nuestra época al respecto?

Siempre ha existido una relación estrecha entre política y medicina, vinculadas por la exigencia común de garantizar la seguridad. Sin embargo, en la sociedad moderna y contemporánea este vínculo se ha ido reforzando. Desde el nacimiento de los Estados modernos, en la primera modernidad, se fue estableciendo un proceso de progresiva politización de la medicina, con la formación de una medicina social destinada al bienestar de las poblaciones. Últimamente estamos observando un proceso inverso y complementario: la medicalización de la política, puesto que el tema de la salud individual y colectiva se ha convertido en un eje central de cualquier agenda política.

Risposta: C'è sempre stato un rapporto stretto tra politica e medicina, legate dalla comune esigenza di sicurezza. Ma nella società moderna e contemporanea questo legame si è fatto sempre più forte. Già nella prima modernità, quando sono nati gli Stati moderni, si è determinato un processo di progressiva politicizzazione della medicina, con la formazione di una medicina sociale rivolta al benessere delle popolazioni. Più recentemente si è registrato un processo, inverso e complementare, di medicalizzazione della politica, dal momento in cui la questione della salute, individuale e collettiva, è diventata centrale in tutte le agende politiche.

¿Podría ampliar esto en relación a la pandemia de la COVID-19?

Desde el principio de la pandemia ambos procesos —la politización de la medicina y la medicalización de la política— han experimentado una fuerte aceleración. La atención de los gobiernos se ha dirigido cada vez más a la exigencia de proteger la vida de los ciudadanos a través de medidas que puedan limitar la difusión del virus. De esta manera, parece que los objetivos de la política y de la medicina se acaben solapando. Las opiniones de médicos expertos —sobre todo de los virólogos y epidemiólogos— han ganado cada vez más importancia en la toma de decisiones de los gobiernos, hasta dar la impresión de que a veces la determinación de las políticas se traslade del sector gubernamental al médico.

Risposta: Con la pandemia ambedue questi processi —di politicizzazione della medicina e di medicalizzazione della politica— hanno subito una forte accelerazione. Sempre più l'attenzione dei governi si è rivolta all'esigenza di protezione della vita dei cittadini con le misure destinate a limitare la diffusione del virus. In questo modo è sembrato che gli scopi della politica e della medicina finissero per sovrapporsi. L'opinione di esperti medici —soprattutto virologi ed epidemiologici— nelle scelte dei governi si è fatta sempre più forte, dando a volte l'impressione di uno spostamento delle decisioni politiche dall'ambito governativo a quello medico.

Otro concepto que usted conoce de primera mano es el de biopolítica. Brevemente, ¿qué significa este término y por qué es importante para la política?

Por «biopolítica» —concepto elaborado por el filósofo francés Michel Foucault y luego desarrollado en diversas direcciones por otros— se entiende la conexión cada vez más directa entre la política y la vida biológica. El objetivo central de la política había sido tradicionalmente el de adquirir y distribuir el poder; sin embargo, a partir de un determinado momento, la vida biológica de las personas y de las poblaciones se ha convertido en el foco principal de las decisiones políticas. La importancia de la biopolítica se debe al creciente interés por el cuerpo humano, su protección y su cura, en la escena política de los Estados tanto democráticos como autoritarios.

Risposta: Per 'biopolitica' —un concetto elaborato dal filosofo francese Michel Foucault e poi sviluppato da altri in direzioni diverse— s'intende l'implicazione sempre più diretta tra politica e vita biologica. Mentre fino a un certo punto l'obiettivo centrale della politica è stato l'acquisizione e poi la distribuzione del potere, da un certo momento in poi la vita biologica degli individui e delle popolazioni è diventato l'oggetto principale delle decisioni politiche. L'importanza della biopolitica si misura dal rilievo crescente del corpo umano, della sua salvaguardia e della sua cura, nelle scelte politiche di tutti gli Stati, democratici ed autoritari.

También en relación a este concepto, ¿cómo relacionarlo con la pandemia de la COVID-19?

La pandemia ha marcado el punto extremo del proceso biopolítico. Durante casi dos años la principal preocupación de la política, en todo el mundo, ha sido la lucha contra la difusión de un virus potencialmente mortal. Muchas decisiones políticas, tanto gubernamentales como ciudadanas, se han tenido que enfrentar con este problema. Algunos opinan que la pandemia ha condicionado en gran medida hasta incluso las elecciones más importantes del mundo, las del presidente de Estados Unidos. También se puede considerar la formación de gobiernos técnicos, como por ejemplo el de Italia, como un efecto de la pandemia.

Risposta: La pandemia è stato il punto più estremo di questo processo biopolitico. Per quasi due anni in tutto il mondo la principale preoccupazione della politica è stata la lotta contro la diffusione di un virus potenzialmente mortale. Molte scelte politiche, sia da parte dei governi che da parte della cittadinanza, si sono misurate con questo problema. La stessa elezione più importante del mondo —quella del presidente degli Stati Uniti d'America— si ritiene sia stata condizionata fortemente dalla presenza della pandemia. Anche la nascita di governi tecnici, ad esempio in Italia, può essere ricondotta ad essa.

Recientemente viene hablando de inmuno-política. ¿Por qué propone introducir este término?

Propongo utilizar este término porque la biopolítica, con su difusión a nivel global, ha adquirido un carácter intensamente inmunitario. Desde la modernidad la creciente atención por la vida biológica se ha ido extendiendo y al mismo tiempo especializando en la construcción de mecanismos destinados a la inmunización médica y social. Los confinamientos impuestos por casi todos los países del mundo en la primera ola pandémica, y que todavía se siguen aplicando cuando hay rebrotes del virus, representan la prueba más evidente de la transformación inmunológica de la biopolítica contemporánea, y la mascarilla que nos oculta las caras constituye la metáfora más común.

Risposta: Propongo questo termine perché la biopolitica, ormai diffusa in tutto il mondo, ha acquisito un carattere intensamente immunitario. L'attenzione crescente per la vita biologica, iniziata nella modernità e sempre più estesa, si è andata specializzando nella costruzione di dispositivi volti all'immunizzazione medica e sociale. I lock-down attuati da quasi tutti i paesi del mondo nella prima ondata della pandemia, ma ancora oggi parzialmente attivi quando il virus torna ad aggredire, costituiscono il segno più evidente della conversione immunologica della biopolitica contemporanea, mentre la mascherina sui nostri volti ne è diventata la metafora più diffusa.

¿Cuál cree que es la consideración más importante que nos deja sobre la mesa la epidemia de la COVID-19?

La consideración más importante que nos deja la experiencia de la COVID-19 se refiere al carácter global de los grandes fenómenos contemporáneos. A pesar del intento de cerrar las fronteras con muros materiales e imaginarios, el virus pudo traspasar rápidamente todas las fronteras y propagarse en todos los países. Además, la respuesta al virus —es decir, la producción de vacunas— también ha tenido un carácter global. Quizás por primera vez en la historia, la inmunización médica se ha convertido en una exigencia común hoy en día. De hecho, pasa lo mismo con la crisis medioambiental: o bien nos salvamos todos o moriremos todos juntos. Ya no es posible que tan solo una parte se salve y que otra se quede con las consecuencias.

Risposta: La considerazione più importante che ci lascia l'esperienza del covid è il carattere globale dei grandi fenomeni contemporanei. Nonostante il tentativo di chiudere i confini con muri materiali e immaginari, il virus in breve ha attraversato tutte le frontiere, dilagando in tutti i paesi. Ma anche la risposta ad esso —vale a dire la produzione dei vaccini— ha avuto un carattere globale. Oggi, forse per la prima volta nella storia, l'immunizzazione medica è diventata un'esigenza comune. Come del resto accade anche per la crisi ambientale, o il mondo si salva tutto insieme oppure perirà tutto insieme. Non è più possibile che una parte si salvi a danno di un'altra.

Por cierto, se habla de estos temas en los tiempos en que también se debate en torno al transhumanismo. ¿Qué le parecen las tesis del transhumanismo?

La tesis del transhumanismo es que la tecnología, sobre todo la de carácter biológico, pueda transformar —o tal vez ya esté transformando— a la especie humana en algo que trasciende el contenedor que solemos llamar «ser humano». A algunos este proceso de mutación de la especie les da miedo, como si fuera un peligro extremo a evitar. Otros lo ven como un recurso explotable para potenciar nuestras prestaciones. A pesar de esto, la mortalidad, la propiedad más típica de nuestra especie, queda muy lejos de cualquier superación.

Risposta: La tesi del transumanismo è che la tecnologia, soprattutto di carattere biologico, sia in grado di trasformare, o già sta trasformando, la stessa specie umana in qualcosa che non è più contenibile all'interno di quello che siamo abituati a chiamare 'essere umano'. Tale processo di mutazione specifica è guardato da alcuni con timore come un pericolo estremo da cui guardarsi. Da altri come una risorsa da sfruttare per il potenziamento delle nostre prestazioni. Resta, tuttavia, il fatto che il carattere più tipico della nostra specie, vale a dire la mortalità, è ben lontano dall'essere superato.

Para terminar, ¿qué pueden aportar las humanidades a este debate?

Las ciencias humanas, sobre todo la filosofía, pueden aportar una contribución fundamental a este debate. Es evidente que las ciencias naturales —desde la física hasta la biología— siguen siendo centrales e indispensables. Sin embargo, las humanidades pueden desempeñar una tarea de igual importancia. Sin conocer la historia no se entienden los temas que acabamos de mencionar. Es difícil imaginar el futuro sin conocimiento del pasado. De la misma manera, solo el pensamiento crítico puede llevarnos a desarrollar un modus vivendi adecuado para satisfacer las necesidades y los deseos de la humanidad presente, y, sobre todo, de las generaciones futuras.

Risposta: Le scienze umane, e in particolare la riflessione filosofica, possono apportare un contributo fondamentale a questo dibattito. Naturalmente l'apporto delle scienze naturali —dalla fisica alla biologia— resta centrale e indispensabile. Ma le humanities possono svolgere un compito altrettanto importante. Senza la storia non si capiscono i passaggi di cui abbiamo parlato. È difficile immaginare il futuro se non si conosce qualcosa del passato. Allo stesso modo soltanto il pensiero può condurci a concepire un modo di vita in grado di soddisfare i bisogni e i desideri dell'umanità presente e soprattutto delle generazioni future.

Entrevista realizada por Miquel Seguró



Roberto Esposito

Filósofo italiano, especialista en filosofía moral y política.

Autor de *Communitas. Origen y destino de la comunidad* y *Immunitas. Protección y negación de la vida* (Amorrortu/editores, 2019)



Imagen del pabellón de la República de Corea creado por Yunchul Kim para la Bienal de Arte de Venecia 2022.

©Hänsel* i Gretel*

LA BALADA DE MARÍA TIFOIDEA.

JÜRIG FEDERSPIEL (Vegueta Narrativa)

Traducción de José Aníbal Campos

XIII

Aunque en el transcurso de estas historias me atenderé a los pocos datos biográficos que pudo en parte averiguar George A. Soper, así como a las anotaciones que mi abuelo hizo en su agenda, es obvio que existe un vacío biográfico cuyas lagunas es preciso llenar. Cabe, por lo tanto, inventar algo genuino, ya que —como todos sabemos— no hay en este mundo una sola biografía auténtica o verdadera. Contamos ahí con una sustancia inconfundible. Como la arena en un reloj de arena. Los distintos biógrafos darán la vuelta al mismo reloj, y la misma arena tomará siempre un nuevo curso al fluir hacia el otro recipiente de cristal.

A Mary Mallon, como la llamaremos de ahora en adelante, le dieron al nacer el nombre de María Anna Caduff. Como di con ese nombre en la parroquia y en el registro civil de su pueblo natal de los Grisones (así como con los de sus padres y sus hermanos), y teniendo en cuenta que la fecha en que emigraron coincide con la fecha del embarque (si bien solo de manera aproximada), no cabe duda alguna sobre su identidad, aparte de que en la lista de pasajeros del *Leibnitz* figura el apellido de una familia Caduff formada por cinco miembros.

Como cualquiera de nosotros, Mary Mallon estuvo, en un principio, exenta de toda tacha o culpa. Era un ángel de la muerte. Y ese ángel llamado Mary hubo de llevar una existencia miserable, una auténtica vida infame, de perros, y ocasionó mucho infortunio a sus semejantes, pero siempre en un estado de culpable inocencia.

El doctor George A. Soper nunca se ocupó de esa cuestión de índole moral. Tampoco lo hizo mi abuelo. Como hemos dicho, a los dos les interesaba únicamente el fenómeno médico representado por esa mujer —la transmisora de tifus más famosa de la historia—, a la que el lenguaje popular conoció por el apodo de María Tifoidea. La elección realmente desafortunada de su profesión (una pasión por cocinar que nada ni nadie pudo contener) tuvo un efecto tan devastador que la mayoría de sus contemporáneos la tuvo por una invención semejante a la surgida posteriormente en torno al soldado veterano conocido como el monstruo Kilroy.

Pero María Tifoidea no es una invención. A las víctimas que consiguió probarle George A. Soper las colocaron en ataúdes de verdad, fueron enterradas y, muy a menudo, lloradas con dolor sincero. Resulta difícil precisar con exactitud cuántas fueron —el propio Soper lo señala—, porque, ¿quién es capaz de localizar todas las ramificaciones de una epidemia?

El tifus (del griego *Typhus*: «niebla») era y es una enfermedad infecciosa específicamente humana que, a día de hoy, gracias a los antibióticos, provoca la muerte solo en un dos o tres por ciento de los casos, pero los índices de muerte (de «mortalidad», como lo llaman los médicos) eran mucho más altos hace cien años o antes. Su agente patógeno es la bacteria

Salmonella Typhi, descrita por primera vez por Eberth y Gaffky en 1880; se transmite, por lo general, por medio de alimentos o de agua contaminados, y es más frecuente en jóvenes que en ancianos.

Los síntomas del tifus se manifiestan entre una y tres semanas a partir del contagio: dolores en cabeza y extremidades, ofuscación, hemorragias nasales, escalofríos y fiebre alta que aumenta gradualmente día tras día. A medida que se incrementa el malestar general, la temperatura se mantiene constante en torno a los cuarenta grados. El cuerpo se inflama y el bazo se vuelve sensible al tacto; en un principio las deposiciones son continuas, las mucosas se secan. Los folículos linfoides del intestino se ulceran, y eso puede producir más tarde deposiciones líquidas parecidas a una sopa de guisantes, provocando, por último, hemorragias o perforaciones intestinales que derivan en una peritonitis.

El individuo infectado elimina en sus excrementos millones de bacilos de tifus activos que, por lo habitual, constituyen la causa del contagio, en general a través de bebidas y otros alimentos, pero también transmitidos por moscas y otros insectos.

¿Cabe hablar de parábola si decimos que la mosca no enferma de tifus? La propia Mary no contrajo la enfermedad: ésta nunca se volvió virulenta en ella. Ella era una mera portadora y, como tal, se limitaba a contagiarlo, pero la medicina de entonces aún no sabía nada acerca de los portadores. En cualquier caso, un científico alemán, un tal Robert Koch, andaba ya sobre la pista. De haber oído hablar de Mary Mallon, la hubiese considerado un ángel exterminador en sentido poético. Pero ¿qué hay de mí?

La muerte es la odiada vecina de cualquier médico. Cuando uno es un joven profesional, la ignora; más tarde empieza a tratarla con corteses gestos de cabeza. Al final, acabas saludándola como a una colega, de un modo cordial, pero distante. No resulta difícil imaginar que yo, en mi condición de pediatra, haya contemplado con horror a esta vecina a la que no puedes ignorar. La he observado de arriba a abajo, desde sus talones huesudos hasta la punta de su guadaña, y siempre me he preguntado por qué no me hice gerontólogo. Sin embargo, hasta hoy —y no soy todavía demasiado viejo, he comentado ya que tengo cincuenta y ocho años—, aún no me he arrepentido. Mi propio padecimiento no tiene nada que ver con la edad. En los próximos meses o semanas, la vecina de la que hablo hará de pronto una parada y se quitará el sombrero para saludar de un modo muy poco americano. Después de este comentario al margen, el lector me perdonará que me haya permitido una descripción tan poco respetuosa de la muerte y del acto de morir. Mis respetos siguen dedicados a la vida misma.

XIV

una ciudad al otro lado del mundo. En el fondo de la fotografía se ve un edificio que parece un templo antiguo, con columnas y un techo que se eleva hacia el cielo. La imagen es en blanco y negro, con un tono que da la impresión de ser una fotografía antigua. El edificio tiene una fachada que parece estar hecha de piedra o de un material similar, con una gran entrada que está rodeada por columnas. El cielo es claro y parece haber un sol o una luna que ilumina la escena. La fotografía es tomada desde una perspectiva que hace que el edificio parezca estar en un lugar elevado o en un punto de vista que es poco común para una ciudad moderna.

Si uno contempla imágenes de Nueva York de las décadas de 1870 y 1880, lo primero que llama la atención, de un modo fantasmagórico, es su vacuidad, la ausencia de seres humanos, sobre todo cuando muestran ciertos barrios distinguidos o lugares con un toque especial. La culpa la tienen los fotógrafos de entonces, en cuya opinión la vista de grandes multitudes humanas era una ofensa para la vida espiritual de aquellos que querían tener una foto del exterior de sus mansiones. La imagen que tengo ahora delante, de la esquina de City Hall y la calle Chambers, tomada, sin duda, un domingo a primera hora de la mañana, cuando ni siquiera la gente pobre había salido con rumbo a la iglesia, es un buen ejemplo de ello.

Imagino a Mary allí, la imagino admirando a alegres damas y animados caballeros mientras se pasean en sus coches de punta.

Empezaba a atardecer, y ella vagaba sin rumbo. Había acomodado su hatillo en un banco de mimbres y se detuvo, indecisa, cuando un hombre vestido de librea y ya entrado en años —para Mary un «caballero»— caminó hacia ella y la abordó.



El símbolo ★ marca el final de un trazado.
 Continúa por el siguiente número consecutivo.
 La punta de la lengua

LA INMUNIDAD EN EL REINO ANIMAL: SUPERVIVENCIA Y PERPETUACIÓN DE LA ESPECIE

Carolina Gálvez-Montón

En el reino animal, la inmunidad biológica tiene un papel clave para asegurar la perpetuación de la especie y es uno de los ingredientes principales de la selección natural. La selección natural, entendida como un proceso dinámico y omnipresente que actúa sin descanso sobre todos los seres vivos, abre camino a los organismos mejor adaptados y elimina a aquellos que no superan su juicio. Indiscriminadamente, actúa con el mismo rasero sobre cualquier ser vivo, ya sea en la selva, en las profundidades marinas, o en nuestro lugar de trabajo. Con ella llegan los cambios evolutivos, ejemplos de supervivencia que no deben ser considerados como una mejora de la especie, sino como una adaptación de esta al medio ambiente. Los individuos que superan el examen de la enjuiciadora selección natural tendrán la oportunidad de reproducirse y garantizar, tanto de manera altruista la perpetuación de su especie como por interés propio la preservación de sus rasgos distintivos individuales.

La inmunidad desde el punto de vista biomédico se conoce como una condición fisiológica inherente a cualquier ser vivo que le confiere un estado de resistencia frente a la acción patógena de microorganismos. Todos nacemos con una inmunidad innata o natural, concedida generosamente por nuestros progenitores, que actúa como primera barrera de defensa ante cualquier agente nocivo biológico. Adicionalmente y fruto de la evolución biológica, a lo largo de nuestra vida solo los seres vivos vertebrados desarrollamos una segunda inmunidad, conocida como adaptativa o adquirida, cuya progresión depende de los contagios y de las vacunaciones que vamos afrontando. Esta segunda inmunidad, en el mundo animal podría considerarse como dos entidades independientes: 1) la adaptativa, conseguida cuando un individuo se enfrenta a una infección, siendo común para todos los animales, y 2) la privilegiada (por su similitud con la jurídica, la diplomática o la parlamentaria), propia solo de los animales domésticos vacunados.

La inmunidad es una condición fisiológica que puede convertirse en patológica, ya sea por su escasez (inmunodeficiencia) o por exceso (hiperinmunidad). Los animales, a semejanza de los humanos, pueden padecer procesos patológicos por inmunodepresión (inmunodeficiencia felina, hematopoyesis canina cíclica) o hiperinmunización (dermatitis atópica, hipersensibilidad alimentaria, lupus eritematoso sistémico). Un individuo inmunodeficiente sucumbirá ante cualquier agente externo nocivo por incapacidad inmuno-combativa mientras que un hiperinmune lo hará como consecuencia de una respuesta inmunológica descontrolada que anárquicamente destruirá sus propios órganos y tejidos interpretados como ajenos. En este sentido, tal como sucede en la salud humana, la inmunidad y la vejez en el mundo animal también se comportan como auténticos antagonismos biológicos. Estudios recientes de la Universidad de Edimburgo, del Instituto de Investigación Moredun y del Centro para la Dinámica de la Biodiversidad en Noruega han demostrado que los animales salvajes con la edad van perdiendo su respuesta inmunológica frente a antígenos a los que han estado expuestos y combatían desde su infancia. Así pues, como casi todo en la vida, el equilibrio de la inmunidad de un ser vivo es imprescindible para garantizar su supervivencia. Sus deficiencias y excesos en el mundo animal son severamente castigados por la selección natural.

Desde diferentes puntos de vista, es importante comprender que la inmunidad animal tiene un impacto directo sobre la humana, y viceversa. En primer lugar, por la existencia de las zoonosis, enfermedades infecciosas de origen animal transmisibles al ser humano, ya sea de manera directa como la rabia y la hidatidosis, o indirecta a través de vectores, generalmente insectos y parásitos (leishmaniasis, enfermedad de Lyme). Tras la pandemia de SARS-Cov-2, el concepto de zoonosis, pese a ser conocida su existencia

desde hace siglos, ha ido ganando terreno en nuestras conversaciones. Pero las zoonosis, incluyendo también las alimentarias (salmonelosis, triquinosis, anisakiosis, enfermedad de Creutzfeldt-Jakob) están presentes en nuestro día a día y han sido y siguen siendo una amenaza para la salud humana. En segundo lugar, de manera opuesta, también existe la zoonosis inversa o antropozoonosis, que ocurre cuando es el ser humano el que infecta a un animal (gripe, sarampión, neumonía). Por este motivo, lo que antiguamente se desdoblaba en salud humana y salud animal, actualmente se conoce e intenta tratar como una única empresa llamada *One Health* (del inglés, Salud Única).

La inmunidad, su íntimo equilibrio y convivencia con el medio ambiente, nos concierne a todos los seres vivos y a nuestra existencia. Y aunque inmunidad no es sinónimo de inmortalidad, sí puede considerarse como una estrecha aliada de la supervivencia, la longevidad, la persistencia o perpetuidad de la especie, y, en definitiva, de la vida.





Cordero de Damien Hirst conservado en formol, titulado
“Away from the Flock” en la exposición
“Some Went Mad, Some Ran Away” en la Serpentine Gallery, Londres, en 1994.

INMUNIDAD: UNA METÁFORA CARGADA DE VALORES

Manuel Cruz

Los conceptos son metáforas que ignoran su condición de tales y que sirven para mirar lo real desde una determinada perspectiva o, mejor, desde un determinado lugar imaginario. Así, el concepto de progreso puede interpretarse como la mirada juvenil, esperanzada, del que tiene toda la vida por delante y da por descontado que esa película vital siempre ha de terminar bien o, si se prefiere, ha de tener un final feliz. Es una metáfora que ilumina, esto es, permite pensar amplios territorios de lo real, vastas extensiones de futuro. Por su parte, la muerte del futuro (en su exasperación, el Apocalipsis, Franco «Bifo» Berardi *dixit*) es el pensamiento de la vejez, de la vulnerabilidad extrema, de la vida siempre amenazada, en riesgo de dejar de ser. No por casualidad, la metáfora desde la que hoy pensamos el presente es la enfermedad. Más en concreto, una enfermedad que a todos ataca: la pandemia.

El concepto de inmunidad, en gran medida imagen de marca de la propuesta filosófica de otro pensador italiano, Roberto Esposito, pertenece, sin duda, a esta misma categoría. Sirve, en efecto, para interpretar la realidad pero, al mismo tiempo, también vehicula nuestros anhelos, nuestras expectativas y, en ocasiones, nuestros deseos más secretos. Porque la inmunidad, más allá de su etimología latina (que hace referencia a la exención de tareas), se refiere a la capacidad de no ser afectado por una enfermedad o, más en general, por un daño que afecta a todo el mundo. Ser inmune, en ese sentido, es estar a salvo.

La generalización del término y su aplicación metafórica a otros ámbitos ajenos al de la salud está expresando la multiplicidad de daños o peligros por los que nos sentimos amenazados y el persistente empeño, no tanto en aprender a convivir con ellos, como en conseguir no vernos afectados por su influencia. Y aunque es cierto que en ocasiones utilizamos expresiones como la de «inmunidad de rebaño», esto es, aludimos a una situación en la que todos sin excepción estarían a salvo de un determinado peligro, lo cierto es que lo más frecuente —hasta el punto de que casi constituye una de las determinaciones más definitorias del concepto— es que se lo relacione con algún tipo de privilegio. Es el caso, por ejemplo, de cuando aludimos a la inmunidad diplomática como algo al alcance tan solo de unos pocos privilegiados.

Bien pudiéramos decir, entonces, que las metáforas, pensadas inicialmente como herramientas a nuestra disposición, poseen una enorme potencia reveladora. Resultan expresivas de la naturaleza de sus usuarios y, en la medida en que no existe el lenguaje privado sino que este lo es siempre de la tribu, también del grupo al que aquellos pertenecen. El filósofo estadounidense Richard Rorty nos lo dejó advertido, pero se diría que su advertencia cayó en saco roto, y seguimos tendiendo a pensar que nuestras metáforas son descripciones cuando en realidad en muchos casos son valoraciones que no saben que lo son. Desde esta perspectiva, llevar hasta el final la crítica de las metáforas no deja de ser una forma de criticar dimensiones fundamentales de nuestra idea del presente.

La metáfora de la inmunidad tiende a deslizar dos supuestos que están lejos de resultar obvios y, mucho menos, inocuos. Por un lado, en la medida en la que, como hemos visto, aquella suele venir asociada a la idea de privilegio, entra en conflicto con el valor de la igualdad y, más allá, con esa específica materialización pública del mismo que solemos denominar democracia. Las connotaciones de la inmunidad desde esta perspectiva la aproximan más al individualista «sálvese quien pueda» (incluso teorizado por quienes, a la manera de la filósofa Ayn Rand, consideran el egoísmo como una virtud) que a la cooperación solidaria.

Por otro lado, esa misma metáfora de la inmunidad, en la medida en que se articula con otra de las metáforas hegemónicas en nuestros días, la ya mencionada de la enfermedad, remite al conocimiento científico, constituido en nuestros días como el instrumento fundamental para protegernos de lo que antaño los viejos escolásticos denominaban el mal natural. Pero ha sido también en estos mismos días en los que se ha hecho patente que situar en el conocimiento científico la expectativa de la inmunidad puede ser una expectativa desmesurada, especialmente en la medida en que no piensa adecuadamente el funcionamiento de aquel. Curiosa la paradoja en la que hemos terminado desembocando: de ser la ciencia la instancia que daba lugar al desencantamiento del mundo, hemos pasado a una situación en la que esperamos de la misma lo que por definición no está en condiciones de dar, esto es, procedemos a su reencantamiento vergonzante. No es culpa suya, sino nuestra: hemos situado en ella el ansia de certezas que antes teníamos ubicadas en otras instancias (fundamentalmente en la religión).

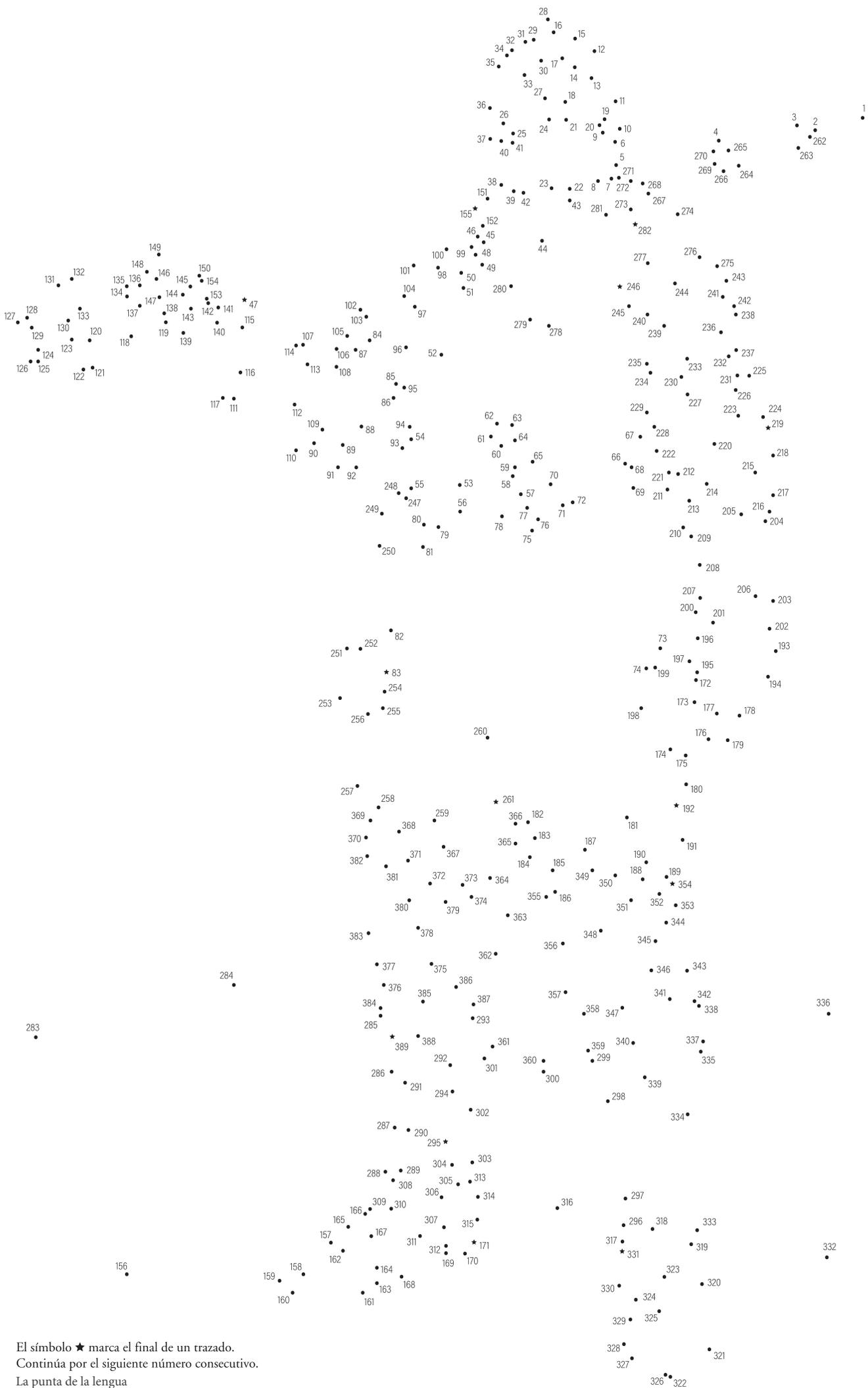
En todo caso, aceptar la realidad del conocimiento científico tal y como realmente es, asumir la limitación de lo que se encuentra en condiciones de ofrecernos, con toda probabilidad entraría en conflicto con la aspiración a la inmunidad que parece haberse convertido en el signo de nuestro tiempo. Pero el lema kantiano *Sapere aude significa*, en la era del Antropoceno, «atrévete a aceptar la defectibilidad del conocimiento». El lema kantiano contiene el socrático «solo sé que no sé nada» e implica asumir la posibilidad del error. Y, por supuesto, del olvido, que puede alcanzar con el tiempo trascendencia mayúscula, como en el caso del heideggeriano olvido del ser. Constatar todo esto no debería interpretarse en modo alguno como la ruina de una esperanza legítima y probablemente positiva en el devenir de la humanidad. Si acaso, constituye la ruina de una ilusión (la de ponernos a salvo de todo daño) que nunca tuvo más fundamento que nuestra dificultad para asumir la realidad de las limitaciones con las que estamos amasados.



Manuel Cruz

Filósofo y político.

Autor de *El virus del miedo* (La Caja Books, 2021) y *Democracia: la última utopía* (Espasa, 2021)



El símbolo ★ marca el final de un trazado.
 Continúa por el siguiente número consecutivo.
 La punta de la lengua

INMUNIDAD Y BARRERA. UN POCO DE CIENCIA.

Javier Tejada

En el momento en que empiezo a escribir este artículo sobre el significado y los usos del término *inmunidad*, resulta que los humanos, y también el planeta Tierra, estamos viendo con crudeza y ensañamiento qué es ser inmune a la sinrazón, a la injusticia, al totalitarismo, al exterminio y dolor de los otros y a no sé cuántas cosas más. Estamos en el comienzo de la invasión de Ucrania por las tropas rusas.

La idea más simple que se me ocurre para explicar el concepto de *inmunidad* es la que conlleva la construcción de barreras que, por ejemplo, no permitan la entrada en el cuerpo humano de «la enfermedad», tal es el caso de la medicina, o que nos mantengan aislados y bien alejados de las buenas o malas acciones según lo que se pretenda hacer y/o respetar, en el mundo de las ideas y valores éticos y morales.

Desde un punto de vista científico, el concepto de barrera es muy utilizado y para empezar a entender cómo podemos trasladar el concepto de *inmunidad* al mundo de la ciencia, pondré varios ejemplos que usamos los físicos y químicos y que son fáciles de comprender. El primero está en el mundo digital, en el que se enseñorean los bits 1 y 0. Entre ellos tiene que haber una barrera de energía que impida que se pierda la información, es decir, que los 1 no se conviertan en 0 y al revés. En este caso, si sabemos construir dicha barrera y bajamos la temperatura de trabajo o a la que guardamos la memoria digital, estaremos salvados y, gracias a la *inmunidad digital*, nuestros biznietos podrán leer o escuchar y revivir todo lo que hicimos. En el caso de las reacciones químicas, hay una barrera energética entre los niveles de energía de los reactivos y los productos que se obtienen de dicha reacción. Hay que suministrar energía para vencer la barrera y que se produzca la reacción. También se habla de barrera de potencial en el caso, por ejemplo, de si queremos que una partícula o incluso nosotros queramos saltar de un lugar a otro que esté a más altura. No todos podemos saltar diez escalones. Es en el mundo cuántico en el que se pierde esta *inmunidad de barrera* debido al efecto túnel que permite pasar de un lado a otro de la barrera sin tener la suficiente energía para saltarla.

Pero las barreras en ciencia también pueden estar hechas de materia. Por ejemplo, si queremos apantallarnos, inmunizarnos, de los rayos gamma que matan las células cancerosas y, también, evitar que nos induzcan un cáncer, debemos protegernos con una lámina (barrera) hecha de plomo, y si queremos tomar el sol en la playa en verano y evitar el impacto de los rayos ultravioleta en nuestro cuerpo, debemos protegernos con una capa de crema. En ambos casos, podríamos hablar de que el plomo y la crema nos *inmunizan* frente a los rayos gamma y ultravioleta respectivamente.

Es decir, la *inmunidad* en el campo de las ciencias la podemos adquirir con energía y materia, que, a la postre, son los dos ingredientes, sin olvidar a la antimateria, del universo. Pero la ciencia también nos dice que nunca alcanzaremos la *inmunidad* total en ciertos casos. Pondré algunos ejemplos. ¿Qué relación podemos establecer entre la inmunidad a los virus con las tecnociencias y el futuro de la humanidad? ¿Y la inmunización frente al paso del tiempo? ¿Nos podemos inmunizar del, por ahora, necesario consumo energético que conlleva la evolución? ¿Y qué decir sobre si la humanidad se puede inmunizar frente al deterioro que está sufriendo nuestro planeta?

Comenzaré contestando a las dos últimas preguntas. La contaminación masiva de la Tierra por los humanos comenzó con la Revolución Industrial, pero la ciencia y la tecnología siguieron su curso acelerado sin mirar alrededor. Al poco tiempo, se inventaron los aparatos de aire acondicionado y los nuevos modos de movilidad, y los humanos siguieron su andadura sin la *inmunidad* necesaria ante los daños que podía sufrir el planeta. En el momento presente continuamos con nuestra carrera científico-tecnológica y seguimos aumentando el consumo energético sin haber abordado seriamente y de manera global el problema de la inmunidad para salvar el planeta. Pero, veamos, ¿nos podemos inmunizar de los

efectos del cambio climático? La respuesta es sí y la única terapia que podemos aplicar, si no queremos pararnos en nuestra evolución, es que consigamos refrigerar el planeta sin reducir el consumo energético. Pero, ojo, también se podría argumentar, lo dicen muchos, que la mejor inmunización vendría de la reducción del consumo de energía proveniente de los fósiles. Parece que esto, por ahora, no podrá hacerse, pues como especie animal estamos «hechos evolutivamente» para consumir toda la energía que tenemos a mano y así realizar más trabajo con todo lo que esto conlleva. La esperanza de vida aumenta cada día que pasa por el mero hecho de que tenemos mejores hospitales, disponemos de un vastísimo arsenal de medicinas y tecnologías médicas, algunas de ellas ya robotizadas, podemos trabajar en todos los campos del conocimiento en mejores condiciones, nos comunicamos mejor y más rápidamente, nos ayudan, nos hablan y nos cuidan máquinas inteligentes... Y todo porque consumimos más y más energía. Así pues, pongámonos manos a la obra para refrigerar la Tierra. Es nuestra mejor *inmunidad* al desastre del cambio climático sin atender contra la evolución.

¿Y qué podemos decir de la tan ansiada *inmunidad* al paso del tiempo? La primera observación que comentar es que el tiempo posee una flecha. Existen varias propuestas de flecha temporal y yo hoy y aquí me quedaré con la llamada flecha electromagnética, que nos indica que la luz se propaga apuntando al futuro y no hacia el pasado. Para los hombres el paso del tiempo se nos aparece ligado a los procesos biológicos que ocurren en nuestro organismo y también solemos hablar del tiempo psicológico y del tiempo social. Todos nosotros, y todas las sociedades, hemos vivido, y seguimos viviendo, algunos momentos privilegiados y otros terroríficos. Por eso es importante inmunizarnos contra la pérdida de la memoria histórica. Toda sociedad debe poner, pues, trampas para mantener viva la llama del buen hacer y de los sufrimientos sociales del pasado, y así intentar inmunizarnos frente al mal. Dicho así parece utópico, pero nuestro deber es intentarlo.

Si seguimos por estos derroteros, la pregunta pertinente sería: ¿cómo podemos alcanzar la *inmunidad* frente al deterioro del orden social y político que puede venir asociado al paso del tiempo? Lo haré en un escenario utópico en el que nuestra sociedad esté dotada de memoria de lógica binaria, que oscila entre dos representaciones distintas del orden social que se podrían corresponder con la existencia de dos escenarios del orden político y democrático. Democracia versus autoritarismo, por ejemplo. Podemos pensar que entre los órdenes sociales asociados a estas dos cosmovisiones existe una barrera cuya altura depende del grado de aceptación de cada una de las dos representaciones político/sociales. La frecuencia de salto de un orden social al otro depende de la altura de dicha barrera. Así pues, por ejemplo, los defensores de hacerse fuertes en la defensa de la memoria histórica y de la actualización de los valores de la Ilustración deberían trabajar duro y sin descanso para que, mientras ellos gobernarán, la sociedad se deslizara suavemente hacia el estado de máxima justicia social. Esto llevaría consigo aumentar la altura de la barrera y así reducir la frecuencia del salto social al otro lado, el del autoritarismo y también, a veces, desprecio de los valores éticos y morales conseguidos. Otra vez, barrera e *inmunidad* asociadas, como defiende la ciencia.

Ahora abordaré la primera pregunta, que se refiere a la relación de los virus con las tecnociencias. El caso es que la pandemia de la COVID-19 nos ha puesto a todos delante de un espejo que, curiosamente, es bastante translúcido, lo que nos ha permitido vernos y, también, tener una visión panorámica del mundo entero. Esto nos ha llevado a reflexionar sobre nuestra existencia, la soledad, el sufrimiento, las desigualdades de todo tipo y sobre todo, hacernos un interminable número de nuevas preguntas, algunas sin contestar plenamente. Por ejemplo: ¿cómo ha sido la propagación del dolor y de la muerte por todo el planeta? ¿Cómo explicamos lo ocurrido? ¿Desde cuándo ese miedo medieval a la ciencia? ¿Nos hemos hecho más conscientes de la singularidad humana? ¿Somos hoy más clarividentes que ayer de las desigualdades existentes entre nosotros y, también, entre nosotros y los de más lejos? ¿Qué es la vida y cuál es su valor? ¿Y si fuéramos los únicos seres vivos en todo el universo, por qué no protegernos todos un poco más de todo lo que vaya en contra de la vida y de la dignidad humanas? ¿Hemos ampliado y generalizado el concepto de *inmunidad* sin que ello redunde en el aislamiento personal y social?

No es exagerado decir que en esta pandemia se han hecho fuertes las mentiras, las especulaciones sociales y políticas de todos los tipos y calado, pero también ha quedado claro que no han podido con el camino marcado por los resultados de los experimentos científicos. Aún más, aunque tanto la pandemia como las mentiras generadas a su alrededor se han propagado como las deflagraciones que necesitan de otros para su avance, la ciencia y la sociedad en su conjunto han sabido responder con contundencia y firmeza a las muchas mentiras propagadas. Esta es una muestra más de que hemos adquirido *inmunidad* frente a muchos de los virus que propagamos los humanos con nuestras ideas y actos.

La razón del progreso estriba en la cooperación y una prueba de ello está en el descubrimiento en tiempo récord de las vacunas, pero también es obvio decir que esta pandemia ha puesto de manifiesto la tremenda complejidad existente en el mundo actual, que ha impedido, hasta ahora, alcanzar una total «inmunidad frente al mal». Por ejemplo, hay mandatarios de varios países que se oponen frontalmente a compartir información que podría ser crucial para determinar el «Big Bang pandémico». También hay dirigentes políticos y sociales que han intentado antiinmunizarnos y mantenernos ciegos e inertes ante semejante falta de sentido por el bienestar de todos los humanos.

Durante estos últimos años, la ciencia ha estado presente en la boca de todos, por eso, permítanme unas líneas para hablar de ella. El vocablo ciencia viene del latín y significa conocimiento que se obtiene a través de un juego de hipótesis, preguntas y respuestas comprobables, y que tiene como fundamento la observación experimental para explicar los fenómenos naturales, también sociales y artificiales, y predecir la ocurrencia de otros fenómenos. El fruto de la ciencia son sus principios y sus leyes escritas en el lenguaje de la naturaleza. La aparición de la ciencia y su consolidación como la visión por excelencia de los fenómenos naturales se inició con el proyecto ilustrado, que impuso la idea de que la ciencia, sin olvidar a las letras y al arte, constituye la máxima expresión de nuestras capacidades racionales. El fruto maduro de la ciencia es el conocimiento por excelencia, ajeno a toda injerencia y dotado de verdad y, sin duda ninguna, es la mejor forma de adquirir la plena inmunidad que evite confinar a la humanidad en entornos que provoquen la pérdida de su singularidad. Así venceremos a «TODOS» los virus que nos acechen en el futuro. La ciencia nos ha enseñado que el saber debe guiar al hacer y no a la inversa, porque, incluso sin querer, podríamos atentar contra la inviolabilidad de las leyes naturales y contra las que nos hemos dado en plena democracia.



Javier Tejada

Es físico y científico especializado en magnetismo cuántico.
Autor de *Hänsel y Gretel. Relatos de un futuro próximo* (Hänsel* i Gretel*, 2021)



Rebeca Morgan
Serie Máscaras

PENDIENTES DE CONSEGUIR LA INMUNIDAD DIGITAL

Genís Roca

Con la digitalización ahora todo puede convertirse en unos y ceros y ser transmitido a cualquier lugar a la velocidad de la luz, tanto si se trata de un texto como si es un sonido o una imagen en movimiento, el código de un programa o una base de datos, una opinión o una queja. Hoy día toda nuestra actividad se ve inmediatamente codificada, desde la más evidente, como nuestros movimientos bancarios, las películas que vemos por qué lugar de la ciudad nos movemos, las entradas al teatro que compramos, con quién hablamos por teléfono, qué cosas buscamos en internet, los billetes de avión de nuestro próximo viaje e incluso nuestros mensajes de amor, hasta la menos evidente pero posible de inferir, como nuestras opiniones políticas o religiosas, nuestros gustos e incluso los síntomas de enfermedades que aún nadie nos ha diagnosticado. Todo se convierte en unos y ceros, se transmite, se almacena, se usa, y sí, es muy inquietante.

Nada ni nadie es inmune a ello. Se digitaliza por igual la actividad de la ciudadanía que la de las corporaciones y los gobiernos. Y de la misma manera que los gobiernos pueden saber qué hace la ciudadanía y las empresas saber muchas cosas de sus clientes, los ciudadanos también pueden llegar a saber lo que hacen los gobiernos y las empresas, porque todo deja rastro y todo deja traza. Todo tiene tendencia a ser transparente y todo se puede acabar sabiendo. No hay inmunidad para nadie. Los teléfonos de Pedro Sánchez, Angela Merkel y Emmanuel Macron han sido espiados, y se sabe porque incluso espiar deja traza. En España todos los contribuyentes reciben el borrador de su declaración de la renta y queda claro que Hacienda sabe qué tenemos y qué hacemos. Podemos saber qué empresas utilizan aceite de palma, cuáles contaminan y cuáles usan proveedores en el tercer mundo con malas prácticas laborales. Todos tendemos progresivamente a hacer las cosas algo mejor, ya que sabemos que lo que hacemos se sabrá. La digitalización nos está haciendo absolutamente transparentes, vulnerables, dejándonos con todas las vergüenzas a la vista, y sí, es muy incómodo.

Ahora nuestra lucha es conseguir ser algo inmunes a tanta digitalización y tratar de preservar algo de intimidad, algo de privacidad. Cuando empezó el siglo XX, todo era mayoritariamente privado y cada cual decidía qué hacía público, y ahora la situación es a la inversa y todo es público, y hay que esforzarse mucho si se pretende que algo sea realmente privado. Todos somos como Isabel Pantoja, sometida constantemente al escrutinio público, y sí, es muy estresante.

Estamos en pleno proceso de construcción de lo que ha de acabar siendo la sociedad digital, y en estas fases iniciales estamos observando atónitos continuos usos y abusos de la información, con todas las vulnerabilidades que ello provoca. Hay una pugna por hacerse con el control de nuestros datos con empresas cruzando los límites más allá de lo razonable con la excusa de ofrecer un mejor servicio, y Estados haciendo lo mismo con el pretexto de la seguridad. El resultado es que la ciudadanía se siente violada en su intimidad y nadie la defiende adecuadamente. El marco legal no es suficiente y cuando se intenta modificar hay *lobbies* empresariales poniendo trabas, y los Estados que deberían estar persiguiendo los abusos son a su vez sospechosos de estar también cruzando las líneas rojas. Si la digitalización acaba convirtiéndose en un virus, y de momento lo parece, deberemos desarrollar un sistema inmune eficiente, que muy probablemente se basará antes en la acción de la ciudadanía que en la de los gobiernos o las empresas. En la Revolución Industrial fueron necesarios movimientos civiles organizados en defensa de los derechos relacionados con el trabajo y, de la misma manera, en la Revolución Digital necesitaremos movimientos civiles organizados en defensa de los derechos relacionados con la información, y sí, todavía es muy incipiente.

Con la digitalización podría pasarnos como con el fuego: los homínidos que lo descubrieron se quemaron, con toda certeza, pero pese a ello decidieron seguir utilizándolo, aunque eso sí, tomando conciencia de los riesgos y tomando precauciones. Más de quinientos mil años después seguimos usando a diario el fuego y seguimos quemándonos y sufriendo accidentes, pero aún hoy las ventajas son mayores que los riesgos: no pasar frío, iluminarnos, comer caliente... La digitalización también puede quemar, y causar accidentes y víctimas, pero pese a ello vamos a seguir utilizándola porque sus ventajas son evidentes. Sencillamente debemos tomar conciencia de los riesgos y aprender a tomar precauciones contra los malos usos y los abusos. Necesitamos conseguir la inmunidad digital, para erradicar que sea una enfermedad, y sí, no está claro que lo logremos.



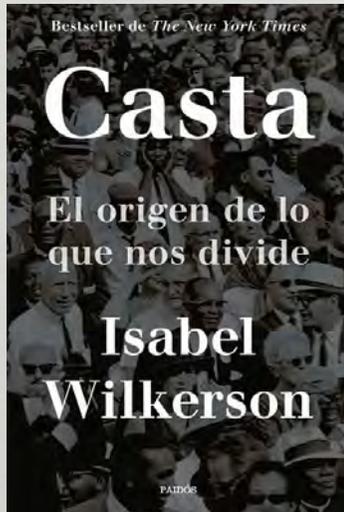
Genís Roca
Experto en Internet y en cultura digital.
Autor junto Albert Solana de *Big data para directivos* (Empresa Activa, 2015)



El símbolo ★ marca el final de un trazado.
 Continúa por el siguiente número consecutivo.
 La punta de la lengua

CUARTA PARTE

Los tentáculos de las castas



OJOS MARRONES VERSUS OJOS AZULES

Los niños de tercer curso se movían inquietos en sus sillas y apoyaban la barbilla en el antebrazo, mientras su profesora, la señorita Elliott, les explicaba las reglas de un experimento que quería realizar en clase. Esto ocurrió en el pueblo agrícola de Riceville, Iowa, a finales de los años sesenta, y todos los niños, descendientes de inmigrantes procedentes de Alemania, Escocia, Irlanda y Escandinavia, tenían aproximadamente el mismo color de piel que su profesora y había pocos elementos que permitieran distinguirlos desde cierta distancia. Pero después del asesinato de Martin Luther King, Jr., y los disturbios que acontecieron más allá de los campos de maíz que rodeaban el pueblo, Jane Elliott decidió que tenía que hacer algo poco habitual para enseñar a los estudiantes de la casta dominante qué se sentía al ser juzgado a partir de un rasgo físico arbitrario, como el color de sus ojos.¹

Anunció a los niños que ese día iban a hacer una actividad diferente. Estableció estereotipos arbitrarios para un rasgo neutral que, ahora, en su clase, colocaba al estudiante con ese rasgo en la casta más baja. Dijo a los niños que las personas con ojos marrones no son tan buenas como las que tienen los ojos azules, que son más lentas, menos inteligentes que las de ojos azules, que, hasta nueva orden, los alumnos de ojos marrones no podrían beber de la fuente, que tendrían que usar tazas de papel. Dijo a los niños que los alumnos de ojos marrones no podrían jugar con los de ojos azules en el patio de recreo y que tendrían que

volver antes al aula, mientras que los de ojos azules disfrutarían de un mayor tiempo de descanso.

Al principio, los alumnos parecieron confundidos. A continuación, en cuestión de minutos, se formó una jerarquía de castas. Todo empezó en cuanto la profesora pidió a los niños que abrieran sus libros en determinada página para empezar la lección.

«¿Estáis todos listos?», preguntó la señorita Elliott. Una niña pasaba las páginas del libro esforzándose en encontrar la correcta. La profesora le dirigió una mirada de condena e impaciencia. «Todos menos Laurie —dijo la señorita Elliott con exasperación—. ¿Estás lista, Laurie?»

Un chico de ojos azules intervino. «Tiene los ojos marrones», dijo, de pronto consciente del significado de lo que nunca le había importado desde que conocía a la niña.

Cuando se acercó la hora del almuerzo, la profesora dijo que los niños de ojos azules comerían primero y se les permitiría una segunda ración, que les estaba vedada a los niños de ojos marrones.

«Podrían comer más de la cuenta», explicó la profesora.

Los niños de ojos marrones tenían un aspecto triste y abatido. Uno de los chicos se peleó en el patio porque un niño de ojos azules lo había insultado.

«¿Qué te ha dicho?», inquirió la profesora.

«Ojos marrones», dijo el chico con lágrimas en los ojos.

Un rasgo antes neutral se había convertido en una desventaja. Más tarde, la profesora invirtió los roles, y los niños de ojos azules fueron el chivo expiatorio, con la misma conducta de casta que el día anterior había surgido entre las castas superior e inferior artificialmente construidas.

«Parece que cuando estamos abajo, solo nos pasan cosas malas», dijo una niña. «Te tratan de una forma que se te quitan las ganas de hacer nada», comentó otra.

El rendimiento de la clase en ambos grupos de estudiantes bajó durante las horas en las que fueron relegados a la casta subordinada. A los estudiantes de ojos marrones les llevó el doble de tiempo acabar un ejercicio de fonética el día en que se sintieron inferiores.

«Observé cómo mis estudiantes se convertían en aquello que yo les decía que eran», contó en NBC News décadas más tarde.

Cuando los niños de ojos marrones eran puestos en un pedestal y adquirirían el rango de casta dominante, relató a la cadena de televisión, vio «cómo esas adorables personitas blancas y de ojos marrones se transformaban en individuos despiadados, perversos, discriminadores e impositivos en el transcurso de quince minutos».

Cuando los niños de ojos azules pasaban a ser el chivo expiatorio subordinado, «vi cómo niños blancos, cristianos, inteligentes y de ojos azules pasaban a ser tímidos, asustadizos, irritables e incapaces de aprender en un cuarto de hora», explicó.

«Si actúas así en un grupo humano a lo largo de toda la vida —dijo ella—, alteras su psicología. Convinces a quienes ocupan una posición análoga a la de los individuos con ojos marrones de que son superiores y perfectos, que tienen derecho a imponerse, y convences a los que ocupan el lugar de los chicos de ojos azules de su inferioridad. Si actuamos así a lo largo de toda una vida, ¿cuáles creemos que serán los efectos?»²

SOBRE LA INMUNIDAD EN POLÍTICA

Iván Redondo

Primero en las autocracias, luego en las democracias, los seres humanos han buscado la inmunidad a través de todo tipo de procedimientos. La inmunidad —nos dicen— es una excepción, un privilegio, una prerrogativa, una prebenda, una concesión. La historia de los éxitos y fracasos de los líderes políticos brinda una referencia reveladora para todos aquellos que la busquen, porque la inmunidad es, ante todo, poder, aunque el error más habitual es confundirla con el poder absoluto.

Inmunidad viene de *munus*, que es deuda. Inmune es quien se basta y sobra, quien a nadie debe nada. Quien, como carece técnicamente de deuda con el colectivo, puede ir a su bola y prescindir de los demás. Y, sin embargo, la inmunidad es, en realidad, un viaje con fecha de caducidad y una gran «deuda colectiva». Sobre el papel *immunitas* es el opuesto a *communitas*; en la práctica no hay inmunidad posible en política sin el concurso renovado de la comunidad. La inmunidad es un proceso, no una prerrogativa. Te lo concede la sociedad durante un tiempo hasta que tácitamente un día te lo quita. La inmunidad es un vínculo que se rompe a través de rebeliones, revoluciones y, por supuesto, elecciones.

Si la inmunidad es poder, en la lucha por el poder no hay mejor manera de resumir la transición entre una victoria y una derrota que comprender lo antes posible que el motor principal de la inmunidad es el contagio. Piénsenlo bien: la inmunidad es siempre un ejercicio permanente de inmunidad. Siempre hay nuevas variantes temáticas que son una oportunidad para reforzar la inmunidad o para acabar con ella. Cuando en estrategia política se entiende lo contrario, la inmunidad continúa hacia su estado natural y pasajero: fin y principio. En la comunidad de España, de hecho, la inmunidad está siempre «en un tris y a pique de dar un tras», como diría Quevedo.

En la sociedad de los algoritmos la inmunidad es además pura asepsia. Es como recoger setas. Los ciudadanos inmunes son como esos transeúntes que usan una bolsa de plástico como esportón. Y luego están los buenos ciudadanos, los comunes, que usan cestas de mimbre, para que los hongos, niscalos y *perretxikos* sigan diseminando sus esporas por las rendijas del canasto (sin perjuicio de acabar luego en la sartén). Podríamos resumir todos los *storytelling* y las narrativas políticas de la historia en esta sencilla jornada de campo. También todas las campañas electorales de la historia.

La inmunidad política es leer muy bien lo que España necesita. Es un mandato. La inmunidad, como la política, hay que saber verla, conocerla, reconocerla y practicarla fácilmente. Y, sin embargo, este es el cuadro: hay partidos y representantes públicos que querrían vivir en bolsas de plástico políticas, claro está, cuya fría profilaxis los impermeabiliza a la vida, mientras la mayoría de los ciudadanos que decide elecciones, promueve revoluciones y rebeliones, así como los buenos presidentes, quieren que sus frutos se esparzan como semillas en el conjunto de la comunidad. A veces no saben cómo, cierto. Cuando todos nos volcamos en lo particular, no hay realmente inmunidad. La inmunidad profiláctica es por ello exactamente todo lo contrario a la inmunidad política, que es ciudadana.

La inmunidad política es, en síntesis, el canto a la comunidad. No tiene precio político y consiste en mantenerse fiel a los principios comunes y movilizarlos a través de la nación. Con la máxima coherencia y la menor contradicción posible. Solo así la inmunidad es renovada en política. No importa lo tumultuoso de un mandato. La inmunidad es confianza, expectativa y hegemonía. En Estados Unidos, por ejemplo, sin entrar en lógicas ideológicas y en etapas muy concretas, Ronald Reagan o Bill Clinton, o en el Reino Unido, Winston Churchill o Harold Wilson, gozaron de inmunidad política en sus mandatos.

En España el caso de Adolfo Suárez es especial. Tras la primera dimisión política televisada de nuestra historia su inmunidad fue y sigue siendo eterna. Intocable. Así somos. Técnicamente un buen «asesinato político» en nuestro país (entiendan la ironía) bien merece inmunidad. Un buen «asesinato político» no es ninguna broma en España. Explica que tras el auge y la caída se pueda resucitar. ¿Por qué? Porque la cabeza de la inmunidad puede ser una persona pero su corazón está basado en el consentimiento.

Finalizo: en este ejemplar tan único y en esta publicación tan especial, como son las desarrolladas por FOCUS, todos debatimos sobre inmunidad. A menudo en la política se olvida que en las sociedades fuertes y desarrolladas la inmunidad se manifiesta inteligentemente a través del perdón y el indulto. Y suele ser curiosamente la manera más sencilla de comprender el hilo rojo que une *immunitas* y *communitas*, que es como se conforma la verdadera inmunidad. El que mejor lo explicó en el Congreso de los Diputados fue Castelar triangulando durante el delicioso debate sobre la ley de libertad religiosa, en el que se apodera de los argumentos de su rival: «Señores diputados: Grande es Dios en el Sinaí; el trueno le precede, el rayo lo acompaña, la luz le envuelve, la tierra tiembla, los montes se desgajan; pero hay un Dios más grande, más grande todavía, que no es el majestuoso Dios del Sinaí, sino el humilde Dios del Calvario, clavado en una cruz, herido, yerto, coronado de espinas, con la hiel en los labios, y sin embargo, diciendo: “¡Padre mío, perdónalos porque no saben lo que se hacen!”. Y sigue: “Grande es la religión del poder, pero es más grande la religión del amor; grande es la religión de la justicia implacable, pero es más grande la religión del perdón misericordioso; y yo, en nombre del Evangelio, vengo aquí a pedirlos que escribáis en vuestro código fundamental la libertad religiosa, es decir, libertad, fraternidad, igualdad entre todos los hombres». Nuestra inmunidad. La única que existe. La que damos entre todos.

Primero en las autocracias, luego en las democracias, la inmunidad tiene muchos disfraces. ¿Qué Dios es más poderoso? ¿El del Sinaí o el Dios del Calvario? En la respuesta a esa pregunta reside toda la sabiduría sobre la inmunidad en política.



Iván Redondo
Consultor político. Actualmente escribe en el diario La Vanguardia



El símbolo ★ marca el final de un trazado.
 Continúa por el siguiente número consecutivo.
 La punta de la lengua

LA INMUNIDAD Y LA RESPONSABILIDAD

José Antonio Zarzalejos

Declinaría cualquier invitación a elaborar una digresión sobre la inmunidad en su acepción de condición de «no atacable por ciertas enfermedades», que es la tercera de las que asigna la Real Academia Española a este término. La inmunidad, desde esa perspectiva, corresponde tratarla a los científicos en las distintas ramas del saber médico.

Ha sido desastrosa la llamada «infodemia» a propósito de la pandemia del coronavirus. Una legión de publicistas indocumentados ha dogmatizado al respecto, causando daños psicológicos colectivos a sociedades que aspiraban a la inmunidad, es decir, a la invulnerabilidad frente a la enfermedad.

En rigor, la palabra del año de este 2022 debiera ser el de inmunidad, después que la del pasado fuera la de vacuna. Hoy por hoy el concepto de la inmunidad frente a las enfermedades es una aspiración que está transformando nuestro modelo de relación afectiva, la estructura de nuestras viviendas, la forma de trabajar e, incluso, nuestros hábitos de vida.

Pero, a propósito de la pandemia, hemos sufrido, además de la infodemia —información a caño abierto con falta de certeza y rigor adecuados—, un profundo y arraigado movimiento de cuestionamiento de nuestro paradigma en el disfrute de las libertades, sobre la atribución de facultades extraordinarias al Estado para limitar derechos constitucionales y ha registrado un choque de visiones diferentes sobre cómo, cuándo y en qué condiciones hemos de entregar nuestra suerte a las autoridades políticas. Todo ello con el propósito de lograr la inmunidad.

En un extremo, la docilidad absoluta a los mandatos sanitarios; en otro, el llamado negacionismo de grupos y colectivos militantes, ideológicamente radicalizados, que han creado estados de opinión muy próximos a las teorías conspirativas que suelen surgir en coyunturas desastrosas.

Pero, en términos generales, hemos reclamado la inmunidad ante la enfermedad como una prerrogativa de la ciudadanía, como una suerte de derecho que el limitado estado de bienestar nos debía prestar. No ha sido solo una reclamación de asistencia sanitaria, de vacunación gratuita y exhaustiva. Ha sido una exigencia perentoria de eludir la enfermedad y la muerte. Nos hemos rebelado ante la impotencia de que quienes nos gobiernan no nos aseguren la salud.

Por eso, ante tantos muertos, ante tantos enfermos con secuelas de larga duración y ante la posibilidad de que la pandemia rebrote, nos hemos sumido en un cierto grado de frustración. Y de la frustración hemos saltado al miedo y del miedo —mal compañero para cualquier viaje de ideación racional— hemos pasado a la indignación, el enfado y el descreimiento.

La inmunidad frente a la enfermedad tiene un trasunto en la política: la inmunidad parlamentaria, la diplomática y la irresponsabilidad que ampara en todos los países, en mayor o menor medida, sean repúblicas o monarquías parlamentarias, a la figura del jefe del Estado. En España, y aquí quisiera anclar la reflexión, hemos estado pendientes de dos inmunidades: la propia frente a la enfermedad y la ajena de nuestros políticos parlamentarios y nuestro rey abdicado, frente al castigo penal.

Por eso el debate sobre la inmunidad ha encontrado una convergencia inesperada: la física, que ampararía nuestra salud, y la penal, que ampararía a determinados estamentos. Y ambas inmunidades las hemos entendido —y es correcto hacerlo— como prerrogativas. La nuestra, la de los ciudadanos a ser invulnerables frente a la enfermedad es una prerrogativa virtuosa; la de los inmunes penalmente, es una prerrogativa democráticamente perniciosa o, al menos, cuestionable.

Y cuando se ha acudido a los tribunales para reclamar al Estado que esa prerrogativa a la salud no ha sido debidamente amparada, los jueces no han admitido la petición estableciendo los términos de una resignación: la enfermedad y la muerte son tan inevitables como lo son los privilegios de la inmunidad parlamentaria, diplomática o la inviolabilidad del jefe del Estado, por más que el anterior al actual en España haya perpetrado conductas que, de no mediar esa irresponsabilidad, hubieran merecido un reproche sancionador.

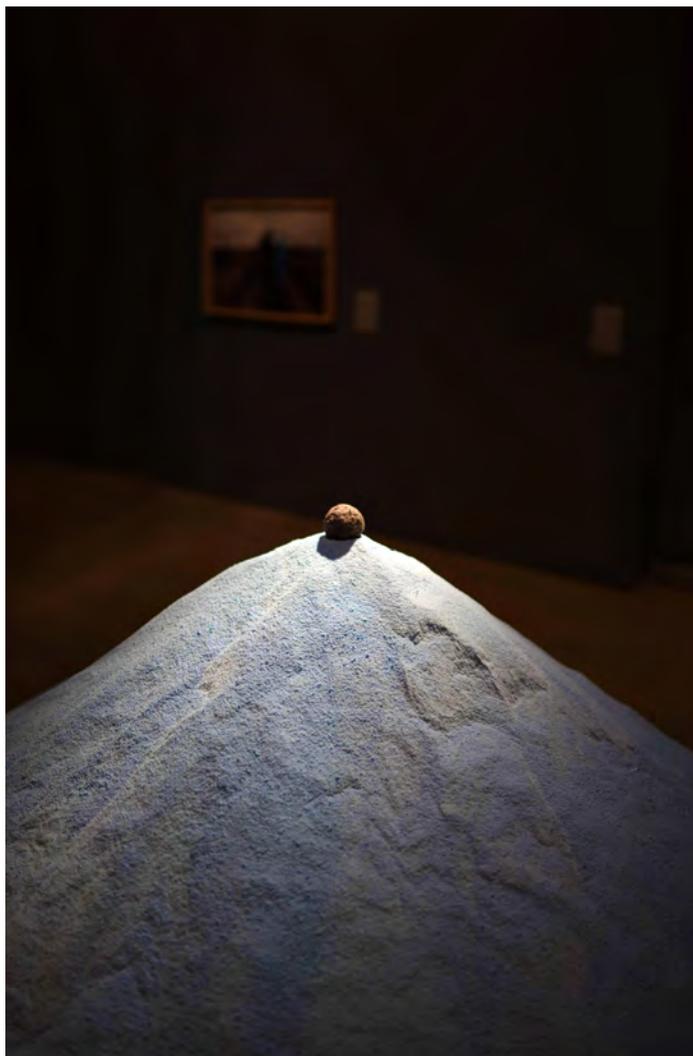
En la vida social los conceptos se enhebran y entrelazan. Ocurre con la inmunidad que en lo médico es la empalizada frente a la enfermedad y en lo político es una suerte de defensa frente a la responsabilidad por actos y decisiones infractoras de las normas. Pero la vulnerabilidad humana y el privilegio político nos conducen a la consideración, no ya de la inmunidad, sino de la impunidad.

Para ser inmunes frente a la morbilidad y la mortalidad, hemos de ser conscientes de que entramos en una nueva era: la de los cuidados y las prevenciones. Para ser inmunes frente a la impunidad de los políticos y las autoridades inviolables, hemos de acotar su posición privilegiada ante el cumplimiento de la ley.

La conclusión remite siempre a la ciudadanía y a sus características en las sociedades democráticas: igualdad ante la ley, libertades constitucionalizadas, responsabilidad ante los mandatos de las legítimas autoridades y restricción de los privilegios que blindan a quienes nos gobiernan.



José Antonio Zarzalejos
Periodista y adjunto a la presidencia de El Confidencial.
Autor de *Felipe VI. Un rey en la adversidad* (Planeta, 2021)



Impunidad de Adán Vallecillo.
Museo de Arte Moderno de Medellín (MAMM), Colombia.

CONTAGIO DE INMUNIDADES

Jordi Casanovas

La palabra inmunidad surgió desde el principio. Tenía que ser un elemento indispensable para confeccionar el título de la obra. Una obra en torno a la gestión política de la pandemia. Dos significados inmediatos que remiten a esta gestión. Uno es la solución y el otro, un problema. La inmunidad contra el virus generada por las vacunas desarrolladas en tiempo récord y la inmunidad política ante las consecuencias de las controvertidas decisiones tomadas desde el inicio de la crisis sanitaria. Pero... ¿podemos imaginar un significado para esta palabra que la relacione directamente con el teatro? ¿Qué clase de inmunidad colectiva o individual podemos adquirir mientras hacemos, vemos o vivimos el teatro? Esta es una de las preguntas que nos hicimos en los momentos en los que los teatros estaban cerrados. Esta es una de las preguntas que ha sobrevolado la creación de la obra teatral titulada *Immunitat*.

Entramos en los teatros con nuestro mundo particular, repleto de sesgos, quizá de prejuicios confeccionados a golpe de análisis a menudo demasiado simples. Vamos construyendo nuestro pensamiento con el deseo de reforzarlo, fortalecerlo y hacerlo lo más inmune posible a aquellos pensamientos adversos o contrarios. Lo vamos reforzando a través de nuestra elección sobre de qué nos informamos y con qué nos informamos. Lo que no nos es útil para reforzar lo que previamente creíamos —lo que consideramos que define esta moral— lo desestimamos. Tenemos la tentación de desinteresarnos por los pensamientos o criterios que difieren del nuestro porque no queremos sufrir, no queremos que zozobre todo ese sistema moral nuestro que hemos ido construyendo con tanta dedicación durante tantos años. Algo dentro de nosotros se resiste a ser puesto en duda, a hacerse preguntas, a reconocer que el mundo es terriblemente complejo, inabarcable para nosotros, que ponerse en la piel del otro también supone sufrir desasosiego. Caemos en la tentación de simplificarlo y hacerlo más sencillo, porque así nos parece que será más habitable, nos parece que podremos circular por el terreno con más pericia, que tendremos una carta de navegación clara que nos permitirá escoger los caminos con facilidad y nos evitará dudar ante una decisión.

Me gusta imaginarme el espacio teatral precisamente como un espacio que nos hace vivir un proceso de inmunización contra los sesgos y los prejuicios. De hecho, no creo que la naturaleza más ancestral del teatro sea la de una persona sobre un escenario y otra escuchando, como se ha repetido tantas veces, porque diría que esta es la naturaleza de la fábula, de las historias, de la ficción. La naturaleza del teatro —y en eso pondría la mano en el fuego— es tener dos personas sobre un escenario, contraponiendo sus ideas, sus particulares miradas del mundo y, como mínimo, una persona escuchando desde el público, intentando resolver, dentro de su propio cuerpo, la batalla que presencia y escucha con sus propios ojos y oídos. Estoy convencido, o al menos así quiero creerlo, que la naturaleza del teatro es contraponer versiones, miradas, pensamientos o ideas. Hacerlas chocar entre ellas para generar nuevas versiones, nuevas miradas, nuevos pensamientos o ideas. Como si se tratara de un gran acelerador de partículas que hace impactar los mundos para crear otros nuevos e inesperados en la mente de cada uno de los espectadores. Tantos mundos, tantos universos, tantas visiones como personas hay en la sala. Y esta aceleración de partículas se provoca mediante el juego, el debate, el conflicto, en definitiva, el drama. Lo hace a través de las emociones. Porque son las emociones las que pueden entrar dentro de nuestro sistema de valores con mayor facilidad, sin que nos demos cuenta. Las emociones entran y dejan un anticuerpo. La inmunidad que el teatro nos inocular. Que nos permite conseguir formar un sistema de valores más rico y complejo que el que teníamos antes, simplemente porque nos llevamos con nosotros preguntas que nos han conmovido, preguntas que nos hacen querer expandir nuestras propias preguntas, preguntas que nos hacen más ávidos de querer comprender la complejidad indudable de este, nuestro mundo y nuestra sociedad.

En nuestra obra sobrevuelan, como mínimo, seis preguntas planteadas por los seis personajes que la protagonizan. ¿Podemos dejar únicamente en manos de los poderes políticos la gestión de las crisis sanitarias o medioambientales que puedan surgir en el futuro? ¿Podemos dejar solo en manos de los científicos la gestión de estas crisis? ¿Podemos confiar en el ser humano para tomar decisiones complejas en un mundo tan lleno de datos o necesitamos recurrir a inteligencias artificiales? ¿Conseguiremos curar todas las heridas provocadas por una crisis sanitaria como la pandemia de la COVID-19? ¿Podemos confiar en todas las personas para tomar decisiones democráticamente? ¿Conseguiremos ser mejores ciudadanos si analizamos las consecuencias de una crisis?

Seis preguntas que deseo que el público se lleve consigo para poder inmunizarse contra la simplicidad y la polarización que demasiadas veces nos encontramos en nuestros días.



Jordi Casanovas
Dramaturgo. Autor de la obra teatral *Immunitat* (2022)



Rebeca Morgan
Serie Máscaras

LA INMUNIDAD, UN PRIVILEGIO TEMPORAL

Lluís Foix

La inmunidad es una excepcionalidad para garantizar la protección personal de cargos electos que, de un lado prohíbe su detención si no es en caso de flagrante delito, y de otro impide el procesamiento o la inculpación sin la autorización previa del órgano legislativo. La inmunidad tiene mucho que ver con la protección de la verdad que pide paso cuando alguien la falsea amparándose en su calidad de servidor público elegido por los ciudadanos. No esquiva la ley, sino que la deja en suspenso hasta que los mecanismos jurídicos permiten tratar a un ciudadano impune como cualquier otra persona.

La inmunidad se invoca frecuentemente ante los casos de presunta corrupción que se dan en el ejercicio de la política. La corrupción más peligrosa es aquella que se perpetra sin que nadie se entere, sin que los medios hablen de ella, la que se esconde en despachos de partidos políticos o de individuos. La impunidad de la corrupción hace un daño irreparable a la convivencia y al progreso de cualquier sociedad democrática. Por esta razón suelen desfilar por los tribunales supuestos delincuentes que son tratados como ciudadanos corrientes después de haber sido levantada la inmunidad de un ente público a requerimiento de un juez.

En las democracias la libertad de un representante electo para decir lo que crea oportuno tiene un carácter casi sagrado. Es en los parlamentos libres, el británico es un referente histórico, donde la palabra es respetada casi sin límites y solo interrumpida por el presidente de la cámara cuando considera que el diputado o la diputada han entrado en el ámbito del insulto personal o la amenaza física. La corrupción de los mejores es la peor de todas, decían los romanos, que interpelaban a quienes abusaban de las facultades otorgadas por el pueblo. Un representante electo tiene un amplio espacio de maniobra para defender lo que él interpreta que son los intereses de los que le han votado. Pero sus actos como parlamentario no pueden traspasar las leyes que garantizan la seguridad y la libertad de los demás.

Cuenta Madame de Staël, enemiga de Napoleón y autora de un espléndido libro sobre la Revolución Francesa, que la caída de Bonaparte se debió a que nadie osó decirle la verdad sobre nada y, al final, llegó a ignorar que en el mes de noviembre hacía frío en Moscú. La inmunidad garantiza la representatividad de los cargos electos pero no es un pasaporte para la impunidad porque, finalmente, la ley se aplica igualmente para todos los que la infrinjan.

En la presidencia de Donald Trump se extendió la idea de que se podía hacer todo desde el poder, desde delitos económicos hasta proclamar mentiras burdas, creando una cultura de impunidad que finalmente pretendía protegerlo a él mismo. El modo en que no aceptó la derrota electoral de 2020, y el impulso de un asalto al Capitolio en enero de 2021 para desautorizar la proclamación oficial de su sucesor Joe Biden, respondía a una cierta idea de impunidad que se desprendía de su discurso y de sus actitudes.

Cuando algún cargo electo pierde la inmunidad atraviesa por situaciones muy ingratas como, por ejemplo, las llamadas «penas de telediario» con la entrada y salida de los tribunales cuando todavía no se ha probado ningún delito. La justicia actúa siguiendo sus tiempos y protocolos, con los abogados de la defensa, la fiscalía y el tribunal sancionador. El sistema judicial suele ser lento e imperfecto, pero tiene un espíritu garantista para que las decisiones de los tribunales no sean precipitadas y defiendan los derechos de todos, también de los inculpados.

En los tiempos de la globalización y de la libre circulación de personas, ideas e intereses que cruzan las fronteras de la Unión Europea sin la intervención necesaria de los funcionarios de los Estados, no existen criterios homologados para perseguir a supuestos delincuentes que, amparándose en su inmunidad política, pueden acogerse a la legislación que mejor los beneficie para no tener que someterse a la jurisdicción de su país de origen o residencia.

Europa trabaja para conseguir la unidad fiscal, social, económica y política. También para armonizar el régimen legal, previsto en el Tratado de Lisboa, que permita levantar la inmunidad, si se diere el caso, a cualquier representante sobre el que la justicia estime que existen indicios delictivos.

El Tribunal Penal Internacional es una corte de última instancia creada por el Estatuto de Roma, adoptado en 1998 para enjuiciar delitos graves como el genocidio, los crímenes de guerra o los de lesa humanidad. El tribunal empezó a ejercer en 2003 y sucedió a los que se habían creado en los años noventa para abordar los crímenes cometidos en la antigua Yugoslavia y en Ruanda. Se han logrado avances significativos asociados a delitos internacionales, pero cada Estado antepone la legislación nacional a la internacional y a medida que proliferan las crisis de derechos humanos asociadas con delitos de ámbito global se pone de relieve la necesidad de garantizar la administración de justicia, también desde un punto de vista internacional. El problema de fondo es que la aceptación de los tribunales internacionales es voluntaria y hay muchos países que no aceptan formar parte de instancias judiciales superiores que puedan revocar sentencias nacionales. China y Rusia han declinado pertenecer a este tribunal y Donald Trump dijo que se desentendía de él cuando era presidente. El problema de las euroórdenes por las cuales se puede pedir la extradición de políticos con inmunidad penal y sobre los que pesan indicios de delitos graves está escrito en los tratados, pero su operatividad es desigual según los países que estén implicados.

La Constitución francesa de 1958, por ejemplo, no contemplaba la destitución del presidente de la República. Y no fue hasta el año 2007 cuando se modificó un artículo constitucional que da la posibilidad de destituir al primer mandatario. Pero no es consecuencia de un acto judicial, sino de una decisión política llevada a cabo por la mayoría prevista de diputados que en la Asamblea Nacional deciden destituir al presidente. No es un acto judicial, sino una decisión política y, en su caso, se volvería a la normalidad institucional a través de unas elecciones generales anticipadas convocadas como consecuencia de la destitución política del presidente.

El artículo 71 de la Constitución española establece que los diputados y senadores gozarán de inviolabilidad por las opiniones manifestadas en el ejercicio de sus funciones. Durante el periodo de su mandato gozarán de inmunidad y solo podrán ser detenidos en caso de flagrante delito y no podrán ser inculcados ni procesados sin la previa autorización de la Cámara respectiva.

El debate de fondo se plantea entre las jurisdicciones nacionales e internacionales en una época en que la vida personal y colectiva circula en diferentes velocidades. Puesto que la globalización es irreversible, es preciso encontrar mecanismos eficaces para que el derecho y la justicia sean la garantía de la libertad



Lluís Foix

Periodista, escritor y escribe asiduamente en el diario *La Vanguardia*.
Autor de *Una mirada anglesa* (Columna, 2021)



El símbolo ★ marca el final de un trazado.
 Continúa por el siguiente número consecutivo.
 La punta de la lengua

FRENTE AL HORIZONTE OSCURECIDO

Ariana Harwicz

Malraux decía en una carta privada a la *Nouvelle Revue Française* que «un escritor genial es un pobre hombre», no un hijo de puta, no un criminal, pero sí un pobre hombre. Un escritor es un hombre que ayuda a no vivir. No tiene por qué tampoco ayudar a vivir a nadie, no es una ONG un escritor, tampoco un embajador de la ONU, no es ni debería ser un maldito humanista. Podría decirse también que un escritor era, en época de Malraux, alguien que se refugiaba en el sueño como la prolongación muda de un síntoma depresivo, la depresión de tener que vivir, como los antisemitas en su delirio vicioso del odio, como los adictos al opio o los famosos alcohólicos. Los escritores escribían y se destruían, y eso estaba bien. Eso era antes, porque ahora llegó la era no del «Patria o muerte», «La bolsa o la vida», ahora es «La enfermedad o el vacío». Aleksandr Solzhenitsyn lo dijo en algún momento entre 1918 y 2008: «Ustedes los europeos están en un eclipse de inteligencia. El pozo es profundo. El pozo es el que caímos como civilización será un derrumbe. Ustedes, europeos, están enfermos. Ustedes tienen la enfermedad del vacío. Todas las élites perdieron el sentido de los valores superiores». Solzhenitsyn señala a la cabeza a los europeos, los apunta, los ve un siglo antes, ve lo que va a venir, Europa posgulags estalinistas, en qué van a devenir las democracias. Me recuerda al horizonte oscurecido que evocaba Imre Kertész cuando decía que los escritores perdieron la escritura de las grandes causas, que en el siglo XXI no hay gran escritura porque se perdió la alta experiencia de la lengua. La ruptura mental se opera en este siglo, mes a mes, avanza como lava, y todo deviene extranjero. Es la extranjerización total. El retorno de las condiciones trágicas justo cuando todos los signos de lo que nos unía a la vida niegan esa tragedia. El corazón de la guerra es el corazón tembloroso de la política. Muy kafkiano en la precariedad de la angustia colectiva en la que estamos sumidos, muy kafkianos los cuerpos frágiles de los hombres afebrados de hoy. Hannah Arendt cuenta en un ensayo sobre Walter Benjamin que nada lo atraía en Estados Unidos. Solía decir que lo único que lo esperaba allá era que lo arrastraran de un lado a otro, exhibiéndolo como el «último europeo».

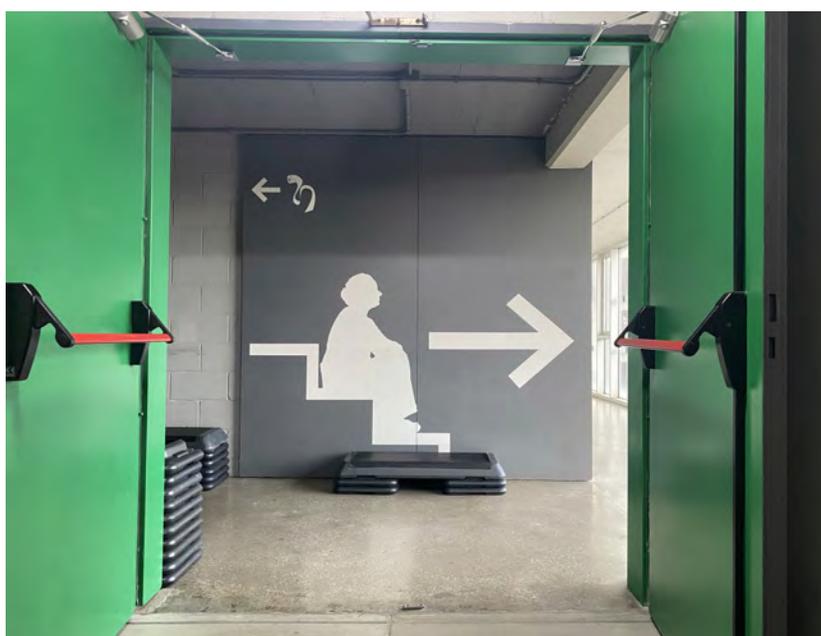
Benjamin se suicida entonces en el pequeño municipio de Portbou, comarca del Alto Ampurdán, no tan lejos de Vilanova i la Geltrú. Pero en 1936, cuatro años antes de su suicidio, escribe su célebre *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. Todos crecimos con su pregunta: ¿qué se hace entonces frente a la pérdida del aura? Frente a la reproductibilidad del arte y la eliminación de su fundamento cultural, este reacciona de dos formas: a) con la teoría del *art pour l'art* o la teología del arte, que trata de restituir la organicidad perdida solo dentro del arte (arte utopista cuya utopía es el arte mismo), y b) la teoría del arte puro (teología negativa), tratando de negar la conexión del arte con otra cosa que no sea él mismo. Es decir, no hay inteligibilidad posible de algo más allá del mismo arte.

Pero el «arte por el arte» ha sido arrasado hoy por la escritura sin contagio. La lengua del escritor, el cuerpo del escritor, como el cuerpo del paciente, deben inmunizarse. No solo inmunizarse, el cuerpo del escritor ya no es su imaginación, su lenguaje, sino efectivamente su cuerpo, su figura, la tan mentada «figura de autor», y entonces el escritor termina siendo gerente comercial, ejecutivo y relaciones públicas de su propia obra. Y también de su imagen. Y la imagen del escritor, finalmente, hoy no debe distar tanto de la imagen de un actor, de una actriz, de un periodista, de alguien que tiene que posar y, sobre todo, saber posar. Perdido en la nebulosa de las imágenes, el escritor pierde su imaginario, que no es otra cosa que la extraña conciencia de su lenguaje. Tal vez por eso, paradójicamente, la idea de lo imaginario se haya reducido a la imaginación «de género». Como si lo imaginario fuera solamente

lo fabuloso, lo fantástico, el «sci-fi». Tecno-monstruos, inteligencia artificial y una dosis de novela decimonónica. Como si imaginar no fuera pensar con un lenguaje adecuado qué diablos va a hacer ese pasajero que nos mira en el metro, acaso eufórico o desanimado, cuando baje del metro y vaya hasta a su casa. Si es que va a su casa.

Son divertidas las palabras. Y las traducciones de las palabras. Se habla por igual de inmunidad colectiva, inmunidad de rebaño, inmunidad gregaria. ¡Palabras tan distintas! No hay sinónimos, claro, decía el viejo infalible, azulino no es lo mismo que azulado o azulejo. Gregario no es lo mismo que colectivo, que no es lo mismo que rebaño. Si pienso en un rebaño salgo corriendo, las ovejas saltan sobre mí, la lana me causa urticaria; si pienso en colectivo –yo, claro, muy argentina– pienso en los buses coloridos más que en algún sueño en común; si pienso en gregario, pienso en gregoriano, en los cantos y en una canción de Vincent Delerm para Fanny Ardant. No es casual, la confusión. Lo equívoco del epíteto. De lo que se trata es de la inmunidad. Hemos cambiado los sueños de Mary Shelley, los sueños góticos de Holmberg o Lugones de la inmortalidad, por la inmunidad ante: ¿un virus?, ¿varios virus? No hay que olvidarse de que el lenguaje fue primero un virus antes que un verbo. Un virus de la lengua, claro, una complicación, un raro avatar fonológico de la evolución. Imprevisto. ¿Querremos ser inmunes a ese virus, al virus de la lengua? Si es así, lo están logrando. Basta con ver la cantidad de escritores que no tienen la menor sensibilidad con las palabras ni con el ritmo de las palabras. Les da lo mismo tenaz que testarudo. Los animales, a quienes tanto amamos, por quienes tanto hacemos, han sido inmunes al lenguaje por ahora. Inmunidad verdaderamente de rebaño, que le dicen.





La espera.
©Hänsel* i Gretel*

LA INMUNIDAD DIPLOMÁTICA

Eugenio Bregolat

La diplomacia se define como la promoción del interés nacional por medios pacíficos. Los medios no pacíficos son las sanciones de diverso tipo y, en último extremo, la guerra. En la famosa formulación de Clausewitz: «La guerra es la continuación de la política por otros medios». Los Estados persiguen sus objetivos, en efecto, por medios tanto pacíficos como no pacíficos, utilizando a sus diplomáticos y a sus militares.

Desde el Antiguo Egipto, quince siglos antes de nuestra era, existe constancia del envío de embajadores entre los Estados para gestionar sus intereses. Fernando el Católico creó la primera embajada permanente en 1480, la de España ante la Santa Sede, en Roma. El siglo siguiente las embajadas permanentes se convirtieron en práctica generalizada.

El estatuto de los agentes diplomáticos, representantes de un Estado ante otro, cobró especial relevancia con la aparición de las embajadas permanentes. Todos los Estados tenían interés tanto en que sus diplomáticos pudieran desempeñar su misión sin sufrir interferencias, coacciones o presiones del Estado receptor como en que se facilitara su instalación y actuación. Y, en consecuencia, estaban dispuestos a dar las garantías necesarias para que así fuera a los agentes diplomáticos acreditados ante ellos, a cambio de que sus propios diplomáticos las recibieran en otros Estados. La reciprocidad, trasunto del «ojo por ojo» de la ley mosaica, es un principio fundamental de la diplomacia, como lo es de la vida misma. Los Estados observan las facilidades acordadas a los diplomáticos extranjeros para asegurar idéntica observancia en relación a los propios. A partir de este *quid pro quo* se desarrolló un vasto acervo de prácticas conocidas como inmunidades diplomáticas.

Las inmunidades diplomáticas están codificadas en la Convención de Viena sobre Relaciones Diplomáticas, del 18 de abril de 1961 (y en la Convención de Viena sobre Relaciones Consulares, de 1963). En sus términos, los agentes diplomáticos y consulares están exentos de la jurisdicción civil y criminal ante los tribunales locales y no están obligados a testificar ante los mismos; sus personas son inviolables, de modo que no pueden ser detenidos ni arrestados; el Estado receptor debe impedir atentados contra su persona, su libertad o su dignidad. La inviolabilidad se extiende a los locales ocupados por las misiones diplomáticas y consulares, así como a las residencias de diplomáticos y cónsules, archivos y documentos. Las comunicaciones telegráficas, instrumento predilecto de la diplomacia, están protegidas por sofisticados sistemas de cifra. Los Estados se afanan a menudo en penetrar la cifra de otros, y no solo la de sus enemigos, tanto en tiempos de guerra como en los de paz. Un medio característico de envío de documentos es la valija diplomática. Tanto ella como los agentes que la conducen están cubiertos por la inmunidad.

Especial relevancia ha adquirido la inmunidad de los locales y territorios de las embajadas, conocida también como «extraterritorialidad», o ficción de que no pertenecen al territorio del Estado en el que se hallan físicamente, sino al del Estado que los ocupa, a cuya ley están sometidos. La práctica del asilo diplomático tiene especial arraigo en Iberoamérica. Durante nuestra guerra civil, varias embajadas iberoamericanas y europeas en Madrid, así como diversos consulados en provincias, acogieron refugiados políticos, en una cifra total estimada de unos once mil. En esta misma calidad de refugiado político, el cardenal húngaro Jozef Mindszenty permaneció, entre 1956 y 1971, en la embajada de Estados Unidos en Budapest. Más recientemente, Julian Assange, el creador de WikiLeaks, se refugió en la embajada de

Ecuador en Londres, donde permaneció entre 2012 y 2019, para evadir una petición de extradición de Estados Unidos. El cargo era de espionaje, al haber filtrado 250.000 comunicaciones del Departamento de Estado, de ellas más de cien mil «confidenciales» y más de quince mil «secretas».

No siempre el Estado receptor respeta la inmunidad diplomática de las embajadas extranjeras. Un caso muy notorio es el de la invasión de la embajada de Estados Unidos en Teherán en 1979 y la conversión en rehenes de cincuenta y dos personas, entre diplomáticos y administrativos, que fueron retenidos durante 444 días. Un intento de liberarlos por parte de las fuerzas armadas norteamericanas fracasó.

En marzo de 2002, siendo embajador de España en China, me tocó vivir un incidente de asilo diplomático. Veinticinco norcoreanos penetraron por la fuerza, tras sorprender y desbordar a los soldados chinos y a los empleados de la embajada que vigilaban el acceso, solicitando asilo político. Eligieron nuestra embajada porque aquel semestre ostentábamos la presidencia de la Unión Europea, lo que les iba a dar la publicidad que buscaban. La parte china tenía la opción de decirnos: me los entrega o usted verá qué hace con ellos. Tras una negociación se acordó que el grupo se trasladaría a Manila y de allí a Seúl, donde consiguieron el definitivo asilo, tal como pretendían.



Eugenio Bregolat

Diplomático, ex embajador de España en China, Indonesia, Canadá y Rusia.
Autor de *En torno al renacimiento de China* (Edicions de la Universitat de Lleida, 2014)



*Western Front. Dispatch rider with gasmask, March 1917
(Frente Occidental. Jinete de expedición con máscara de gas. Marzo de 1917).*

la enciclopedia gestionada por los usuarios, uno de los recursos en línea más consultados del mundo. Mike Godwin, abogado norteamericano pionero en la especialidad de derecho informático y durante algunos años asesor jurídico principal de esta enciclopedia en la Red, sostenía que, en la medida en que Wikipedia mantuviese sus servidores, personas jurídicas, fondos y personal en Estados Unidos, estaría, como me dijo, «detrás de un cortafuegos jurídico». Por lo tanto, existiría un espacio de la Primera Enmienda global en sus numerosos idiomas. Para cada una de las entradas de Wikipedia, en el lenguaje que sea, la regla es la misma: sólo si se consigue que un tribunal de Estados Unidos declare que una ley norteamericana ha sido infringida se obtiene una reparación legal. Si se plantea una objeción razonable, con toda seguridad se conseguirá una rectificación editorial de la comunidad de editores de Wikipedia en el mismo lenguaje. En caso de que un colaborador de la enciclopedia —un «wikipediano»— viva en un país con menos libertad, podría ser interrogado, o algo peor, por quienes detentan el poder. Pero jurídicamente hablando, este tesoro de información mundial sólo es responsable en Estados Unidos. De manera reveladora, cuando la Fundación Wikimedia abrió una oficina en la India, tuvo que cerrarla al poco tiempo, tras sufrir presiones de las autoridades indias a causa de unos mapas que presentaban Cachemira como dividida entre India y Pakistán (lo cual era exacto).

Así, mientras el rapado del ciberespacio, el letrista de Grateful

Timothy Garton Ash
Libertad de palabra
 Diez principios para un mundo conectado

TUSQUETS

nos «no ejercen ninguna soberanía reunimos», fue precisamente Estados Unidos la que respaldó el libertad de expresión global. A fin este reino global arraigado en «Silicon Valley, CA 94305». La cifra 94305 es la dirección de Stanford. La dirección es google.stanford.edu. Cuando el mundo se organiza de manera informal a la entropía política, pero no inexacto (que la frase está en pasado). Sin contar estas redes globales de comunicación y deliberada apertura entre los países liberales. En el siglo XXI, la comunicación, antes abiertas y

despreocupadas, están siendo embridadas y comestricadas por poderes públicos y privados, como sucedió con todas sus predecesoras, desde la imprenta hasta la radio.⁶³ Y Estados Unidos ya no es el líder digital que fue en la década de 1990, cuando quizá el poder estadounidense alcanzó su apogeo.⁶⁴ Actualmente, el ciberespacio tiene muchos códigos postales y cada uno de los aspectos de la comunicación global está en disputa.

La lucha por el poder de la palabra

Aunque para muchos de nosotros pase inadvertida, se está librando una gran lucha de poder en torno a la forma, los términos y los límites de la libertad de expresión global, a nuestro alrededor, dentro de la caja que llevamos en el bolsillo y, quizá, incluso en el interior de nuestras mentes. La denomino la lucha por el *poder de la palabra*. Como *expresión* en «libertad de expresión», *palabra* en «poder de la palabra» supone, evidentemente, bastantes cosas más que palabras. Incluye imágenes, sonidos, símbolos, información y conocimiento, así como las estructuras y las redes de comunicación. Manuel Castells habla de «poder de la comunicación», pero prefiero el término más corto antes que el largo, sobre todo porque cualquier rótulo, al final, se quedará sólo con una parte del todo.⁶⁴

La naturaleza del poder que aquí está en juego es compleja. Una de las definiciones más sencillas de poder lo concibe como la capacidad para conseguir lo que se quiere. Lo cual, a su vez, nos conduce a preguntar quién consigue qué, cómo, dónde y cuándo. Joseph Nye y Steven Lukes han realizado una útil disquisición acerca del poder en la que reconocen tres dimensiones. La primera, y más obvia, es conseguir que alguien haga algo que, en principio, no estaba entre sus prioridades. Hacer que una persona haga alguna cosa. En segundo lugar, el poder supone el establecimiento de una agenda, o «el poder de decidir lo que se decide», como señala Lukes. La tercera dimensión, y la más sutil, es la capacidad de modelar las preferencias iniciales de las personas de manera que ni siquiera adviertan que sus elecciones resultan de un previo ejercicio de poder de otros. Muchos comentaristas aplicarían instintivamente el poder de la palabra al ámbito del «poder blando», pero Nye, el especialista que ha definido el poder blando

con mayor rigor, señala correctamente que en el caso del ciberpoder se pueden encontrar ejemplos de poder duro y poder blando en sus tres dimensiones.⁶⁵

Está claro que el control del conocimiento y de la información es una parte vital de la segunda y tercera dimensión. Francis Bacon, como se sabe, observó que el conocimiento es poder, y Michel Foucault invirtió la idea para sostener que el poder «determina qué se considera conocimiento». Dada la plasticidad del cerebro admitida en la actualidad, el impacto de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, y del modo en que las usamos, posiblemente sea aún más profundo y modifique nuestra manera de pensar y de sentir. En su maravilloso ensayo *Petite Poucette* (Pulgarcita), el académico francés Michel Serres escribe sobre las pulgarcitas y los pulgarcitos, las generaciones que viven golpeando con sus pulgares las pantallas de los teléfonos inteligentes. «Ellos ya no tienen la misma cabeza» (esto es, que nosotros, los mayores), dice.⁶⁶ Una deliciosa exageración.

Estoy muy lejos de desdeñar la importancia de un análisis teórico de los tipos de poder aquí implicados, pero semejante tarea requeriría otro libro. Por lo demás, resultaría útil recoger más evidencias de lo que realmente sucede en este mundo transformado antes de ascender al nivel de un estudio del sistema. De manera que no ofreceré una tipología elaborada, como la estimulante distinción de Castells entre el poder de los incluidos en las redes, el poder de las redes, el poder en el interior de cada red y el poder de crear redes, siendo este último el más alto nivel, ejercido sólo por «metaprogramadores».⁶⁷ Por mi parte, en cambio, identificaré los principales actores en esta lucha de poder y dejaré que la fisonomía de dicha tensión vaya revelándose a través de los ejemplos.

Está claro que ya no es asunto de un solo gobierno nacional disponer lo que los ciudadanos pueden o no pueden publicar o transmitir en un país, o de un único propietario de periódico decidir qué se imprimirá y qué no (el territorio clásico de la bibliografía del siglo XX sobre la libertad de expresión). Incluso estas anticuadas cuestiones de la letra impresa no son tan claras como alguna vez aparentaron. Por ejemplo, en el año 2005 una autora norteamericana, Rachel Ehrenfeld, fue considerada responsable de difamación por un tribunal inglés. Un empresario saudí la había demandado en Londres, y el tribunal inglés admitió que tenía

jurisdicción sobre el caso porque veintitrés copias de su libro acerca del financiamiento del terrorismo islamista, publicado sólo en Estados Unidos, se habían vendido por internet a compradores domiciliados en Reino Unido.⁶⁸ En respuesta, la asamblea legislativa del estado de Nueva York aprobó una ley, conocida informalmente como la «Ley de Rachel», que protegía a los ciudadanos de Estados Unidos bajo su jurisdicción del cumplimiento legal de las sentencias por difamación emanadas de tribunales extranjeros que no cumplieran con la Primera Enmienda de la Constitución estadounidense ni satisficieran las normas del debido proceso.⁶⁹ En el año 2010, el presidente Barack Obama promulgó la llamada Ley SPEECH (Ley sobre el Lenguaje), que tenía los mismos efectos en Estados Unidos. (La sonrojante pasión por los acrónimos que profesa el Congreso de Estados Unidos ha pergeñado *SPEECH* a partir de *Securing the Protection of our Enduring and Established Constitutional Heritage* [Garantizar la protección de nuestro imperecedero y establecido patrimonio constitucional].)

En los hechos, sin embargo, las leyes de cada país luchan para seguir el ritmo de las últimas innovaciones técnicas como un anciano que va resoplando por la acera para alcanzar el autobús. Con tres clics del ratón de mi ordenador puedo hacer que me envíen a mi casa de Inglaterra, desde amazon.com u otro sitio web localizado en el exterior, el libro en papel que de otra manera el Gobierno o los tribunales de Londres me prohibirían leer a Milton, cuya *Areopagítica* es una auténtica andanada contra las restricciones que imponían las autoridades inglesas sobre las obras que podían leerse en su reino, estará aplaudiendo desde el más allá. De hecho, después de escribir estas palabras he pedido el libro de Rachel en amazon.com: clic, clic, clic y hasta aquí ha llegado ese juez inglés. O también es posible descargar el libro electrónico. (Como veremos, una reforma posterior de la Ley de Difamación inglesa redujo significativamente las posibilidades del vergonzoso «turismo de difamación».)

La lucha es aún más complicada en la Red. Una plétora de organizaciones internacionales, gobiernos nacionales, parlamentos, empresas, ingenieros, grupos de medios, tuiteros célebres y campañas masivas —tanto físicas como virtuales— a través de las redes sociales compite ahora en un juego de múltiples niveles y dimensiones. A menudo el resultado depende de intrincadas intersecciones entre negocios, política, derecho, regulaciones y tecnologías de

la comunicación que se desarrollan velozmente. Uno de los pioneros en esta área, Lawrence Lessig, reconoce cuatro tipos distintos de coerción vigentes sobre cualquier punto del sistema de información global: la ley, el mercado, las normas y la estructura de internet. «El código es la ley», sostuvo en el que seguramente sea su apotegma más famoso, y explicó que «el *software* y el *hardware* (es decir, el "código" del ciberespacio) que hacen del ciberespacio lo que es también regulan el ciberespacio tal como es». ⁷⁰ Las prácticas operativas internas, en ocasiones secretas, de las superpotencias privadas pueden ser más influyentes que las decisiones de los legisladores y las autoridades reguladoras.

Pese a toda esta complejidad, podemos aclararnos mediante la analogía de los perros, los gatos y los ratones. ⁷¹ Los gobiernos son los perros, las corporaciones los gatos y los usuarios los ratones. Los gatos más grandes son los más poderosos de todos, excepto algunos perros muy grandes. Lo fascinante de que Google se enfrentase a China, como hizo en el año 2010 cuando retiró sus buscadores google.cn del territorio continental chino, alegando que el Gobierno ejercía la censura en línea y se infiltraba en las cuentas de Gmail, es que se trataba de una disputa entre uno de los gatos y uno de los perros más grandes del mundo. Sin embargo, igual de común, como poco, que lo anterior es que exista una colaboración estrecha, a veces encubierta, entre los gobiernos y los proveedores de servicios de internet, los editores y las empresas de medios y datos que ejercen sus actividades en sus territorios. A este fenómeno lo denomino «poder al cuadrado», o P² para abreviar. Mientras, tanto los gobiernos como las empresas trabajan para influir en las organizaciones internacionales que determinan las reglas o normas técnicas para las comunicaciones globales.

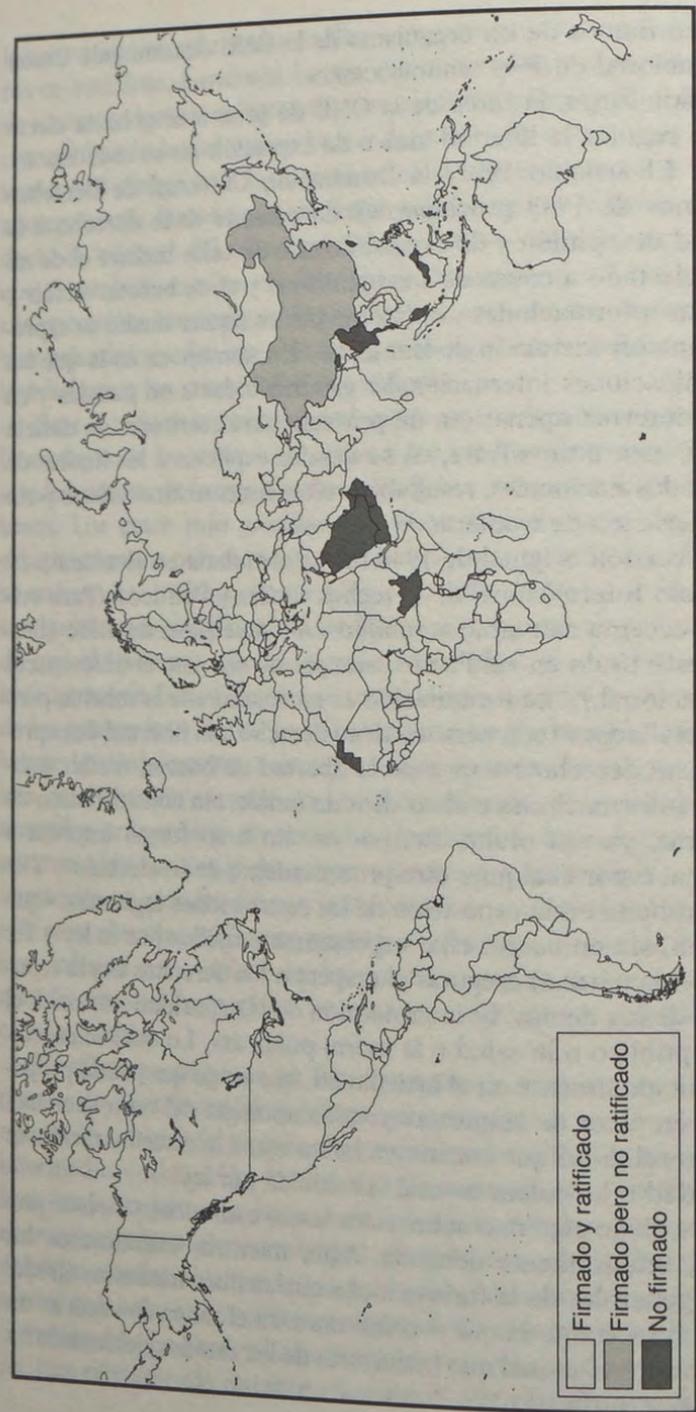
El ciberespacio no es un Estado separado y unitario, con sus propias leyes, tribunales y policía, pero tampoco es una simple manta de retazos de jurisdicciones nacionales. Más bien es algo intermedio, con muchas formas de vida mixtas: una realidad confusa inadecuadamente disimulada mediante rótulos como «multiparticipativo» o «la comunidad de internet». Afligidos por el dominio estadounidense de las áreas clave de internet, si bien es cierto que bajo el envoltorio común de lo «multiparticipativo», otros estados, en especial algunos poderes emergentes como China, han reivindicado durante años que el control de internet estu-

viese en manos de un organismo de la ONU denominado Unión Internacional de Telecomunicaciones.

Desde luego, la tarea de la ONU de promover y, hasta cierto punto, regular la libertad global de expresión no se reduce a internet. El artículo 19 de la Declaración Universal de Derechos Humanos de 1948 proclama: «Toda persona tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión; este derecho incluye el de no ser molestado a causa de sus opiniones, y el de buscar, recibir y difundir informaciones y opiniones por cualquier medio de expresión sin consideración de fronteras». En una época en la que las comunicaciones internacionales estaban todavía en pañales y en la que internet apenas era un proyecto para escritores de ciencia ficción, esta última frase, en su desafío explícito a los límites de los estados nacionales, resultaba profundamente innovadora: ¡«sin consideración de fronteras»!⁷²

La versión original de 1948 fue reformulada en el artículo 19 del Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos. (Para evitar un eccema con tanto acrónimo, en lo que sigue del libro abreviaré este título en «el Pacto», aunque no sea éste el único pacto internacional.)⁷³ La formulación es esencialmente la misma, pero más detallada: «Toda persona tiene derecho a la libertad de expresión; este derecho comprende la libertad de buscar, recibir y difundir informaciones e ideas de toda índole, sin consideración de fronteras, ya sea oralmente, por escrito o en forma impresa o artística, o por cualquier otro procedimiento de su elección». Y es más explícita en la exposición de las restricciones legítimas, «que deberán, sin embargo, estar expresamente fijadas por la ley y ser necesarias para: a) asegurar el respeto a los derechos o a la reputación de los demás; b) la protección de la seguridad nacional, el orden público o la salud o la moral públicas». Lo cual se especifica adicionalmente en el artículo 20, que exige que «toda propaganda en favor de la guerra» y «toda apología del odio nacional, racial o religioso que constituya incitación a la discriminación, la hostilidad o la violencia» esté «prohibida por ley».

Diré abajo algo más sobre estos textos canónicos y su interpretación, intensamente debatida. Aquí, mientras examinamos las líneas generales de la furiosa lucha que se libra a nuestro alrededor, lo importante es que —como muestra el mapa 3— éste es un tratado internacional que la mayoría de los estados del mundo ha firmado y ratificado.



Mapa 3. Un mundo que teóricamente suscribe la libertad de expresión. Estados que han firmado y, en la mayoría de los casos, ratificado el Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos, cuyo artículo 19 consagra la libertad de expresión. Fuente: ONU.

Entre los pocos países que no lo hicieron, el más importante es China, que lo ha firmado pero no lo ha ratificado. Arabia Saudí ni siquiera lo firmó. Tampoco lo hizo el Vaticano. (¿Qué pasa con estos guardianes de lugares sagrados?)⁷⁴ Una vez ratificado, el Pacto se convierte, en teoría, en «jurídicamente vinculante» para el Estado signatario. Por consiguiente, se supone que dicho Estado garantiza y pone en práctica el Pacto dentro de su sistema jurídico-político nacional.⁷⁵ Pero ¿qué sucede si no lo hace?

Hay en las Naciones Unidas un Comité de Derechos Humanos cuya función es entender en la implementación del Pacto y supervisarla. Para mayor confusión, la ONU cuenta también con un Consejo de Derechos Humanos que designa un ponente especial sobre libertad de expresión. Tanto el ponente especial como el Comité de Derechos Humanos elaboran informes detallados y pueden señalar a los estados que no cumplan el Pacto. En 2011 el Comité de Derechos Humanos, que en esa época incluía representantes de Egipto, Argelia y Colombia, así como de democracias consolidadas, elaboró la denominada Observación General sobre el Artículo 19.⁷⁶ Se trata de una clara, notablemente liberal y, en cierto sentido, autorizada interpretación de cómo entender las palabras del artículo 19.

Además, como puede observarse en el mapa 4, unos ciento quince estados han suscrito otro acuerdo internacional, que ha recibido la pegadiza denominación de Primer Protocolo Facultativo.⁷⁷ Este acuerdo se asegura de que las personas físicas, una vez que hayan agotado todos los medios a nivel nacional, puedan presentar sus denuncias directamente ante el Comité de Derechos Humanos de la ONU, con el argumento de que los derechos reconocidos en el artículo 19 han sido infringidos por las propias autoridades de su país. En respuesta a tales apelaciones por parte de individuos, el comité ha dictaminado que los gobiernos de Uzbekistán y de Bielorrusia cometieron una injusticia al no autorizar el registro y la distribución de determinados periódicos, que Corea del Sur no debería haber arrestado al pintor que representó a su país como una marioneta de Estados Unidos, etcétera.⁷⁸ Sin embargo, este comité no dispone de ningún mecanismo para obligar a los gobiernos a rectificar.

La importancia moral y simbólica del amparo que proporcionan el derecho internacional y las instituciones que lo hacen posible no debería desdeñarse. Ofrece un marco de referencia uni-

que vive, las principales plataformas de información y los medios de comunicación allí disponibles. Esto es, cerca de doscientos mapas, si se hace uno por país, o más de siete mil millones, si se hace uno por persona, y los contornos de todos los mapas están en continuo cambio.

Sin embargo, hay un grupo mucho más pequeño de Estados y empresas que tienen capacidad para diseñar la estructura, el mercado, la ley y las normas (por recordar la cuádruple distinción de Lessig) del sistema de información y comunicaciones global que llamo, simplificando, internet. En ocasiones lo consiguen sin proponérselo, simplemente por ser lo que son y hacer lo que hacen, pero a menudo entablan una competencia deliberada por el diseño del sistema. La lucha por el poder de la palabra es también una lucha por el poder del mundo.

Perros grandes

En la segunda década del siglo XXI, Estados Unidos todavía es el perro más grande. Es el país más poderoso del mundo, allí están instaladas las plataformas globales de comunicación electrónica que más se usan y ha asumido el compromiso más explícito y sistemáticamente aplicado con la libertad de expresión. Estas tres circunstancias explican el alcance y el carácter únicos del poder de la palabra estadounidense.

Desde Palo Alto hasta Washington y desde Nueva York hasta Seattle, sea en el Gobierno, la prensa, las empresas de información, las organizaciones no gubernamentales o el ámbito académico, uno se encuentra con estadounidenses imbuidos de una concepción particular de la libertad de expresión adquirida con la leche materna, en la escuela secundaria, la universidad y la facultad de Derecho (o, si han llegado al país hace poco tiempo, adoptada con diverso grado de entusiasmo). Términos técnicos derivados del desarrollo judicial, político y periodístico de la Primera Enmienda —*public forum* [foro público], *common carriage* [servicio de telecomunicaciones], *fighting words* [palabras agresivas]— y de casos fundamentales del Tribunal Supremo de fecha notablemente reciente —*New York Times* contra *Sullivan* (1964), *Brandenburg* contra *Ohio* (1969)— han adquirido un estatus cuasibíblicos, y tal concepción de la libertad de expresión se ha

extendido también al análisis, conformación y operación de las redes de información globales. Allá donde miremos, estos hijos e hijas de la Iglesia de la Primera Enmienda están trabajando en la viña virtual.

En las condiciones de una cosmópolis global, lo que hacen dentro de Estados Unidos impacta también más allá de las fronteras del país, incluso cuando no sea ésa su intención. En lo concerniente a la proyección deliberada de los principios estadounidenses hacia el exterior, hay más de una tradición. Walter Russell Mead ha identificado cuatro escuelas principales en la política exterior estadounidense —jeffersoniana, hamiltoniana, jacksoniana y wilsoniana—, y cada una sugiere una actitud un poco distinta respecto a la promoción global de la versión estadounidense de la libertad de expresión.⁵⁷ Sin embargo, grosso modo, el enfoque estadounidense más típico podría caracterizarse como universalismo unilateral. En lo esencial, el planteamiento es —y, en la medida en que puedo juzgarlo, generalmente se trata también de una creencia genuina— que el mundo entero sería mejor si adoptara la tradición de la Primera Enmienda. Lee Bollinger, especialista en la Primera Enmienda y rector durante largo tiempo de la Universidad de Columbia, lo explicó con el argumento de que «necesitamos hacer en un escenario global lo que se hizo en el escenario nacional de Estados Unidos a lo largo del siglo xx».⁵⁸

En un discurso pronunciado en el año 2010 en el Newseum, un museo de periodismo de Washington, la secretaria de Estado de Estados Unidos, Hillary Clinton, trazó una línea recta desde la Primera Enmienda hasta lo que llamó «libertad en internet». Citando un discurso de 1941 en el que Franklin D. Roosevelt enumeraba cuatro libertades —de expresión y de culto, frente a la necesidad y frente al temor—, agregó una quinta: la libertad de conexión. «Defendemos», dijo, «una sola internet en la que toda la humanidad tenga igualdad de acceso al conocimiento y las ideas.» Los cortafuegos que bloquean internet deberían caer como cayó el muro de Berlín en 1989.⁵⁹

Estados Unidos ha empleado durante mucho tiempo el respeto a la libertad de expresión y a la libertad de culto como criterios clave para determinar la categoría de otros Estados. En 2012 un portavoz del Departamento de Estado norteamericano recombinó a la India, la democracia más grande del mundo, por bloquear sitios web y plataformas de redes sociales que, al parecer del Go-



Río de Janeiro, Brasil. 7 de junio de 2020. Manifestantes salieron a las calles durante la pandemia de Covid-19, durante una manifestación de Black Lives Matter, en protesta contra el racismo y la muerte de personas negras, incluyendo a George Floyd en los Estados Unidos, y Joao Pedro en Río. Los manifestantes se tiran al suelo en alusión a las vidas negras muertas por la violencia policial.
Crédito: Fernando Souza/ZUMA Wire/Alamy Live News

INMUNES INHUMANOS

Albert Sáez

Inmunidad. Impunidad. Política. Corrupción.

Inmunidad. Normalidad. Salud. Vacunación.

Umberto Eco explica en uno de sus grandes libros, *Obra abierta*, que el significado de las palabras no está solo en el diccionario. Las palabras se dicen en un contexto. Y se interpretan en otro, que no necesariamente es el mismo. Por eso, un libro no es el mismo para todos los lectores. Ni un lector encuentra lo mismo en un libro cuando lo relee. Tener inmunidad, hace solo tres años, era acumular privilegios. Los inmunes eran los que se juzgaban en tribunales especiales, más protegidos de falsas acusaciones. O, simplemente, eran los impunes como el rey emérito, que hacía y deshacía en sus estancias particulares aprovechándose de que la ley le protegía de la controversia pública.

La inmunidad es, tras la pandemia, el pasaporte a la normalidad. Y la vacuna el camino para conseguirla. El negativo se ha positivado. Nos queremos a todos inmunes en un curioso ejercicio de generosidad egoísta. Te quiero vacunado para que no me contagies. Narcisismo solidario. Uno de los signos de nuestro tiempo. Al menos, queremos inmunes a los más próximos. Es tiempo de repliegue, la globalización está sobrevalorada. Volvemos a la burbuja y en ella solo pueden entrar los inmunes. Más narcisismo, más *egosurfing*. Carnets y certificados de vacunación para todo. Vuelven los años 20 en el siglo XXI: las burbujas nos protegen de los miedos. Y cuando convivimos solo con los iguales, aparece la intransigencia, antesala del totalitarismo. Putin el nuevo Hitler. Abascal el nuevo «Franquito». Una Rusia y una España solo de inmunes. España para los españoles, Europa para los europeos. El miedo, siempre el miedo, el miedo a morirnos mientras nos estamos muriendo, sin querer saberlo. ¿Cuántos murieron ayer y de qué? Con la inmunidad ya no contamos los muertos por COVID. Pero siguen muriendo. También inmunes a las malas noticias. O sea, a las noticias.

¿Las noticias nos hacen inmunes? El primer día de combates, la guerra copa las portadas. Ayer hubo más muertos. Y no están ni en un rinconcito. La sobreinformación satura nuestro sistema inmunológico moral. ¿Cuántos muertos son muchos? ¿Cuántos robos son pocos? La morbosidad alimenta el interés por lo que no se sabe en lugar de fomentar la atención por lo que no funciona. Inmunes por saturación. Quién nos lo iba a decir cuando la luz de la Ilustración se presentaba como el antídoto contra la oscuridad de la sinrazón. Deslumbrados más que informados. Y los destellos cada vez más breves e intensos. Tik-tok. Y ya. Grandes relatos desmenuzados en porciones digitales. La vida a impulsos. Más miedo contra el miedo.

Hemos publicado gigabytes de contenidos sobre la pandemia y aún no hemos entendido lo que nos ha pasado. Ver no es entender, dijo Ignacio Ramonet. Explicar sin entender es, simplemente, perder el tiempo. El emisor y el receptor. Es solo entretener, mientras salimos del confinamiento físico para adentrarnos en el intelectual. Confinados ahora en nuestros miedos. Inmunes a lo que no nos gusta. Más repliegue. La pandemia nos hizo perder la noción del tiempo. Porque lo verdaderamente esencial de lo que nos ha ocurrido es la aceleración. Mundo global en tiempo real. Realidad virtual. Paradoja de la paradoja. El periodismo contándolo todo sin explicar nada. Mirar sin entender. Exhibir para ocultar. La máscara de la máscara. Más inmunes y a la vez más vulnerables. Contagiados por exceso de antibióticos.

La aceleración provoca desorientación. El efecto túnel de la velocidad. Perdemos reflejos. Más miedo, y más inconsciente. La inmunidad de la impunidad. El círculo se cierra. En un breve lapso de tiempo. La inmunidad vuelve a significar impunidad. Como hace solo tres años. La ciencia nueva de Vico condensada. El caos preludio de una nueva era teocrática. La inmunidad prefacio de una nueva plaga. Fragilidad física. Fragilidad mental. La información para hacernos compañía, pero sin salir de la burbuja. El periodismo no crea la realidad por mucho que presuma de ello. El periodismo refleja la realidad, como explicó el gran Gaziel. Y, a menudo, no nos gustamos en el espejo. Romperlo no arregla el problema. Las redes reivindican el empoderamiento de los individuos. Pero los encierran en burbujas de inmunidad. Y ahí seguimos. Sin entender lo que nos pasa, pero contándolo del derecho y del revés. Ruido. Nuestras contingencias antropológicas vistas como taras sociales. Y a más velocidad. Para pensar que no existen. Como en el túnel del viento. Encerrados en casa. Esperando la inmunidad. Para olvidar lo que somos. Humanos, finalmente. Y humana es nuestra talla, sentenció el gran Joan Maragall. De nuestra humanidad no hay inmunidad que nos haga impunes. Círculo cerrado. Ahora la guerra. Porque no aprendemos de lo que nos pasó. Vacunas sin recordatorio. Enfermedades autoinmunes. Así nos va. Felizmente desinformados. Divertidos hasta morir que pronosticó el gran Neil Postman. La inmunidad. La humanidad.





Oteando el futuro.
©Hänsel* i Gretel*

LA INMUNIDAD PUEDE DESPLAZAR A LA IGUALDAD

Enric Juliana

Un virus (coronado) ha paralizado más de medio mundo durante dos años. Un virus se está apoderando de los secretos de los Estados. Un virus puede paralizar los más complejos sistemas logísticos de una nación. Un virus puede ayudar a ganar una guerra. Los virus son hoy los agentes más temibles que recorren el planeta. Los virus serán los grandes protagonistas del siglo XXI. Por consiguiente, la actualización y ampliación de la inmunidad (biológica y tecnológica) se convierte en uno de los principales retos de la humanidad. La inmunidad podría llegar a desplazar a la igualdad como la más preciada, impetuosa y ansiosa de las aspiraciones sociales.

Dieciséis millones de seres humanos han muerto hasta la fecha en todo el mundo como consecuencia del coronavirus SARS-Cov-2 (COVID-19), que presumiblemente habría sido transmitido al ser humano por murciélagos. Varios millones de personas padecen en estos momentos dolores y molestias permanentes derivados de la infección, sin que por el momento se conozcan la dinámica de esas secuelas y la manera de curarlas. En España se han infectado más de doce millones de personas, según datos oficiales de finales del pasado mes de mayo. Han muerto unas 106.500 personas en España, según los casos notificados al Ministerio de Sanidad, lo cual significa que el número de fallecimientos reales puede ser algo mayor. La mayoría de esos pacientes fallecieron después de haber recibido una excelente atención médica que hizo todo lo posible para salvar sus vidas, pero algunos miles de enfermos, sobre todo ancianos, murieron en dramáticas condiciones en las primeras semanas de la epidemia, cuando la situación estuvo a punto de quedar fuera de control. Ese episodio aún no está cerrado.

Gracias a las vacunas se ha conseguido una situación de casi normalidad en muchos países del mundo, a la espera de conocer la evolución del virus. La pandemia sigue su curso en el planeta y nadie sabe si nuevas variantes del coronavirus pueden volver a complicar la existencia de los países que hoy creen hallarse a salvo, después de dos años muy duros. Más de cuarenta millones de personas han recibido en España la pauta completa de vacunación. Más de cuarenta millones de personas presentan hoy un elevado grado de inmunidad, que convierte en leve la infección, en la mayoría de los casos. Con todo, durante la última semana de mayo del 2022, veintiséis meses después de la proclamación del primer estado de alarma, aún se seguían produciendo fallecimientos a causa de la complicación de la enfermedad. Una cuarta vacuna seguramente será necesaria para las personas mayores de 60 años después del verano. Es altamente probable que cada año las personas mayores deban vacunarse para prevenir la gripe y la COVID-19. La adquisición de la inmunidad será cada vez más costosa y no estará, por igual, al alcance de todas las sociedades humanas. La posibilidad de nuevas epidemias de origen desconocido figura hoy en todos los planes de emergencia sanitarios. El coronavirus SARS-Cov-2 nos ha puesto en jaque. La pesadilla aún no ha terminado.

El virus nos ha hecho sufrir. El virus nos ha hecho pensar. El virus ha reforzado el poder de los Estados. El virus ha alimentado el pensamiento paranoico (una búsqueda desesperada de inmunidad) y de las teorías conspirativas. El virus ha polarizado todavía más las sociedades. Los adversarios políticos son vistos hoy como un virus que hay que erradicar. (Durante la anterior guerra fría eran el cáncer que había que extirpar.)

No todo es negativo. Al contrario. La rapidez en el hallazgo de las vacunas ha dado seguridad y orgullo a las sociedades más desarrolladas. El desafío era enorme y la ciencia ha respondido. Esta victoria de la ciencia quizás sea, en términos culturales profundos, la más eficaz vacuna para la continuidad de la democracia liberal, ante los múltiples adversarios que la acechan. En última instancia, la epidemia ha sido mejor controlada por las vacunas que por las medidas estatales draconianas, necesarias cuando no había otra alternativa que el confinamiento masivo, para evitar una debacle.

China parecía haber tomado la delantera gracias a sus eficaces mecanismos de disciplina social, pero en los últimos meses la flexible progresión de la inmunidad en los países occidentales ha demostrado ser más eficiente (crucemos los dedos). La ciencia se ha desarrollado en Occidente gracias a la libertad. La victoria de la ciencia es una victoria de la libertad. El sistema democrático quizás haya adquirido una cierta inmunidad. Lo veremos estos próximos años, en los que la democracia va a sufrir duras pruebas.

Otro ganador de la epidemia es el sistema público de salud. En los países que no lo tienen, cada vez más gente aspira a tenerlo. Los países que lo tienen, no lo dejarán perder. Si observamos con atención el debate público español veremos como nadie hablará en los próximos tiempos de recortes en el gasto sanitario. Nadie se atreverá a proponerlo públicamente, aunque en algunas administraciones se siga practicando el tijeretazo más o menos disimulado. La epidemia ha consolidado el sistema público de salud como uno de los pilares de las sociedades europeas. También por ello, Ucrania quiere formar parte de Europa.

La inmunidad puede desplazar a la igualdad como aspiración dominante.



Enric Juliana

Periodista y actualmente director adjunto de La Vanguardia.

Autor de *Aquí no hemos venido a estudiar* (Arpa, 2020)



Exposición de 'Evidence' del artista chino Ai Weiwei en el
Martin-Gropius-Bau de Berlín.
Crédito: Reynaldo Chaib Paganelli/Alamy Live New.

INMUNIDAD Y PERIODISMO

Lluís Bassets

La inmunidad efectiva solo la proporciona la soberanía. El soberano es aquel que dicta las reglas de juego y, por supuesto, la excepción a las reglas de juego, que se aplica a sí mismo. La ambición soberana suele ser universal. Quien posee algún poder desea, de forma más o menos explícita, no ser sometido a otra limitación y control que los que establece él mismo. La responsabilidad de este poder se circunscribe a la autolimitación, que con más frecuencia de lo que sería de desear, se acerca al cero absoluto.

Sabemos adónde lleva un poder sin control alguno. La soberanía absoluta y el abuso absoluto del poder son una misma cosa. Es la inmunidad soberana. Por más abusos que se produzcan, nadie ni nada puede limitarlos o impedirlos. De ahí el interés social de la distribución del poder, las soberanías compartidas y solapadas, la división de poderes y la dispersión federalizante de los poderes, sean o no estatales. Es la democracia: ya que no se puede eliminar el poder, al menos repartámoslo, aunque sea modestamente.

También sucede con el periodismo, vocacionalmente orientado a dar cuenta de la verdad a los ciudadanos siguiendo su único y exclusivo criterio. El de unas reglas mínimas, naturalmente: nada se puede publicar que no haya sido comprobado y contrastado con los propios protagonistas. Las reglas de funcionamiento interno de los medios de comunicación permiten el formalismo rutinario, una forma degradante del oficio que convierte la comprobación a partir de dos fuentes como mínimo y el contraste con los protagonistas en un mero trámite sin contenido efectivo. El uso de las fuentes anónimas, pésimo hábito en vez de excepción en el periodismo convencional, es la forma más fraudulenta de la inmunidad soberana de un periodismo que no responde ante nadie ni puede ser controlado por nadie.

Este panorama es actualidad pero también historia. Siempre han sido así las cosas. Al final, la calidad del periodismo, la veracidad de sus informaciones y la validez de sus análisis han permitido reconocer las cabeceras y las firmas en las que cabía y cabe depositar un mínimo de credibilidad y de confianza. Que no se basa, precisamente, en la inmunidad soberana, sino en el sometimiento a la disciplina de las reglas de juego colectivas establecidas por el medio de calidad y en la capacidad de exigencia y autorresistencia del periodismo responsable.

Desde el periodismo es difícil aceptar el paliativo de una interferencia legal de los poderes públicos en el entero proceso informativo. En nada mejora al periodismo pero refuerza la tendencia al abuso de poder de los gobiernos. El mal periodismo debe recibir el castigo social, no el del código penal. El derecho a la imagen, al honor y a la intimidad, por supuesto. La incitación al odio y a la violencia, en el otro extremo, sea periodista, banquero o albañil quien sea responsable de ella. Ninguna inmunidad ni impunidad cuando se trate de delitos comunes o de cuestiones a dirimir en los tribunales civiles. Solo ante los ciudadanos responde el periodista. No es inmunidad del periodista, sino mera libertad de expresión, inmunidad por tanto del ciudadano.

La inmunidad posmoderna, la que preside nuestra época, supera ampliamente los marcos de las libertades ilustradas que dieron vida al periodismo. De entrada, surge del desbordamiento de los marcos legales de los Estados soberanos, los únicos que hasta ahora venían garantizando las libertades pero también tenían medios para limitarlas. Nuevos poderes, casi todos privados y sin escrutinio de ningún tipo, han entrado a jugar en esta cancha, mientras las legislaciones nacionales y las instituciones públicas se veían desbordadas e incluso anuladas. Las grandes empresas tecnológicas son el modelo y el caso culminante. Escapan a los controles fiscales y laborales, erosionan los derechos de autor, esconden sus beneficios en los paraísos fiscales, expulsan a la competencia del mercado y se ofrecen incluso a los mejores postores en los combates políticos, internos entre partidos y grupos políticos, y externos entre potencias y países, con frecuencia autoritarios. No valen regulaciones nacionales ni se dejan atrapar por normativas supranacionales. Solo la Unión Europea, potencia normativa vocacional, consigue de vez en cuando limitar en un modesto punto su marcha hacia el poder absoluto del monopolio global.

Esta prodigiosa escalada hacia el poder global a cargo de una docena de magnates se ocupa solo de la mitad del mundo, la más interesante y rentable ciertamente, puesto que la otra mitad se halla en manos de una especie poderosa todavía más peligrosa y perversa, dueña absoluta de su propio universo, pero beneficiaria también de la otra mitad del globo, abierta a ofrecer la comodidad de sus libertades, aceptar sus inversiones e incluso tolerar sus manipulaciones políticas y electorales. Entre unos y otros, magnates del mundo libre y oligarcas y autócratas del mundo excomunista y de las monarquías árabes, conforman la inmunidad soberana del siglo XXI, por encima de cualquier tribunal, ley, norma, orden internacional y, por supuesto, de los añejos y humildes códigos autorregulatorios del viejo periodismo.

La información que surge de estos nuevos medios es cualquier cosa menos información. Su dominio natural es la mentira. En la guerra todas las noticias son falsas, rezaba el clásico Von Clausewitz. Para Donald Trump y Vladímir Putin, caudillos y héroes de la posverdad y de las noticias falsas, la guerra es el estado natural de las sociedades humanas. Gozan de la inmunidad que tienen los leones en la selva.



Lluís Bassets

Periodista, escritor y escribe asiduamente en el diario El País.

Autor de *Les ciutats interiors. Enviat especial al voltant de la meua cambra* (Galaxia Gutenberg, 2021)

STELLA/McCARTNEY



stellamccartney.com

Información útil.
©Hänsel* i Gretel*

PATÓGENOS MEDIÁTICOS

Ferran Sáez

El historiador Andrew Cook publicó hace unos años la interesante monografía *Jack The Ripper: Case Closed*. ¿Un libro más sobre el manoseado mito victoriano? No, en absoluto. En vez de hacerse eco de rumores populares o de sobreinterpretar delirantemente informes forenses, el ensayo constataba que el relato del asesino en serie había surgido en realidad de la prensa londinense de la época, y más en concreto del periódico *The Star*. Los asesinatos eran reales, por supuesto, pero no existía ningún hecho sólido que permitiera imputarlos a una sola persona. En 1888, *The Star* llegó a vender 232.000 ejemplares diarios; cuando decayó el interés por el supuesto monstruo, las ventas se redujeron drásticamente en pocas semanas. Los propietarios de periódicos llegaron entonces a tres conclusiones diáfanas. La primera, que a la gente le interesan más las sensaciones fuertes que las informaciones rigurosas. La segunda, que las imágenes fotográficas en la prensa escrita habían llegado para quedarse, como así fue. Esta segunda conclusión, de hecho, poseía un muy concreto corolario: los detalles visuales escabrosos tenían mejor acogida que los retratos convencionales de personas, paisajes, etc. Así pues, la infección sensacionalista derivada del caso Jack The Ripper no solo no creó anticuerpos éticos o estéticos, sino que siguió su curso hasta nuestros días. Las formas han cambiado mucho, aunque el trasfondo del problema sigue siendo el mismo. En tercer lugar, los editores de *The Star* se dieron cuenta de que los medios pueden expandir flagrantes antivalores sin que ello comprometa el buen nombre de la publicación. Aquí vamos a centrarnos en este tercer punto.

Los medios de comunicación de masas generan, en efecto, referentes éticos, estéticos, ideológicos, etc., con enormes potencialidades de impacto, de influencia social profunda, aunque no por fuerza duradera. He aquí una obviedad que ni siquiera vale la pena discutir. Sí que son discutibles, en cambio, y mucho, ciertas conclusiones que se hacen derivar de dicha constatación. Lo habitual consiste en criticar a los medios porque segregan unos referentes negativos que contagian a los más jóvenes, no inmunizados todavía contra esos virus malignos. Muchos de estos son objetivamente contrarios a los valores que, de forma simultánea, reciben en el seno del sistema educativo o de su misma familia. Hoy, en el cuádruple e infernal contexto de la pandemia, la nueva Guerra Fría, el ascenso del populismo de matriz autoritaria y el problema energético, las informaciones del periodismo profesional son examinadas con lupa. ¿Dicha actitud vigilante resulta suficiente para generar anticuerpos que respondan al embate del monstruo de cuatro cabezas que acabamos de señalar? Parece ser que no. Vamos a intentar explicar las razones de la ineficacia de la vacuna.

En primer lugar, el problema de los antivalores que supuestamente inoculan a gran escala los medios de comunicación está mal planteado. Responde a un punto de partida erróneo. En efecto, todos los estudios axiológicos serios, entre los que destacan los llevados a cabo por el sociólogo Javier Elzo en España, concluyen que el principal foco de irradiación de valores es la familia. Los medios, por extraño que pueda parecerle al lego en estos asuntos, quedan bastante lejos. Y es que una cosa son las modas o tendencias y otra muy diferente los valores que constituyen —para entendernos— el sistema operativo de nuestras decisiones, y no una app de quita y pon. A nivel axiológico, nuestra acción no depende tanto de los patógenos mediáticos como de los familiares. El problema es que casi todos los test de antígenos se dirigen a los medios, no al entorno familiar. ¿Por qué? Pues porque en el primer caso dejamos de sentir el peso de nuestra propia responsabilidad y se la cargamos a otras instancias abstractas (el sistema, la sociedad, los medios de comunicación, etc.).

En segundo lugar, a veces olvidamos que la construcción de referentes mediáticos constituye un problema específico del siglo XX, en la medida en que la pasada centuria vio nacer la cultura de masas. Antes, cuando Jefferson o Tocqueville teorizaron sobre los medios de comunicación, estaban pensando únicamente en la prensa escrita, que en su época era mayoritariamente local: su alcance vírico era mínimo. Desde la perspectiva de la modernidad ilustrada, el horizonte de la expansión de la información residía exclusivamente en una imprenta que permitiría llegar a las élites de todo el mundo civilizado en forma de enciclopedia. En ningún caso se llegó ni siquiera a contemplar la posibilidad de una apertura más amplia: entre finales del siglo XVIII y principios del XIX, las masas de Europa estaban formadas en gran parte por analfabetos. En consecuencia, los posibles anticuerpos surgidos en la construcción de referentes mediáticos estuvieron ausentes del planteamiento ilustrado. La prioridad de estos era la instrucción pública, condición de posibilidad de una información eficaz que pudiera llegar a transmutarse en formación. Quizás la vacuna definitiva se encuentre en el seno de dicha idea.







El símbolo ★ marca el final de un trazado.
 Continúa por el siguiente número consecutivo.
 La punta de la lengua

La estrella de Hollywood fascinada por las ideas imperativas de Hitler no era otro que Charlie Chaplin, nacido también aquel mismo año, cinco horas antes que Hitler. También él, en sus inicios, era un marginado, un deshecho de la sociedad. El padre alcohólico, la madre que iba de un hospital a otro y el hijo durmiendo en estaciones y jardines públicos. Refractario a los amigos, difícil en las relaciones personales pero, como se verá más tarde, con un rápido impacto sobre las masas.

Charlie Chaplin interpretará también el papel del Dictador en la película del mismo título, con la famosa escena en que, frenético de júbilo, juega con un balón que representa al globo terráqueo. El actor agranda hasta lo grotesco la esquizofrenia infantil del Tirano. Hay una especie de «inducción» de la democracia hitleriana en la interpretación hasta crear una ambigua complicidad. La obra se encuentra dentro de un arte ingenuo, la música se rompe enojada, en una crispada muestra de demencia hídrica.

Hitler nunca había sido el más criminal de los grandes, su fiereza no deja de ser humana, común con la de Chaplin.

Payasos

El dictador y el artista



PAYASOS. EL DICTADOR Y EL ARTISTA
NORMAN MANEA (Ensayo Tusquets Editores)
Traducción de Joaquín Garrigós

cierta medida, disminuyen credibilidad. Exagera lo ridiculo hasta lo grotesco para obtener, artísticamente, un incremento de significados [...]. En la sociedad de hoy, en la que todo se masca, se tritura y se anti- quilla, se corre el riesgo de que lo ridiculo engulle al arte. Sólo que el artista, aunque está vinculado en el punto de vista, trata de asumir su ambigüedad, de colocarse, con un balanceo desigual y precario, sobre las curvas fluidas y fragmentarias, para transformar las píldoras en una ganancia diferida.

Para mí, Augusto el Tonto representaba al artista. No se trataba únicamente de empatía con su juego y con su destino sino que, en el fondo, yo me identificaba con él.

Y del ideal orgulloso y romántico del ARTE, ¿qué? La situación del artista en el mundo es la de un Augusto el Tonto, de aquel August, como su padre llamaba cariñosamente a Hans Hartung, porque intentó la naturaleza íntima de quien, más tarde, como pintor, no alcanzaría a manifestarla de forma patente ni en su vida ni en su obra. El viejo Thomas Mann, imagen del escritor riguroso, serio y ético, veía a los artistas como unos «escabrosos duendes del ridiculo», «brillantes brujos del absurdo», seres «compachosos», «acribitatos». En Felix Krull, describe al artista como un ser que «no era mujer ni varón, así pues persona tampoco», lo llama «un ángel serio de la boca sonriente [...] bajo el techo de la carne, en lo alto, por encima de la muchachumbre», o sea, suspendido en el espacio aéreo del Gran Circo del mundo.

En la foto: el artista alemán y su hijo, August y Felix Krull.

En el gran circo del mundo, el Poeta aparece como un Caballero de la Triste Figura, un Augusto el Tonto que no se adapta a la vida cotidiana en la que sus se-

mejantes ofrecen y reciben porciones de lo concreto comestible. Este extraño trapisondista sueña con otras reglas, otros valores y recompensas y busca solitarias compensaciones para el papel que, queriéndolo o no, encarna. Sin embargo, demuestra, a menudo, un conocimiento sorprendentemente profundo de sus conciudadanos, con los que no parecía comunicarse más que de manera superficial, pero de quienes toma y restituye en una especie de magia tan elaborada como instantánea, secuencias reconocibles, aunque misteriosas, que ellos no siempre entienden y que, a veces, ni él mismo entiende del todo. Su debilidad parece, de repente, una fuerza no convencional y distorsionada, su soledad una solidaridad más profunda, y la imaginación el camino más corto hacia la realidad. Diríase que su rostro se refleja, de pronto, en todos los semblantes del circo que lo rodean, mientras el espejo gira con rapidez vertiginosa. Momento de gracia, una breve conmoción, un instante de pasmo en la estupefacta concurrencia.

Pero ¿acaso el Tirano también forma parte de la *troupe* de saltimbanquis? ¿Acaso se reconocería el frágil vagabundo e intelectual en esa máscara desfigurada que no expresa el Bien, la Verdad ni la Belleza? El Tirano es el que manipula, ordena e impone la disciplina, castiga y premia según las sádicas normas del Mal, la Mentira y la Fealdad. El Tirano, con sus pérfidos disfraces, con su mueca de satisfacción, con su fastuoso y ridículo uniforme, con sus alocadas histerias que se manifiestan, unas veces, por agudos chillidos de fiera; otras, por gemidos asustados de niño; a veces por embestidas de macho cabrío furioso, o también por la glacial inmovilidad del vampiro.

Sin embargo, no es imposible admitir que el poeta-payaso haya reconocido ese rostro en sus pesadillas y

peregrinaciones. Diríase que ha soportado, alguna vez, el odio y los caprichos del Tirano. Sí, sin duda, incluso éste es un rostro humano, aunque oculto bajo una frágil capa de afeites y espesas cremas de colores. Sí, un pobre hombre este también. Un fanático vanidoso encadenado a la quimera del Poder, un pelagatos, un solitario enfermizo que ofrece su debilidad como Autoridad, su miedo como seguridad en sí mismo y sus enfermedades como agresividad y fuerza.

Ahí está. Augusto el Tonto se encuentra, en la ruidosa pista del circo, con el Payaso del Poder. Las miradas se cruzan. ¿Concentra el breve relámpago toda la tragedia humana? ¿Es una atracción por la repulsión, una catalización energética provocada por la atracción de sus contrarias? ¿Pueden compararse estos actores tan distintos en el guión codificado que se titula *vida terrenal*? Sólo si miramos el espectáculo desde la Luna o si, cegados por la distancia demasiado corta, no distinguimos ya los contrastes en esta enorme y vertiginosa mascarada.

El artista que ha vivido bajo la tiranía, e incluso el que no la ha conocido, no puede ignorar la insalvable barrera moral existente entre los dos papeles. Y, no obstante, sólo el artista, capaz de ver el espectáculo humano desde una distancia cósmica y desde el centro mismo del magma, puede asumirlo hasta identificarse plenamente con él. Superará *también* esa barrera para escrutar a su contrincante con la misma curiosidad, fantasía y exactitud que le imponen las premisas de su proyecto.

¿La historia del circo como Historia, sencillamente? Con la extraña pareja de oponentes: el artista Augusto y el Payaso del Poder.

BREVE HISTORIA DE LA DIVISIÓN EN 5.098 CARACTERES CONTANDO EL TÍTULO

Roger Bernat

Mataste a Dios para apoderarte del cielo.
Asesinaste a los actores para hacerte con el escenario.
Ahora que el cielo y el escenario ya son tuyos ha llegado el momento:
¡Luce! ¡Haz teatro!

Pina Bausch, *Palermo, Palermo*. 1989/1990

El espectáculo *Palermo, Palermo* comienza con el hundimiento de un muro construido en el proscenio. Al caer, el teatro tiembla al igual que cuando se estrenaban las piezas de Pirandello y el escenario se cubría de escombros. En este muro, hecho de grandes ladrillos de hormigón, nadie ha pintado el cielo con angelotes, adorno propio de los telones de boca del Barroco.

Antes del siglo XVII las salas de teatro de Europa no tenían telón de boca. Los espectáculos se celebraban en nobles salones, donde la división entre escenario y platea no quedaba clara. Un teatro sin telón apunta a una estética de la totalidad que, con el Estado monárquico y el mecanicismo cartesiano sobre el que se apoya, construye la utopía de un mundo perfecto y sin secretos –transparente– donde el rey, del cual emana el Estado, es el centro. El escenario no representa el mundo, sino que es el mundo el que tiene que imitar al teatro. Aristocracia e intérpretes comparten tanto el escenario como el protagonismo en un momento en el que la forma sustantiva de la palabra pública no se utiliza. Son Corneille, Molière, La Fontaine o La Bruyère quienes empiezan a escribir sobre esta nueva categoría de espectador que ocupa los parterres de los teatros. Será el gusto de este nuevo público el que legitimará la obra de unos autores que la Corte niega.

La aparición del telón de boca sirve como acta de nacimiento del público moderno y, a la vez, marca la separación entre el escenario y la platea. Por una parte, el universo celestial –en los telones de boca suele haber representaciones de angelotes cabalgando las nubes– y, por otra, el valle de los mortales: el público. Dos mundos separados por un telón que impide posibles contaminaciones. Que algunos años más tarde el rey fuera desplazado al palco que lleva su nombre nos hace recordar que, ya en el siglo XVIII, la cauterización del escenario se ha completado y que este ha dejado de ser *real*.

El teatro deja de ser el lugar desde donde emana y a partir del cual se contamina el mundo. El teatro deja de ser la cosa real que el mundo ha de imitar para convertirse en un espacio polivalente y compartimentado donde la sociedad se ve representada. Al telón de boca lo acompaña una panoplia de técnicas de la separación que ordenan, jerarquizan y finalmente disciplinan a unos individuos convertidos en centro del teatro. Palcos, biombos, desniveles y saloncitos privados permiten que banquetes, bailes, mascaradas y reuniones políticas, tan prolíferas con la Revolución, se celebren en esta nueva máquina de la representación que es el teatro.

Si el telón de boca da a luz al público, será la oscuridad la que aniñará al espectador. A mediados del siglo XIX la platea se llena de butacas, se invita al público a ocupar su asiento y las luces de la sala se apagan. La oscuridad protege de las miradas, los comentarios y otras formas de contaminación social, dando paso al yo interior. Se apagan las luces de platea y se ilumina el escenario de la subjetividad. Simultáneamente a la aceleración de la vida cotidiana, los individuos son inmovilizados no solo en la butaca del teatro, sino también en su lugar de trabajo. Músicos y actores interpretan la partitura o

el texto dramático, así como el obrero ejecuta su trabajo en la recientemente implantada cadena de montaje. El trabajador ha dejado de formar parte inseparable de un cuerpo para convertirse en la pieza intercambiable de un producto.

Paradójicamente, este progresivo aislamiento del espectador tiene que tonificar los lazos comunitarios que la misma separación debilita. Si la separación entre escenario y platea en el Barroco permite la ampliación del número de personas con derecho a opinar; si la segmentación del teatro en espacios jerarquizados de la Ilustración multiplica el número de personas que participa, la separación de los individuos en butacas permite imaginar un mundo en el que ya todo el mundo forma parte del *Volk*, la comunidad de aquellos que tienen un mismo deseo interior. Aún a principios del siglo pasado se habla de estrenos en los que una masa de espectadores enfurecidos había arrancado las butacas para lanzarlas contra el escenario. Son las últimas señales de vida de una masa incontrolable y acéfala que acabará por convertirse en público.

Mientras que es el XIX el siglo que hace que los escenarios sean omnipresentes, trasladados por doquier gracias a las tecnologías que prefiguran el cinematógrafo, es el XX el siglo que hace al espectador omnipresente. Con la separación completamente integrada, ya no son necesarios los telones, las butacas o la oscuridad para reflejarse delante de la pantalla del móvil sentado en un vagón de metro con el telón de boca FFP2 puesto.

Sería erróneo pensar que la caída del muro de *Palermo, Palermo* es, como tantas veces se ha dicho de las vanguardias, una forma de romper con la separación que divide intérpretes y público, arte y vida. Lo que celebra el hundimiento físico de la cuarta pared es la muerte del espectador. Cuando ya no queda nadie que se siente actor o actriz, la vida social se convierte en una celebración de la participación consensuada que hay que manifestar 24/7. Infinitamente separados, despojados de todo poder, participamos de un espectáculo cuyo argumento desconocemos.



Roger Bernat
Dramaturgo. Director de *Terra Baixa* (Teatre Lliure, Barcelona, 2022)



Rebeca Morgan
Serie Máscaras

PENSAR LA INMUNIDAD

Miquel Seguró

La filosofía tiene por objeto varios tipos de preguntas. Algunas tienen que ver con lo que sucede en los tiempos concretos en los que estas se formulan, como pasa con la cuestión de las redes sociales y su impacto en la vida relacional, por ejemplo. Otras, en cambio, tienen que ver con interrogantes más transversales que atañen a todos los tiempos. Son las preguntas más existenciales.

Un ejemplo de este segundo tipo de interrogantes son las preguntas: «¿Qué es el ser humano?» «¿Qué nos define?». Son preguntas abiertas que, si bien por una parte pueden acometerse, por otra permanecen siempre como un misterio en el que adentrarse. Es frecuente que haya situaciones que toquen ambas dimensiones de la pregunta filosófica, la más contextual, contingente, y la más esencial, invariable. Así sucede con la inmunidad como característica antropológica.

La pregunta por la inmunidad se formula en un espacio y tiempo concretos porque, por lo general, se experimenta como la interacción, o su ausencia, ante una determinada situación. Por ejemplo, cuando uno enferma, enferma por esta o aquella causa, y hay que atender esa enfermedad, no la posibilidad de enfermar como tal. Aunque precisamente la transitoriedad de una situación concreta la eleva también al plano existencial, puesto que, aun no estando enfermos, sabemos que podemos estarlo, y entonces la pregunta que emerge es más abarcadora: ¿por qué nuestra condición es no ser inmunes?

Que no somos inmunes se experimenta a muchos niveles, aunque es frecuente que cuando a uno le preguntan cómo lo sabe (es decir, cómo lo experimenta) piense en su cuerpo. Nuestro organismo es una impresionante ingeniería siempre en dinamismo adaptativo que está constitutivamente impregnado de precariedad. No es un sistema cerrado, sino que en cualquier momento puede verse afectado por algo que lo mute completa y radicalmente.

Nuestro organismo no es inmutable. Es decir, nosotros no somos inmutables. Esta constatación apunta a una realidad antropológica fundamental: que somos seres afectables. De hecho, si enfermamos es porque siempre podemos enfermar. Pero del mismo modo, dado que no somos inmutables y las cosas pueden cambiar, también podemos dejar de estar enfermos y curarnos. La vulnerabilidad esencial que nos atraviesa tiene que ver, pues, con todas las dimensiones de la experiencia: que las cosas nos afectan para lo desagradable, pero también para lo agradable.

Comúnmente se entiende por *immunitas*, en el sentido extendido desde los tiempos del bacteriólogo Louis Pasteur, el despliegue que lleva a cabo nuestro organismo para mantenernos firmes (alejados de la *infirmitas*) frente a los elementos que interfieren en su funcionamiento. Sin embargo, si lo pensamos con cierto detenimiento, tampoco esta inmunidad es ni tan invariable ni tan inmutable. Nuestra inmunidad varía, porque tanto se puede lograr como se puede perder, y además muta, si se puede decir así, porque lo que en un momento nos puede afectar determinadamente, puede que en otro apenas nos llegue a llamar la atención.

En otras palabras: si atendemos al discurso más estrictamente filosófico y existencial, la inmunidad general, propiamente, no es posible. Siempre podemos vernos afectados, e incluso siempre podemos serlo por algo que antes no nos afectaba. Constantemente estamos expuestos a lo imprevisto, puesto que, y volvemos de nuevo al asunto de partida, somos vulnerables. Sería tremendamente insensato no constatar y celebrar cómo ha mejorado y mejora nuestra calidad de vida, cómo minimizamos y superamos situaciones peligrosas con más rapidez o cómo nos anticipamos a otras que son potencialmente inquietantes. Pero la vulnerabilidad que nos atraviesa nos es consustancial, de ahí que siempre seamos seres vulnerables. Es decir, no inmunes. Esto tiene varias caras, puesto que ser vulnerables nos hace

darnos cuenta, por ejemplo, de que siempre estamos en relación con los otros, a tomar conciencia de que nos conviene una constructiva reciprocidad y a asumir que sin responsabilidad común no hay sostenibilidad, ni personal ni social. Que somos interdependientes y que en nuestras manos está revertir un sinfín de situaciones penosas e injustas que, como especie, incomprensiblemente perpetuamos.

Tomar conciencia de nuestra vulnerabilidad nos lleva, por una parte, a la búsqueda de mayores conocimientos que reduzcan en lo posible la precariedad y la fragilidad existenciales, al tiempo que nos interpela a asumir cada día la responsabilidad social que tenemos en la superación de precariedades y fragilidades completamente evitables. Porque del mismo modo que las cosas nos afectan también podemos incidir sobre ellas. Debe ser nuestro compromiso cotidiano atender y revertir dichas injusticias, porque esto sí que depende, y completamente, de nuestra voluntad común. Hagamos que no duren ni un minuto más.





Rebeca Morgan
Serie Máscaras

ÉRAMOS INVULNERABLES

Care Santos

Desconfío de las palabras que están de moda, que de repente captan el interés de todos cuando dos días antes no importaban a nadie. Esas palabras que salen de la nada para ser protagonistas. Algunas son votadas cada año por organismos internacionales, que deciden cuándo han de ser incorporadas con urgencia a los diccionarios. Desconfío porque llegan con un brillo de novedad que es falso. Ni lo que son ni lo que designan es una novedad. Pero los seres humanos somos olvidadizos o, directamente, carecemos de memoria. Y aunque la historia sea cíclica, cada vez que regresa nos pilla por sorpresa, dispuestos a creer que todo pasa por primera vez.

Éramos la generación invulnerable. Nos lo habíamos creído. Antes de mediados de marzo de 2020, quiero decir. Nunca ninguno de nosotros se había sentido tan seguro, tan sobradamente protegido. Teníamos ciencia, teníamos tecnología, teníamos información, tiempo y una discreta insolencia. No habíamos conocido estrago alguno en primera persona. Éramos gente bien alimentada, bien vestida, acostumbrada a hacer lo que le viniera en gana, preocupada por nuestro tiempo libre, por las novedades en telefonía y por el destino de las próximas vacaciones. Sufríamos lo que se llama *soberbia del presente*: nos felicitábamos por haber nacido en este tiempo —como si tuviéramos algo que ver en ello— y compadecíamos a los que lo hicieron antes que nosotros y también a los que lo harán después, porque somos la primera generación que lo tendrá más fácil que sus hijos.

Por supuesto, estábamos inmunizados contra un montón de cosas, fuéramos o no conscientes de ello. Es una de las consecuencias de vivir en una sociedad tranquila, evolucionada: no vale la pena sufrir por ciertas pequeñeces, tan lejanas. A veces, incluso la inmunidad nos encontraba desprevenidos.

Como cuando, embarazada de tu primer hijo, recordaste que no te habían vacunado contra la rubeola, un virus de transmisión aérea con un largo período de incubación asintomático, que si se contrae durante el embarazo puede provocar graves malformaciones en el feto, o lesiones congénitas en pulmones o corazón, entre otras cosas. Corriste preocupada a la consulta de tu ginecólogo. El médico te hizo pruebas, concertó una visita, se encogió de hombros y te dijo que estabas inmunizada. La palabra era nueva y parecía lógica, la consecuencia de una evolución. ¿Cómo es posible?, preguntaste. Pues porque en algún momento debiste de superarla sin darte cuenta, dijo el doctor, como si fuera lo más normal del mundo. He aquí tu relación con la inmunidad antes de mediados de marzo de 2020. Más o menos la misma relación sin sustos ni consecuencias de todos tus conocidos. Hasta que.

Hasta que, de repente, una evidencia: mira por dónde, no éramos invulnerables. Tuvimos que asumirlo a toda prisa, en menos de veinticuatro horas. Demasiado deprisa para una especie que necesita tiempo para entender las cosas, para adaptarse. Una especie que no quiere prisas. No es de extrañar que tuviéramos la sensación de que todo esto no podía estar ocurriendo, de que se parecía demasiado al argumento de una novela de ciencia ficción. Sensación de irrealidad, de disociación. Durante algunas semanas todos vivimos incrédulos, escindidos: lo que vivíamos y lo que estábamos dispuestos a aceptar como normal. No había coincidencias. La irrealidad nos gobernaba. A algunos se les fue la cabeza y declararon la guerra a la realidad. Es tan lógico que no sé cómo no nos ha pasado a todos. La realidad pierde su valor cuando se parece demasiado a la fantasía. Todos los inventores de historias lo sabemos. Por muchas cosas que te inventes, la vida siempre tiene una carta más alta. Hay quien juega la partida muy a su manera.

Esta vez la vida se lució. El mundo detenido, todos encerrados en casa, todos mirando el mundo por la ventana, las calles desiertas, la naturaleza perpleja, el lujo del tiempo regalado, el cielo azul y una angustia nueva... Y las reacciones a todo ello. Todas esas canciones desde los balcones, los aplausos nocturnos, los animales corriendo por las autopistas, las gasolineras vacías, las teorías conspiranoicas, los negacionistas, los descreídos, los escépticos... Y, de fondo, una verdad común a todos y difícil de asumir: somos frágiles. Siempre lo hemos sido, pero no lo sabíamos.

Fragilidad es una palabra difícil de digerir.

Quizá saquemos algo de este choque de humildad. Quiero decir algo bueno, educativo, importante. No somos invencibles. No necesitamos darnos tantos aires. Un poco de miedo es saludable, nos ayuda a estar alerta.

Le di muchas vueltas. Hice una lista de cosas contra las que me gustaría estar inmunizada. Resultaron ser muchas más de las que creía: las palabras que duelen y las personas que las dicen, la crueldad de los convencidos que quieren convencerme de lo que piensan ellos y solo ellos, los que siempre lo tienen todo claro, los que no se hacen preguntas, los que siempre tienen respuestas para todo, los que creen que me conocen, los que no se quieren conocer, los que gritan, los que ofenden, los que se defienden atacando, los que hablan de los demás hablando siempre de ellos, los que ríen como si mordieran, los que creen que los medios legitiman los fines, los que no piensan, los ignorantes que se jactan de serlo.

Desearía ser también inmune a este exceso de realidad que me rodea; al exceso de actualidad, del que una no consigue escapar por más que lo desee. Inmune a tanta mediocridad, tantas urgencias que no me interesan. Inmune a las palabras que se ponen de moda de un día para otro. Inmune a las coreografías de los poderes, a la inmoralidad de los que mandan, a las estrategias de los que nos organizan la vida haciéndonos creer que lo que ellos quieren y lo que ellos dicen es más importante que lo que nosotros queremos o decimos.

Todo lo que vale la pena conlleva un riesgo, he aquí lo que he aprendido. Los riesgos son necesarios porque son el termómetro de nuestra suerte. Del mismo modo, la existencia es cíclica. La última pandemia fue en 1918, con aquella gripe mal llamada española que mató a más jóvenes que la guerra mundial que recién terminaba. Quizá la siguiente será en el año 2124, quién sabe. Lo que es seguro es que vendrá otra. Y, de nuevo, nos encontrará desprevenidos. Y de nuevo los humanos se encerrarán en casa, y cantarán desde los balcones, y se harán cruces de lo que les está pasando, y no podrán entenderlo, y se lamentarán de ser frágiles y tendrán miedo. Se pondrán de moda ciertas palabras, que de repente aparecerán en todas las frases, en todas las conversaciones. Y una vez más lo superarán, y sacarán algo en claro. Y al final nada habrá sido tan importante. Apenas un grano de arroz en medio de un océano.



Care Santos

Escritora, crítica literaria y escribe asiduamente en el diario *El Periódico*.
Autora de *El baile de los muertos* (Crossbooks, 2021)

NADIE ES INMUNE A LA VIDA

Nuria Labari

No me gusta la palabra inmunidad y no suelen gustarme las personas que tratan de alcanzarla en casi ningún terreno. Primero porque nadie es inmune a la vida, nuestra humanidad reside precisamente en lo contrario: en el hecho de que vamos a ser hechos y deshechos por nuestra existencia. Y en segundo lugar, porque el reverso tenebroso de la inmunidad es siempre la oscura sombra de la impunidad.

Creo, por ejemplo, que Jeff Bezos se siente impune cuando invierte millones de euros en la empresa Alta Labs, donde han fichado en secreto a algunos de los mejores científicos del planeta para conseguir la fórmula de la eterna juventud. Impune ante la vejez, ante todas las enfermedades que podría erradicar con ese dinero e impune también ante los enfermos que las padecen. Así, gasta cantidades ingentes con la pretensión de crear individuos inmunes al paso del tiempo, como si nuestro tiempo en la Tierra fuera algo contra lo que luchar. No en vano forma parte de la industria que recibe este nombre: anti-vejecimiento, un bonito eufemismo de lo antihumano.

Creo que igual de inmunes debieron de sentirse los negacionistas del mundo cuando decidieron no vacunarse. Estaban convencidos de que ellos no iban a padecer la enfermedad y no podían creer en un dolor que solo conocían a través de la enfermedad y la muerte de los otros. Se sentían inmunes ante la enfermedad y eligieron no ponerse la vacuna con total impunidad. Es decir, sin pagar ningún precio por ello, llenos de razones y de derechos.

Como impune se siente Elon Musk cuando compra Twitter, una de las plazas públicas más importantes de nuestra democracia y decide cambiar sus normas según su antojo y exclusivo criterio. Nadie podría comprar una plaza hecha de adoquines, una con jóvenes exhibiendo sus pancartas, instalados con sus tiendas de campaña para protestar por sus derechos, una de esas plazas con palomas y personas y lecheras de la policía para contener a los manifestantes. No se puede comprar la plaza pública porque no se puede comprar la democracia. ¿Alguien hubiera pensado que podía comprar o cambiar las reglas de las protestas del 15-M? Sin embargo, si borras todos los cuerpos del espacio, la sensación de impunidad aparece y se comparte, además. De hecho, Elon Musk sí ha comprado una plaza pública capaz de influir y condicionar procesos electorales y lo ha hecho con total impunidad.

Ese mismo sentimiento de inmunidad debe inspirar a los que consumen porno violento en plataformas gratuitas a diario. Se puede consumir sexo donde se agrede físicamente a mujeres sin tocarlas, sin rozarlas siquiera, sin exponerse a ninguna ETT, sin necesitar de ninguna prevención. Sin embargo, este «sexo impune» es una experiencia protagonizada por personas de verdad y capaz de crear e inspirar violaciones reales. Así es como la violencia se perpetúa sobre el cuerpo de las mujeres, con esa sensación de quien se siente inmune a sus cuerpos y a sus vidas.

Y así con todo. Porque internet es el mayor generador de impunidad de la historia, pues nos ofrece un sentimiento de inmunidad para casi cualquier actividad que despierte nuestro interés (enamorarnos, conocer gente, insultar a otros, hacer que otro pedalee veinte minutos bajo la lluvia con una hamburguesa hasta tu casa por 0,50 céntimos...) De hecho, la mayoría de las veces, la impunidad contemporánea consiste en borrar el cuerpo, en convencernos de que es una funda prescindible, que no forma parte de nosotros. Así, el cuerpo se va convirtiendo poco a poco en lo propio de las personas más vulnerables, mientras los inmunes pueden tranquilamente prescindir de él. Y así es como los impunes pueden aspirar a la eterna juventud, a la violencia sexual sin castigo, a enamorarse sin haber mirado a los ojos a otra persona o a enamorar a alguien que no conoce tu cuerpo (y quizá tampoco tu edad o tu verdadera identidad...) Gracias a eso muchos pederastas coquetean y se enamoran impunemente por internet.

La inmunidad es, sin embargo, siempre el primer sentimiento, la cara luminosa del binomio. A todos nos gustaría vivir más tiempo, no depender de los otros, poner en práctica nuestras fantasías sin tener que consensuarlas con nadie, no enfermar de los virus que a otros sí les afectan, poder decir lo que nos dé la gana sin ningún límite (ni siquiera los sentimientos de los otros o su existencia...) Sin embargo, el deseo de inmunidad lleva cosido un envés de impunidad, eso que nos hace comportarnos como si los demás no existieran, como si la muerte no existiera, como si nuestra fragilidad no existiera.

Al final, las personas que se creen inmunes, las que se esfuerzan en actuar y sentir con impunidad, se mueren igual que las demás. Nadie es inmune a la vida. Y tratar de mantenernos inmunes ante ella solo puede conducir a suprimir su propio sentido, a habitar una quimera y no una existencia humana, tan frágil y poderosa como contradictoria y cósmica. Para mí, el deseo de inmunidad esconde siempre la ambición de borrar a los otros, de creer que los demás no forman parte de una misma. Y ese sentimiento se vuelve tan inhumano que nos estrella contra el muro de la soledad y el daño.



Nuria Labari

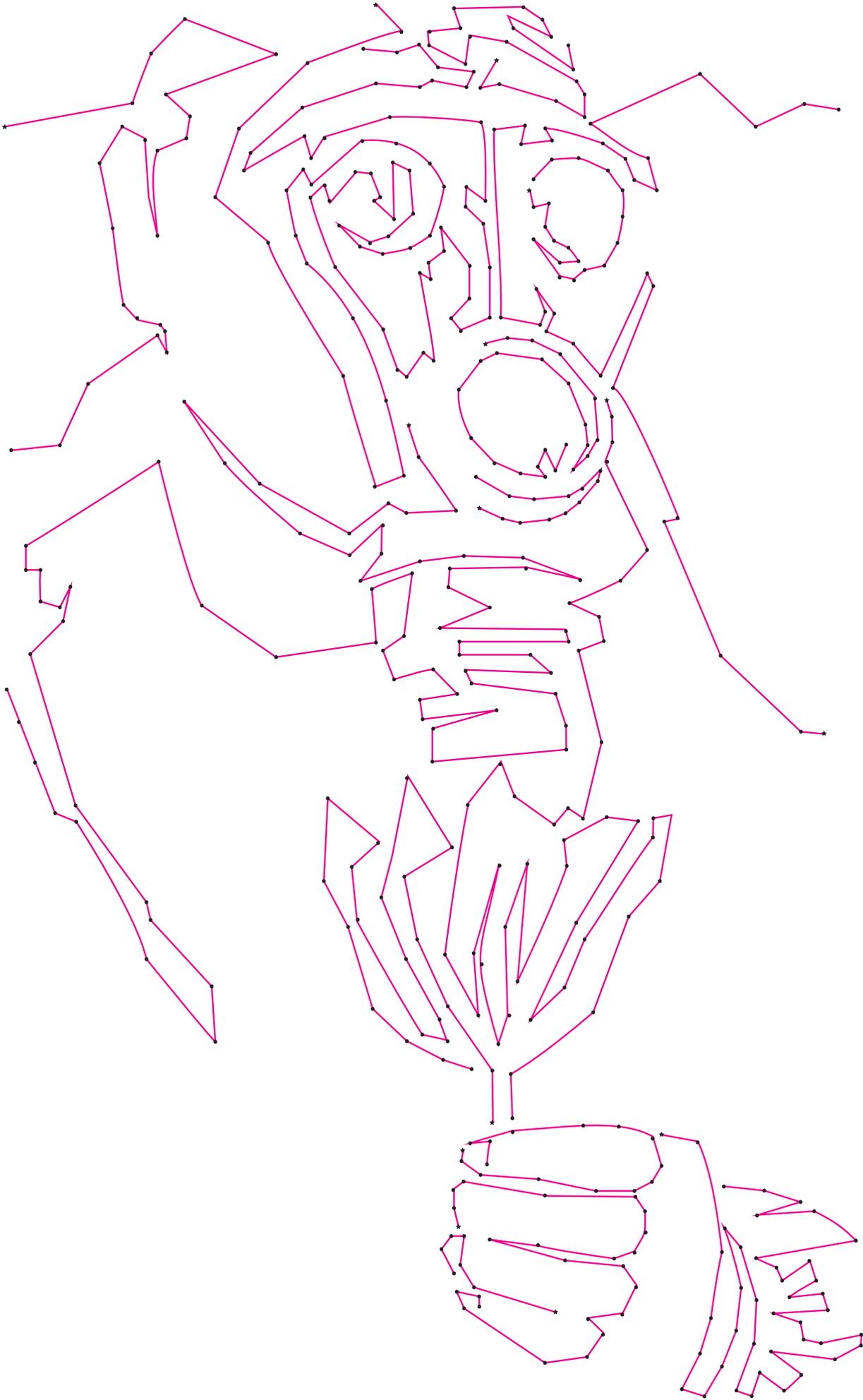
Escritora, periodista y escribe asiduamente en el diario El País.
Autora de *El último hombre blanco* (Penguin Random House, 2022)

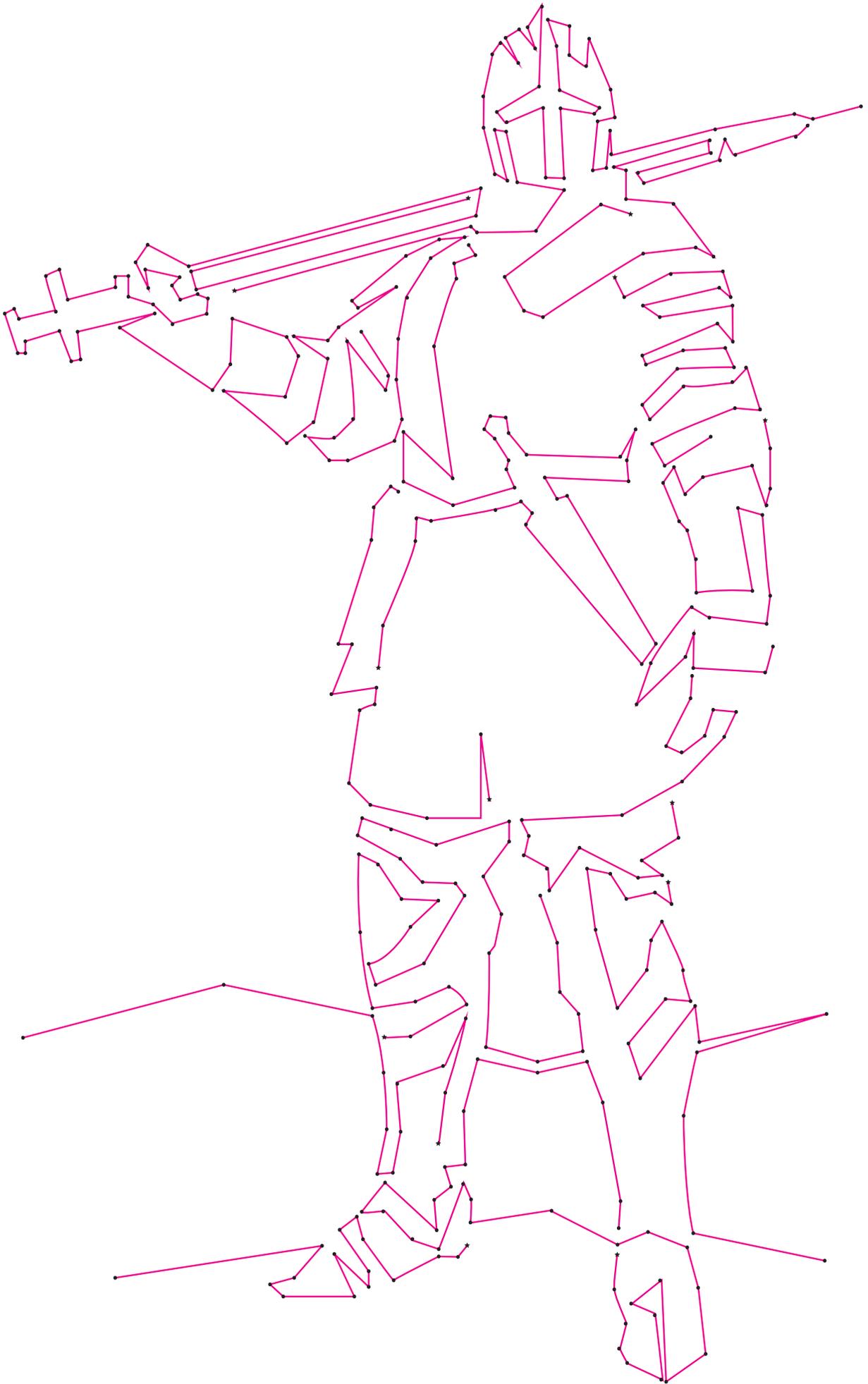


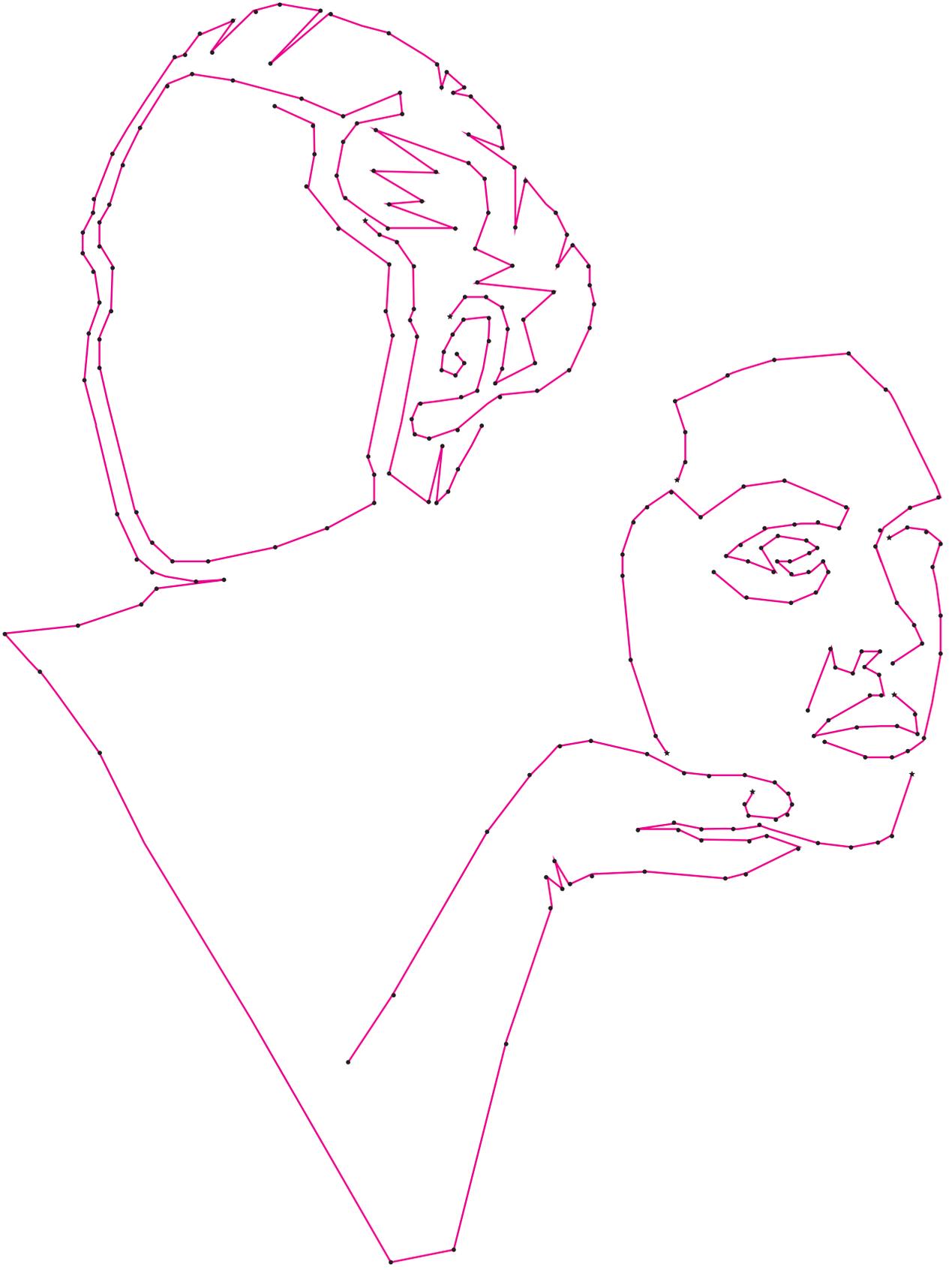
La obra de arte 'Señor del Secreto' vista durante la exposición 'Colografías' en el Museo Reina Sofía. La primera exposición retrospectiva del artista cubano, Belkis Ayón en Europa.

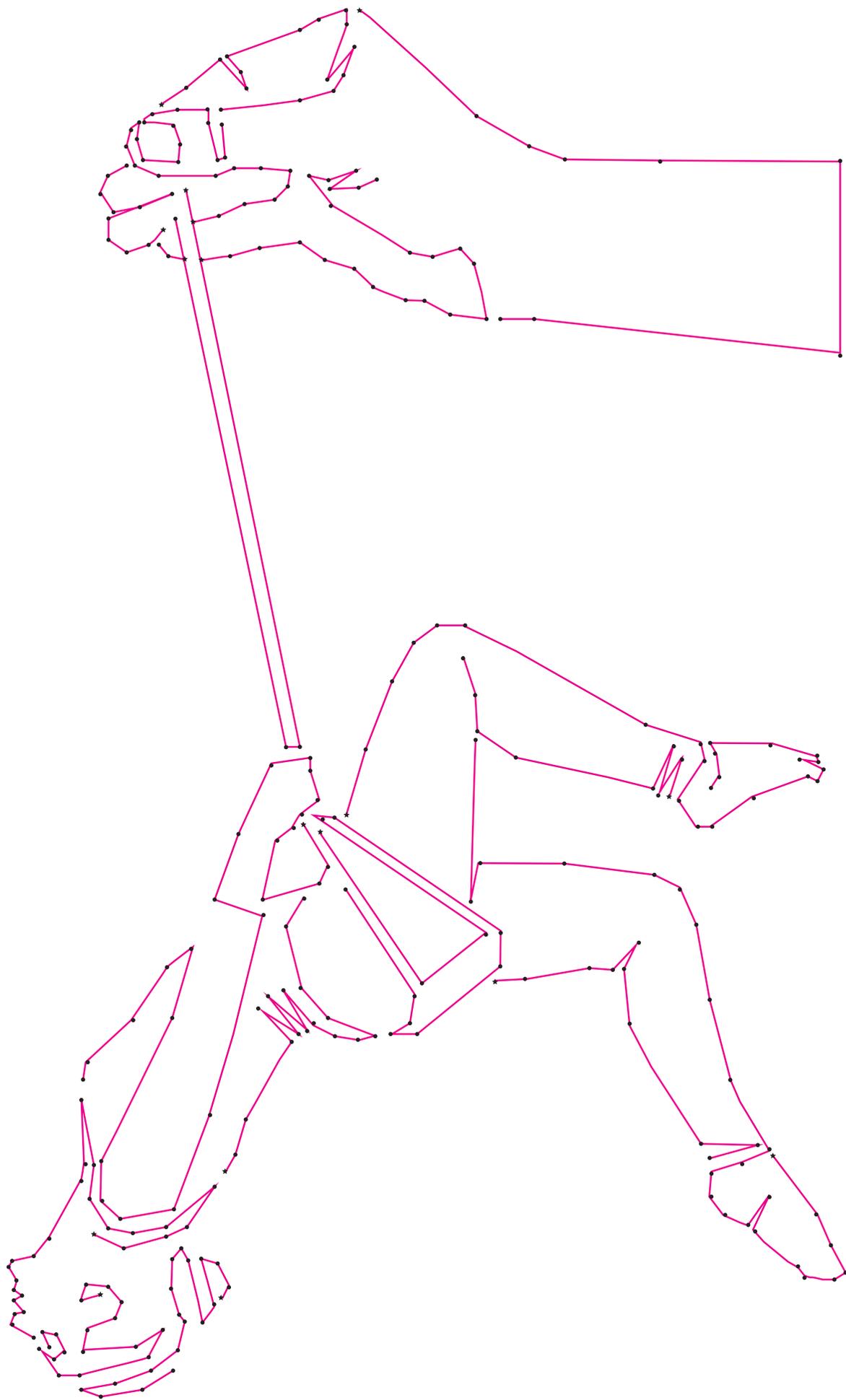
LA SOLUCIÓN DE
LOS JUEGOS DE UNIR LOS PUNTOS

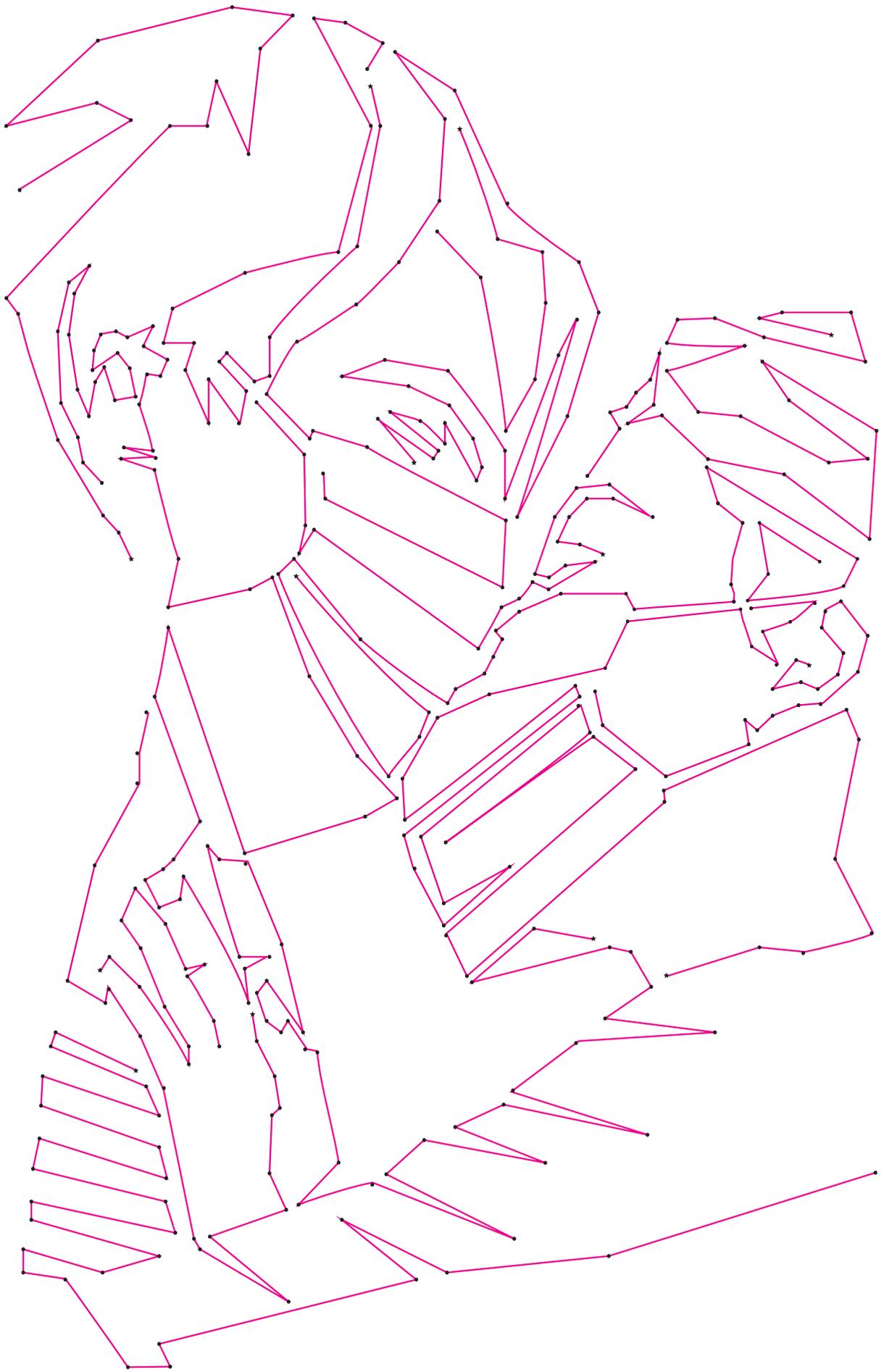


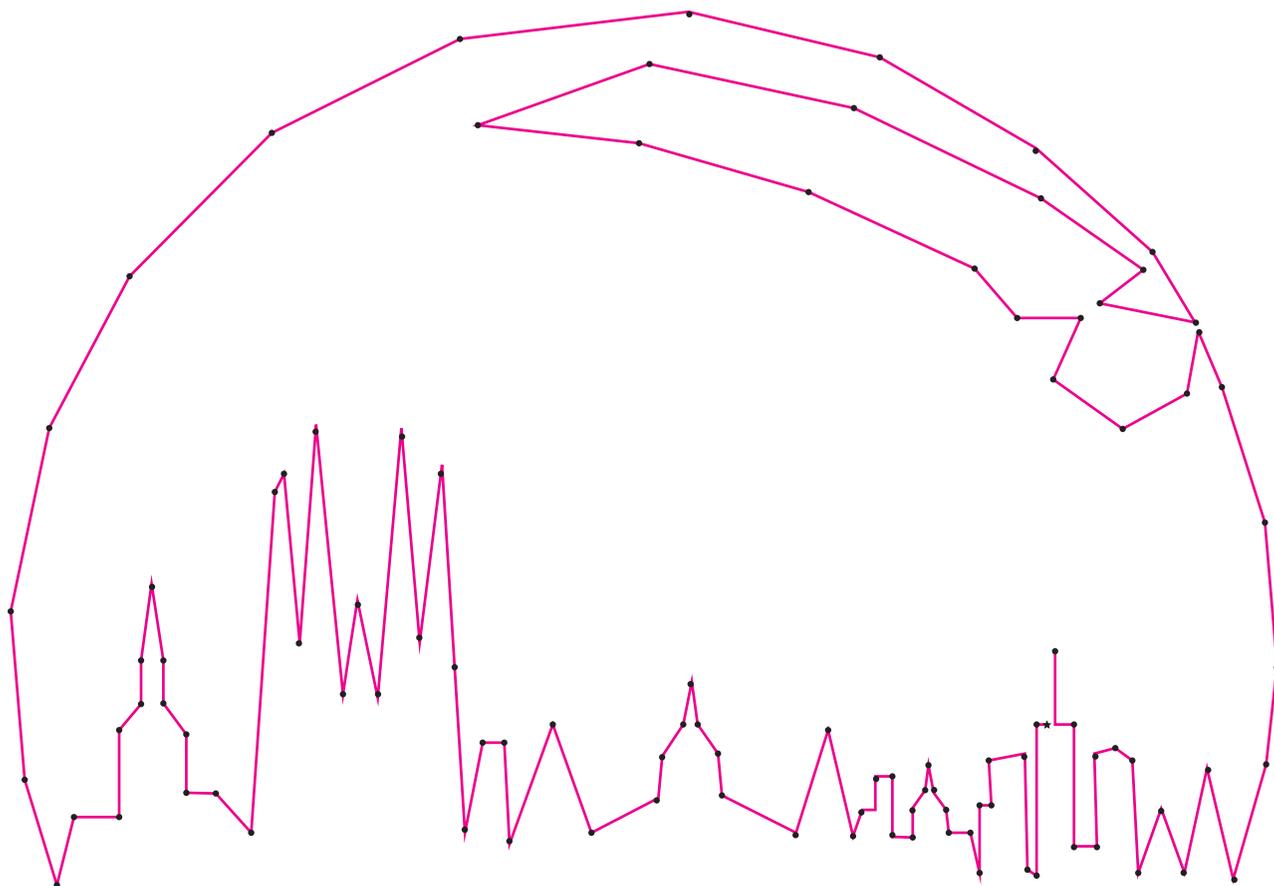


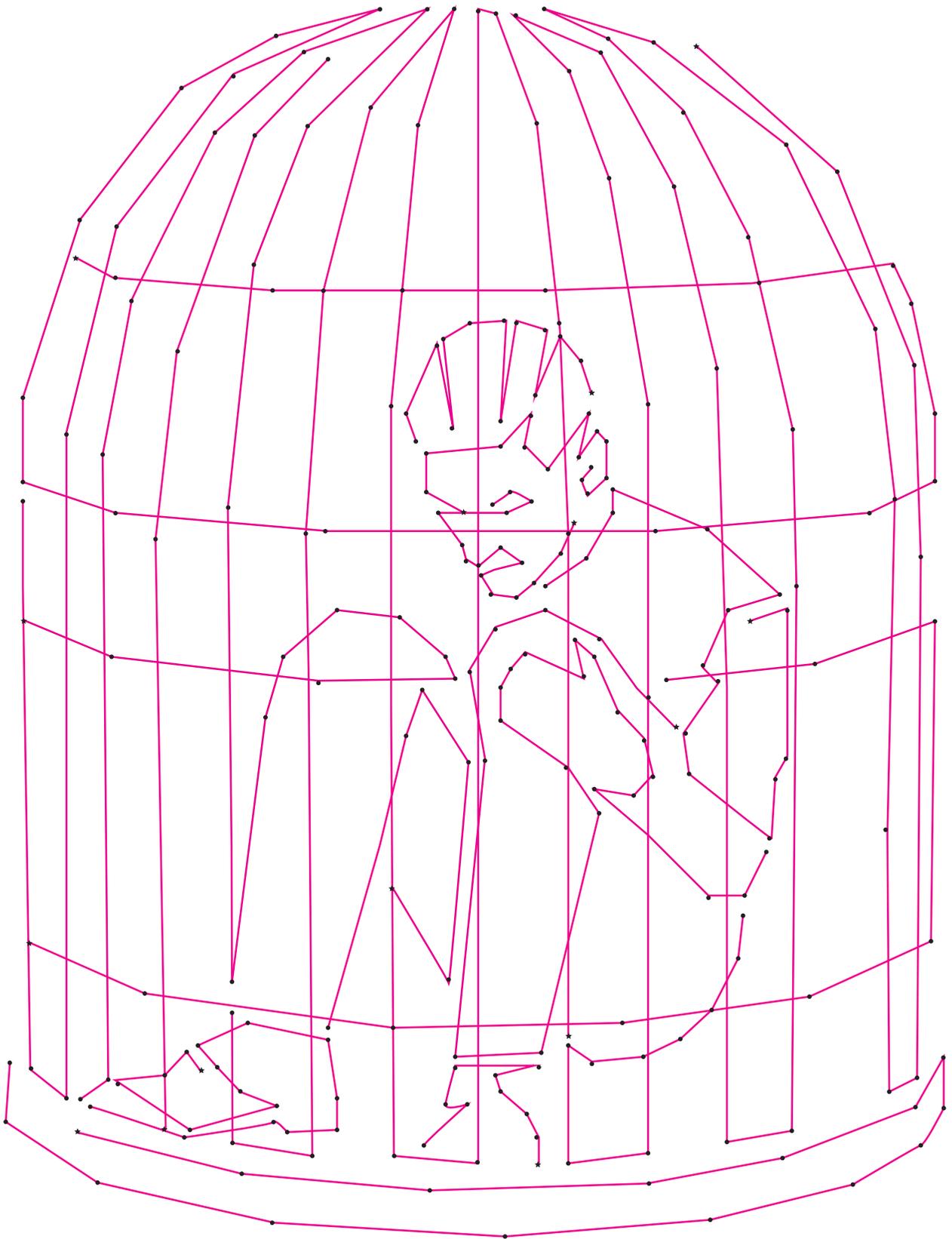




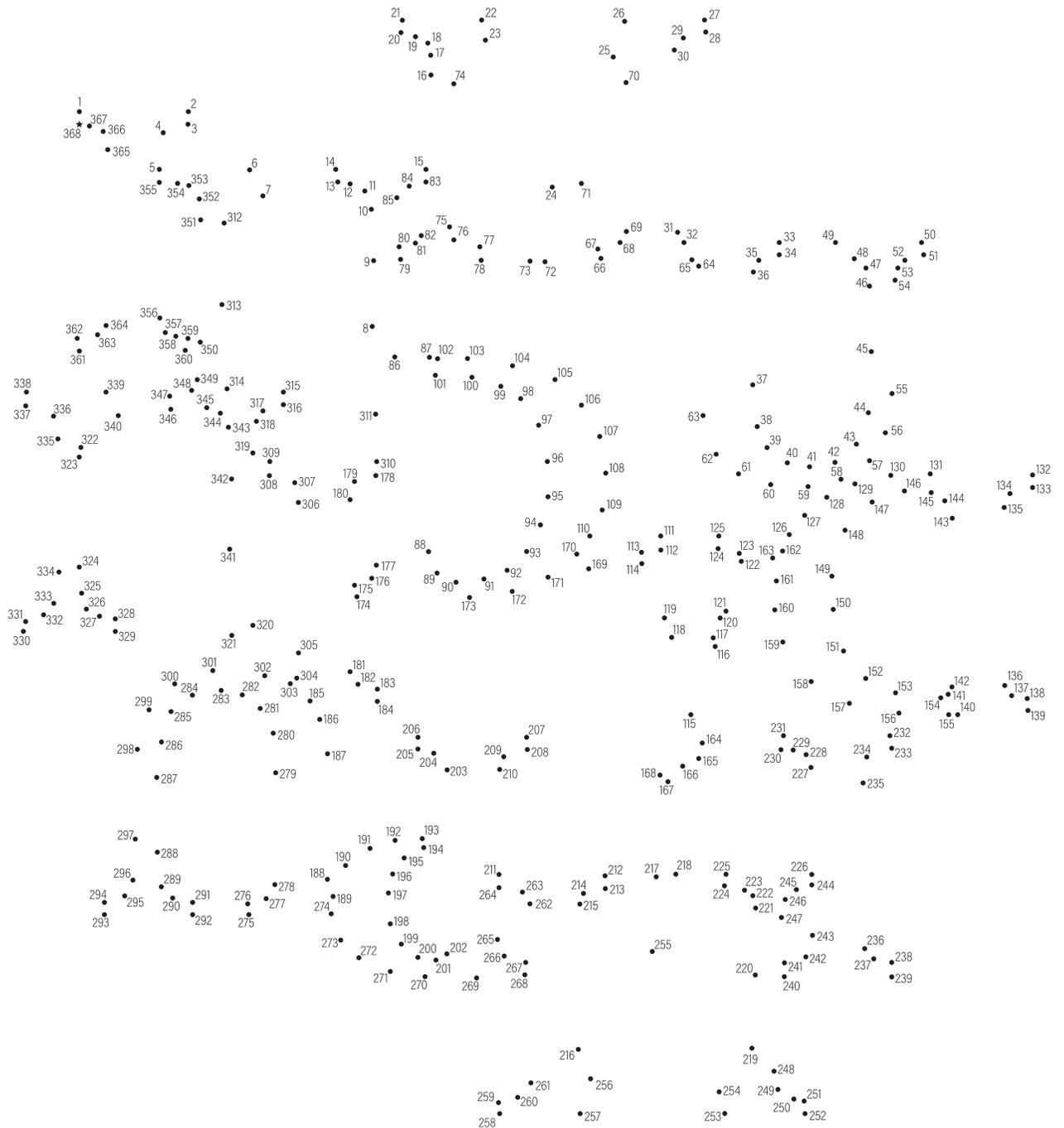




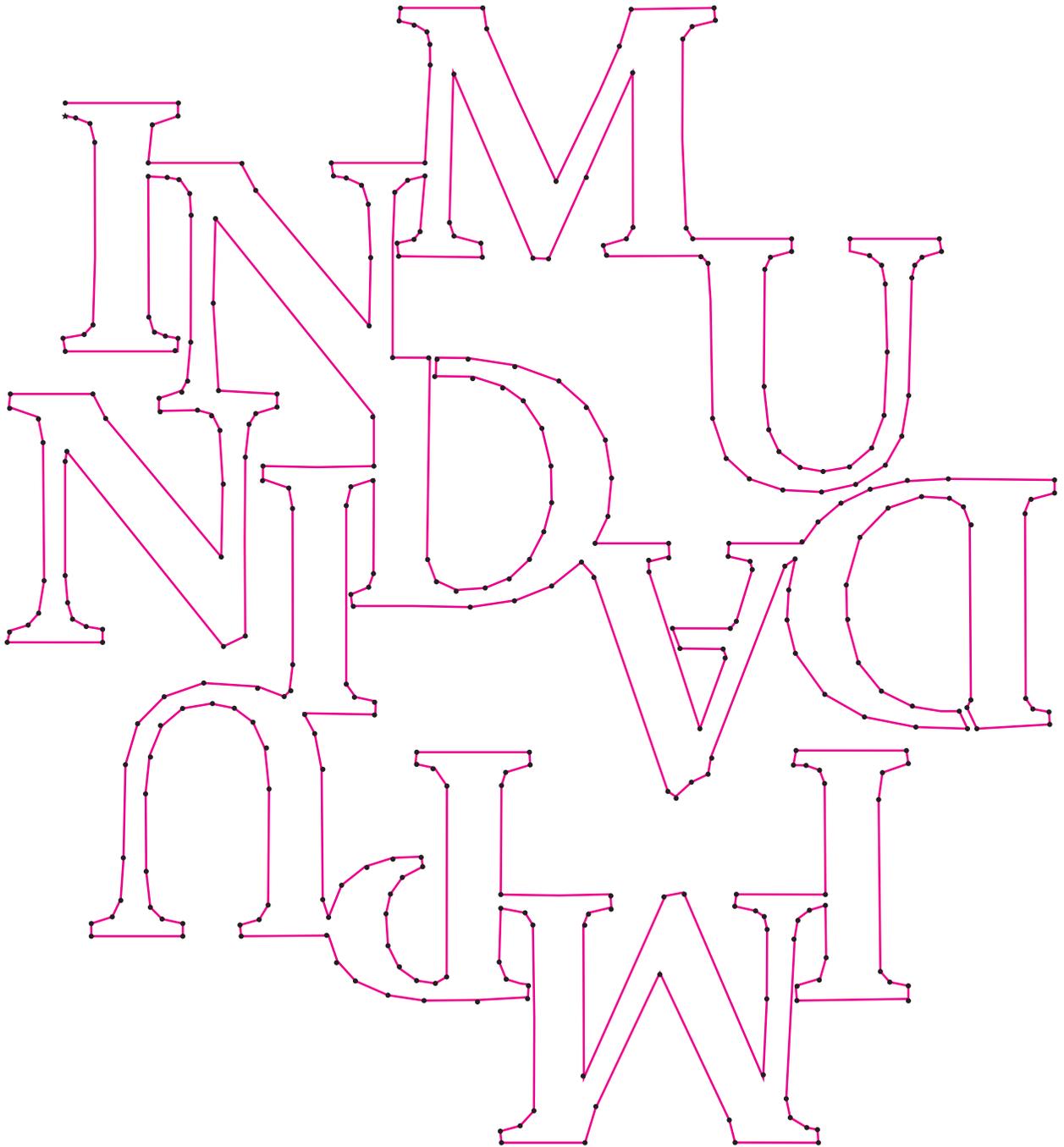




ÚLTIMO JUEGO DE UNIR LOS PUNTOS



El símbolo ★ marca el final de un trazado.
 Continúa por el siguiente número consecutivo.
 La punta de la lengua



Manuel Arias Maldonado

J.G.Ballard

Miquel Seguró

Jürg Federspiel

Eugenio Bregolat

Ariana Harwicz

Manuel Cruz

José Antonio Zarzalejos

Iván Redondo

Lluís Foix

Ferran Sáez

Isabel Wilkerson

La punta de la lengua

Rebeca Morgan

Genís Roca

David Ruano

Carolina Gálvez-Montón

Jordi Casanovas

Javier Tejada

Nuria Labari

Timothy Garton Ash

Albert Sáez

Enric Juliana

Lluís Bassets

Care Santos

Norman Manea

Roger Bernat

AGRADECIMIENTOS /

Mínotauru / Vegueta / Paidós / Tusquets Editores / Amorrortu Editores / Virgínia Borra /
Y a todos los autores

Lara Fluxà

Delu, 2019

Vidrio

Aprox. 16 x 52 x 18 cm

Óbra única

El filósofo italiano Roberto Espósito, autor del ensayo *Immunitas. Protección y negación de la vida* plantea la siguiente reflexión:

¿Qué tienen en común fenómenos como la lucha contra un nuevo brote epidémico, la oposición al pedido de extradición de un jefe del estado extranjero acusado de violaciones a los derechos humanos, el refuerzo de las barreras contra la inmigración clandestina y las estrategias para neutralizar el último virus informático? Nada, mientras se los lea en el interior de sus respectivos ámbitos separados: medicina, derecho, política social y tecnología informática. Sin embargo, las cosas son distintas si se los refiere a una categoría interpretativa que halla la propia especificidad justamente en la capacidad de cortar transversalmente esos lenguajes particulares, refiriéndolos a un mismo horizonte de sentido.

El cuarto número de la publicación *Preocupaciones* está dedicado a adentrarse en el universo semántico e interpretativo del vocablo *Inmunidad*. Les proponemos profundizar en el alto valor de representación que tiene el término para interpretar y revelar el tiempo que vivimos. Desde diferentes campos, como la ciencia, la medicina, la filosofía, el periodismo, la diplomacia y el arte, les invitamos a conocernos mejor en este término espejo que es *Inmunidad*; un término que ha contagiado a todo el mundo con su poder protector y a la vez limitador de la vida.